



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
POSGRADO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

## **CIVILIZANDO LA CIUDAD**

**CARTILLAS, LEYES Y OTROS PROCESOS DE MODERNIZACIÓN EN BOGOTÁ  
1890-1923**

TESIS QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE  
MAESTRO EN ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

PRESENTA  
SANTIAGO GALVIS VILLAMIZAR

DIRECTORA DE TESIS: DRA. PATRICIA PENSADO LEGLISE

MÉXICO DF, MAYO DE 2008



Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

## **AGRADECIMIENTOS**

Antes que nada, tengo que reconocer que quienes más me animaron y ayudaron para imaginar, adelantar y culminar este trabajo, más allá de sus resultados finales, fueron mis padres. Es a ellos, a su tenaz convicción de concederme la libertad suficiente para ser feliz, y a sus esfuerzos por ofrecerme tan valiosas oportunidades a quienes quiero agradecer en primera instancia.

La realización de esta investigación, más que un punto de llegada, significa para mí un punto de partida: el inicio de una etapa de reflexión sobre problemas relacionados con procesos socio-culturales en Colombia y América Latina, y su relación con el mundo urbano. Sin embargo, para llegar hasta aquí he tenido que recorrer un camino, que aunque no ha sido tortuoso, no ha estado exento de contratiempos. Transitando esa senda han sido muchos los que me han colaborado y aconsejado.

En México, tengo que agradecerle a la UNAM y al Posgrado en Estudios Latinoamericanos, quienes además de abrirme las puertas de este país y de la Universidad, me concedieron una beca para adelantar mis estudios. También reconozco a mis profesores y compañeros de posgrado, quienes en realidad se volvieron parte central de mí día a día. En ese mismo sentido, agradezco a los lectores de esta tesis: a la Dra. Maya Aguiluz, a la Mtra. Norma de los Ríos, a la Mtra. Teresa Aguirre y al Dr. Mario Barbosa. Todos contribuyeron con valiosos comentarios que me permitieron reflexionar sobre los errores siempre presentes. A Mario tengo que agradecerle además la hospitalidad y la disposición que siempre tuvo para colaborarme. Por supuesto, resalto el apoyo de mi tutora, la Dra. Patricia Pensado, por su acompañamiento a lo largo de estos años. Con ella reformulamos varias veces el proyecto y discutimos los alcances y límites de la investigación.

En Colombia, le agradezco a mi familia, que aunque lejos, ha estado ahí para respaldarme. A Francy tengo que reconocerle la paciencia y la compañía, eso ya rebaza las capacidades de cualquier persona. Por último, le doy las gracias a quienes me colaboraron en el Archivo de Bogotá y en la Biblioteca Luis Ángel Arango, donde tuve acceso a los documentos que sustentan esta investigación.

Asumo las deficiencias que pueda tener este trabajo comprometiéndome a tratar de resolverlas en ejercicios posteriores

## TABLA DE CONTENIDO

<b>INTRODUCCIÓN</b>	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
<b>CAPÍTULO 1. UN MUNDO EN TRANSICIÓN: AMÉRICA LATINA 1880–1925</b>	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
1.1 <i>Tras la ilusión del estado liberal</i> .....	¡Error! Marcador no definido.
1.2 <i>Una economía en transformación: Los nuevos vínculos con el mercado mundial</i>	¡Error! Marcador no definido.
1.3 <i>Convirtiendo ideas en reformas. Positivismo, evolucionismo y socialismo</i>	¡Error! Marcador no definido.
<b>CAPÍTULO 2. COLOMBIA, EN BUSCA DEL ORDEN Y EL PROGRESO</b>	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
2.1 <i>La Regeneración: Anhelo de orden en medio de la crisis</i> .....	¡Error! Marcador no definido.
2.2 <i>Capitalismo, modernización y conservadores</i> .....	¡Error! Marcador no definido.
2.3 <i>Los valores del progreso en la cabeza de los dirigentes</i> .....	¡Error! Marcador no definido.
<b>CAPÍTULO 3. LA ESCENIFICACIÓN DE LOS VALORES MODERNOS: ESPACIO, CAPITAL Y SÍMBOLOS DE DISTINCIÓN</b>	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
3.1 <i>Leyendo la ciudad: El caso de Bogotá</i> .....	¡Error! Marcador no definido.
3.2 <i>Acercar un lugar “perdido en las montañas”. Un paso necesario hacia el desarrollo del capitalismo</i> .....	¡Error! Marcador no definido.
3.3 <i>Las sedes de lo moderno: Fábricas, bancos y pasajes</i> .....	¡Error! Marcador no definido.
3.4 <i>La escenificación de la estética y los valores del tiempo del progreso</i>	¡Error! Marcador no definido.
3.5 <i>Especialización del espacio, un análisis</i> .....	¡Error! Marcador no definido.
<b>CAPÍTULO 4. LAS CONTRADICCIONES DEL ORDEN. CURACIÓN, REPRESIÓN Y RECHAZO</b>	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
4.1 <i>Una amenaza social: la ciudad oscura y sus habitantes pobres, primitivos y revolucionarios</i>	¡Error! Marcador no definido.
4.2 <i>Trabajando por una geografía saludable</i> .....	¡Error! Marcador no definido.
4.3. <i>“A educar al pueblo”</i> .....	¡Error! Marcador no definido.
<b>A MANERA DE CONCLUSIÓN</b>	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.
<b>BIBLIOGRAFÍA</b>	¡ERROR! MARCADOR NO DEFINIDO.

## INTRODUCCIÓN

---

A mediados de 1918 un artículo de prensa publicado en Bogotá insistía en promover una particular campaña: algunos sectores acomodados de la capital demandaban que el uso de la ruana, el poncho tradicional de los campesinos andinos, fuera prohibido entre los sectores obreros de la ciudad. El argumento que sustentaba semejante alegato era que la prenda, además de inútil, fomentaba el crimen, la pereza y el alcoholismo, lo que a su vez exacerbaba el temor que las “buenas gentes” le tenían a las humildes. Por esos mismos años, Colombia experimentó un fecundo periodo de crecimiento económico que permitió construir caminos, ferrocarriles y telégrafos en un país caracterizado por una geografía accidentada. Muchos políticos y comerciantes se maravillaron con los progresos materiales, con las locomotoras humeantes y con la agilidad de las nuevas comunicaciones; reconocían, sin embargo, que aun era mucho lo que faltaba por hacer, por lo que sus esfuerzos y capitales estaban orientados hacia ese objetivo. Aquella prosperidad aparente se debió, en buena medida, al incremento de las exportaciones de café, al afianzamiento de grandes compañías multinacionales, al caudal de dinero proveniente de los préstamos de la banca internacional, y a la ampliación de los mercados mundiales que mantuvieron un crecimiento constante, al menos, hasta el preámbulo de la primera guerra mundial.

El primer hecho, que luce anecdótico por tratarse de un capricho de la elite bogotana, nos remite a una realidad local en la cual los sectores marginados fueron vinculados con la imagen de un sujeto arcaico que representaba la antítesis de la civilización; esa condición lo convirtió en un obstáculo para el progreso, y por lo tanto, en un actor que tenía que ser dirigido por la camino ascendente que conducía a la prosperidad moral y material. El segundo hecho, por su parte, nos habla de la dinamización de los vínculos entre Colombia y el mercado mundial, del mejoramiento de la infraestructura y de la profundización de las relaciones económicas sustentadas en el desarrollo del capitalismo moderno.

No obstante existe una distancia entre estos ejemplos, ambos coinciden en un punto: fueron el producto de una transformación política, económica y cultural que implicó el reconocimiento de los valores de la modernidad occidental por parte de amplios sectores sociales en América Latina. Tras vivir un siglo XIX convulsionado por las guerras y las crisis económicas, Colombia, como buena parte del continente, experimentó un inédito periodo de crecimiento que coincidió con el auge de posiciones filosóficas que se identificaban con la idea del orden y el progreso. El positivismo, el liberalismo mercantil, el evolucionismo social y la confianza plena en el poder redentor del capital, constituyeron una fuerte amalgama que impactó el contexto ideológico y el mundo práctico, convirtiéndose en una especie de bitácora que definió muchas de las medidas que estructuraron los estados latinoamericanos a lo largo del siglo XX.

La consolidación de un paradigma capaz de orientar el porvenir de comunidades tan dispersas, fue posible en la medida en que el proyecto de la modernidad alcanzó una dimensión universal que entró a organizar el tiempo y el espacio de la mayoría de los pueblos de la tierra. Después de un intensivo proceso de expansión que se inició en el siglo XV, la sociedad mercantil europea logró posicionarse como un referente global que convirtió al sistema de producción capitalista, y al modo de vida liberal, en formas naturalizadas de existencia. Entretanto, la emergencia de la Ilustración, y su vigencia como discurso durante los siglos XVII a XIX, introdujo entre los intelectuales una visión novedosa de la naturaleza y de la sociedad, basada en el rigor científico y en el poder de la razón como principio universal de análisis. Este giro epistemológico creó las condiciones para que los “varones ilustrados” trazaran las fronteras de los conocimientos legítimos y de los comportamientos normales, al tiempo que los facultó para establecer sus contrapartes negativas; esto supuso adquirir “el poder de nombrar por primera vez el mundo” con el fin de ejercer un control económico y social sobre él<sup>1</sup>. A partir de ese momento, se reafirmó la validez de un esquema que, entre otras cosas, aceptaba la subordinación

---

<sup>1</sup> Santiago Castro-Gómez. *La Hybris del Punto Cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada. 1750-1816*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá. 2005. Págs. 23-25.

de la producción y el consumo de la riqueza al capitalismo, legitimaba el tiempo social progresivo, promovía la idea de un individuo racional, creía tenazmente en la ciencia y consideraba la sociedad industrial como la culminación del proceso civilizatorio<sup>2</sup>.

Bajo esta óptica, la *modernidad* representa una experiencia histórica de larga duración que no se inicia ni culmina en el periodo aquí propuesto. Como tal, este trabajo se ocupa del momento de esa modernidad durante el cual las sociedades industriales de Europa occidental se desplegaron a un nivel tal, que consiguieron que la mayoría de los pueblos del mundo “se conformaran ante el hecho radical de la subordinación del proceso de producción y consumo de la riqueza social al capitalismo”<sup>3</sup>. Conservando esa mismo argumento, asumo que los procesos sociales, económicos y culturales que se derivan de esa “experiencia histórica particular”, y que se relacionan con los descubrimientos científicos, con las transformaciones demográficas, con la expansión y renovación urbana, y con las iniciativas orientadas a amoldar a la población de acuerdo a unos parámetros establecidos puede ser denominada *modernización*<sup>4</sup>.

Vale señalar que aunque existió un reconocimiento de los valores propuestos por dicho tipo de modernidad, esto no supuso la materialización de todos sus postulados en América Latina<sup>5</sup>, aunque si, la puesta en marcha de un proyecto que se entendía como necesario. Las elites del continente asumieron, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, que el auge de las exportaciones, el ascenso de la burguesía, el temprano proceso de industrialización y la adopción de determinadas modas y

---

<sup>2</sup> Para una discusión más amplia de este fenómeno ver: Bolívar Echeverría. *La modernidad de lo barroco*. Ediciones Era. México, 2000. Eric Wolf. *Europa y la gente sin historia*. FCE. México, 2005. Emmanuel Wallerstein. *El moderno sistema mundial. Siglo XXI*. México, 1999. Edgardo Lander. (ed.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. CLACSO. Buenos Aires, 1993.

<sup>3</sup> Bolívar Echeverría la caracterizó como una *modernidad efectiva*. Parte de la argumentación que sustenta este trabajo, parte de aceptar esos distintos momentos que componen la modernidad. Bolívar Echeverría. *La modernidad de lo barroco*. Ediciones Era. México. 2000. Pág. 147.

<sup>4</sup> Marshall Berman. *Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Siglo XXI. México. 2004. Págs. 1-28.

<sup>5</sup> Queda abierta la discusión si alguna sociedad logró alinearse con los valores de la modernidad capitalista.

valores demostraban que la modernización, no sólo era posible, sino que garantizaba el acceso a la anhelada *civilización universal*.

Enmarcada en el panorama latinoamericano, aunque atada a su propia realidad, Colombia también percibió los efectos de esta iniciativa; y su clase dirigente, atendiendo sus propios intereses, actuó en concordancia con la búsqueda del tipo de orden y progreso que promovía la modernidad occidental. El país, afectado por guerras civiles, conflictos regionales y debacles económicas a lo largo del siglo XIX, experimentó, comenzando el XX, un inédito clima de prosperidad y aparente paz social que contribuyó a la consolidación de procedimientos orientados a encauzar a la sociedad por la senda de la ascensión moral y material. A partir de entonces, los valores, los símbolos, las ideas, las formas, y en general, todo aquello que remitía a la modernidad y al poder del capital, hicieron su aparición en diversos escenarios del acontecer nacional, fungiendo como principios destinados a regular la vida de sus individuos.

Los efectos de estos cambios incidieron distintos escenarios del país, incluyendo zonas rurales y urbanas. Las vías férreas, por ejemplo, auspiciaron el crecimiento de caseríos y pequeños poblados, a donde llegaron olas migratorias que modificaron el escenario demográfico decimonónico; los enclaves petroleros y las plantaciones de banano incentivaron la actividad comercial de regiones apartadas, creando relaciones laborales inéditas; por su parte, los nuevos sistemas de transporte y las tecnologías, acortaron las distancias y las comunicaciones en un país que se percibía dividido entre territorios civilizados y salvajes. Paralelamente, las ciudades iniciaron una renovación arquitectónica dirigida a abatir el aspecto colonial predominante. Estructuras, materiales, negocios y actividades sin precedentes, empezaron a extenderse por la geografía urbana de Colombia como reafirmando la noción de que el país estaba sintonizándose con una era de constantes cambios. Esta posición estableció, finalmente, que la sociedad debía ser afín a las conductas y a los ritmos de una modernidad en desarrollo, y que la ciudad era el espacio idóneo para su reproducción.

Por eso la campaña a favor de proscribir la inofensiva ruana, que era un elemento que las elites asociaban con ese mundo atávico que querían dejar atrás. Y ahí su relación con los procesos económicos que definían el papel del país en el contexto internacional. Ambos fueron el resultado de una manera de percibir el mundo, y de transformaciones sociales que estaban alterando la vida de regiones enteras, incluida la de los campesinos y los obreros que transitaban por Bogotá en las primeras décadas del siglo XX.

Claro que este proceso no careció de paradojas; el desarrollo del capitalismo y el reconocimiento de determinados valores de la modernidad occidental significaron la reproducción de sus contradicciones. Es cierto que la sociedad avanzó en términos de prosperidad y de riqueza; en el mejoramiento de ciertas condiciones materiales y tecnológicas; y en la obtención de libertades y comodidades. Pese a esto, no se puede pasar por alto que tales logros no cobijaron a un amplio porcentaje de la población, y en muchas ocasiones, estuvieron supeditados a mecanismos de segregación, de represión y de control que tuvieron a los sectores populares como su principal destinatario.

Este trabajo busca analizar, precisamente, como ese proceso de modernización económica, política y cultural impactó un escenario particular como Bogotá, durante un periodo de la historia de Colombia que simbolizó cierta atmósfera de prosperidad y orden (1890 – 1923). Como capital del país, esta ciudad fue testigo ejemplar de las transformaciones que tuvieron lugar desde el último cuarto del siglo XIX, y sus calles vieron desfilar hechos sociales que emanaron de la modernidad y de sus contradicciones<sup>6</sup>. Esto implica que Bogotá experimentó la emergencia de los mercados financieros, el mejoramiento de la infraestructura, los efectos de los capitales acumulados y los nuevos flujos comerciales derivados de la dinamización de las transacciones comerciales. Pero también, significa que soportó procesos de

---

<sup>6</sup> Esto no significa que Bogotá haya sido el único escenario que, en Colombia, percibió este giro hacia la adopción de los principios de la modernidad. Su aislamiento, y las dinámicas propias de otras regiones del país, permitieron que esta transformación penetrara por distintos puntos del territorio nacional.

industrialización, de proletarización, de represión y de marginalización, propios de los contextos urbanos del siglo XIX.

Ahora bien, si nos remitimos a las discusiones que aluden a los procesos de modernización en general, y a la idea de la ciudad moderna en particular, parecería que las transformaciones que impactaron el mundo urbano en Colombia tuvieron un alcance muy limitado. Como se verá más adelante, los efectos de la modernidad en este caso, no significaron el desarrollo de grandes obras de ingeniería civil que reufncionalizaran la totalidad del espacio urbano. Tampoco se puede aseverar que existió una reestructuración profunda de los órganos de gobierno y de las instituciones burocráticas con el fin de adaptarlos a una economía y a un Estado estrictamente modernos<sup>7</sup>.

Sin embargo, mi argumento es que Bogotá si percibió una serie de cambios políticos, culturales, comerciales y arquitectónicos sucesivos, que dan cuenta de una efervescencia del orden urbano durante el periodo en cuestión, y que por lo tanto, es posible referirse a una primera modernización de la ciudad. Una buena parte de esta tesis se ocupará de mostrar, precisamente, como muchos de los elementos que configuraron el discurso moderno en América Latina estuvieron presentes en Bogotá; quizás no traducidos en grandes renovaciones urbanísticas como las del el célebre Barón Haussmann, pero si en ideas, en discursos, en tecnologías y en acciones que fueron importantes para el conjunto de la sociedad.

Por esa razón he optado por la presente periodización, que más que identificar un periodo especial de la historia del país, busca establecer un corte para examinar

---

<sup>7</sup> Algunas discusiones coinciden en que la aparición de espacios socioculturales netamente urbanos, y la transformación de las estructuras organizativas en función de un Estado y una economía capitalistas, son rasgos que definen la ciudad moderna. Experiencias como la *haussmannización* de París (1852-1870), el saneamiento de la ciudad de México (1879-1910), o la reforma de Pereira Passos en Río de Janeiro (1903-1906) han sido tomadas para ejemplificar esa modernización urbana; sustentándose además en el desarrollo de la industria, en la transformación política y en el crecimiento demográfico de estas ciudades. Para una aproximación a este debate ver: Ariel Rodríguez Kuri. "La ciudad moderna: algunos problemas historiográficos". En: *Anuario de Estudios Urbanos*. N° 2. Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. México. 1995. Pags. 151-183. Para el caso de Bogotá ver: Juan Carlos del Castillo. *Bogotá, el tránsito a la ciudad moderna. 1920-1950*. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. 2003. Págs. 11-20.

procesos sociales que se caracterizan por su prolongación en el tiempo. Teniendo en cuenta eso, inicio mi revisión en 1890, una década que significó la consolidación del proyecto regenerador en Colombia bajo la idea de “reorganización administrativa o catástrofe”. Aunque no significó la estabilización del país, ni la consecución del orden anhelado, fuente primordial del progreso decimonónico, las reformas políticas y ciertos fenómenos económicos que se empezaron a gestar en este último decenio del siglo XIX –logrando su máxima expresión en las primeras décadas del XX- sentaron las bases de la república moderna. Unos quince años después, cuando el país logró superar –al menos por un tiempo- el reiterado estado de conflagración en el que había vivido desde la independencia, fueron más claros los efectos de este primer intento.

El estudio culmina en 1923, una fecha que se remite a un periodo en el que el país empezó a recibir los dineros de la indemnización de Panamá; emprendió ciertas reformas económicas que derivaron en la creación del Banco de la República; aumentó la captación de préstamos internacionales; continuó con la normalización de las relaciones con los Estados Unidos; y finalmente, en la que se subordinó a las disposiciones del gobierno norteamericano. Esto representa, desde mi punto de vista, el inicio de una nueva etapa de la modernidad en Colombia que va a traer sus propias dinámicas y contradicciones.

De esta manera el periodo 1890-1923, alude a un momento en el cual la sociedad colombiana asumió los postulados de la modernidad capitalista; en un contexto de aparente calma y estabilidad que alcanzó su máximo esplendor después de 1903, cuando se puso fin a la guerra de los mil días. En esas tres décadas, las elites empezaron a reconocer en el capital, en las modas burguesas y en el vínculo necesario con el mercado mundial, una forma de vida que podía garantizar la prosperidad, el orden, el progreso y la paz social. Los años les demostrarían que esos anhelos son el resultado de reformas profundas, y no de proyectos civilizatorios basados en la exclusión y en el irrespeto de la diferencia.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, este trabajo inicia con una mirada general de los procesos políticos, económicos y sociales que moldearon América Latina, desde

finales del siglo XIX hasta las primeras décadas del XX. En este primer capítulo, titulado *Un mundo en transición: América Latina 1880–1925*, se analizan las implicaciones de la adopción del modelo liberal y las dificultades que este tuvo para materializarse en el continente. Posteriormente, se repasa la transición que supuso el fortalecimiento de las relaciones con el mercado mundial y lo que ello significó para el desarrollo del capitalismo. Concluyo con un examen de las posiciones ideológicas que contribuyeron a la penetración del discurso moderno, centrándome en el papel del positivismo, del evolucionismo y del socialismo.

En el segundo capítulo, *Colombia en busca del orden y el progreso*, me aproximo a los efectos que tuvo el proyecto de la Regeneración en la idea de conseguir el progreso y la pacificación de la sociedad, entendiendo que se trata de un periodo que sentó las bases de un *momento posterior* que fue percibido como estable. A partir de ahí, analizó las características de ese *momento posterior* en el que la dirigencia nacional asumió que vivía en un país pacificado, al que sólo faltaba encaminar por la senda de la redención. Para terminar me aproximo al discurso de esa dirigencia, indagando por cual era su idea de civilización y de progreso.

En *La escenificación de los valores modernos: Espacio, capital y símbolos de distinción*, que constituye la tercera parte de este trabajo, busco entender cómo los principios de la modernidad hacen su aparición en la Bogotá que transita hacia el siglo XX, enfocándome, en la espacialización de ciertos símbolos, estructuras y actividades que se identifican con este estado de la sociedad. En primer lugar, propongo una breve reflexión sobre la pertinencia del análisis del espacio como escenario en el que se manifiestan los valores modernos, para posteriormente, entender de qué manera se lleva a cabo este proceso. Allí me ocupo de lo que implica, desde el punto de vista económico, político e ideológico, el mejoramiento de las comunicaciones, la irrupción de ciertos símbolos de distinción, la aparición de nuevas tecnologías y la implementación de modos de producción inéditos en los albores del siglo pasado. Al final, me detengo para entender lo que supone abordar la modernidad desde la especialización del espacio urbano.

En el último capítulo, *Las contradicciones del orden. Curación, represión y rechazo*, intento resaltar los contrasentidos de esta modernidad anhelada, a partir del reconocimiento de los elementos que constituyen la antítesis de este ideal. Iniciando con un análisis de la constitución de lo que acá denomino una *amenaza social*, continúo indagando por las estrategias de la dirigencia bogotana para contrarrestar aquellos elementos que eran percibidos como una barrera para el progreso. En este punto reflexiono sobre el afán por configurar una geografía urbana saludable, para luego, concluir con una revisión de las políticas orientadas a educar a los sectores marginados de la sociedad.

Así, este trabajo no busca establecer la última palabra sobre la modernidad en contextos urbanos, ni mucho menos, sobre la relación de este proyecto histórico social con América Latina. En ese sentido, debe ser pensado como un esfuerzo que, a partir de un caso específico, pretende contribuir a la comprensión de un problema extenso, que requiere de numerosos aportes posteriores.

## CAPÍTULO 1. UN MUNDO EN TRANSICIÓN: AMÉRICA LATINA 1880-1925

---



### 1.1 Tras la ilusión del estado liberal

Una vez que se decretó la victoria de la independencia, y cuando apenas se empezaban a silenciar los cañones de las batallas libertadoras, un amplio sector de la dirigencia latinoamericana tuvo que afrontar una situación que resultaría igual de turbulenta: se iniciaba un largo proceso de establecimiento de las nuevas repúblicas, en un momento en el que las transiciones económicas, los desacuerdos políticos y las diferencias ideológicas entorpecían el afianzamiento del orden anhelado. Tal disenso se convirtió en una constante del siglo XIX, y muy pocas veces logró resolverse sin que mediara un conflicto o alguna guerra de esas que solían dejar miles de muertes.

No obstante esta situación, derivada del “vacío de poder” que ocasionó el fin del periodo colonial, hacia el último cuarto del siglo XIX la región experimentó un paulatino proceso de estabilización política y de desarrollo económico, resultado del estrecho vínculo que estableció con las dinámicas del capitalismo internacional. Este reposicionamiento, además de alterar las estructuras sociales tradicionales, significó la consolidación del pensamiento que enaltecía el republicanismo liberal como un modelo político administrativo que, además de orden social -se pensaba entonces-, estaba destinado a garantizar el bienestar económico de la sociedad. El hecho de que muchos países occidentales sustentaran su poderío, su riqueza y su capacidad de acumulación en este esquema, atrajo el interés de las elites latinoamericanas quienes, tras un largo siglo de turbulencia, aspiraban a la estabilidad que en el lenguaje decimonónico suponía progreso.

Desde entonces, el sistema republicano, constitucional y representativo se convirtió en el régimen político más apetecido por los sectores dirigentes. La república condensaba la idea de unidad nacional en torno a un proyecto, y por lo

tanto, suponía la existencia de un poder que intervenía sobre los regionalismos que amenazaban el orden instaurado en el centro<sup>1</sup>. La presencia de un estado capaz de organizar y administrar una población y un territorio era visto con buenos ojos por las elites, pues esto significaba el orden que aventuraba crecimiento económico, paz social y beneficios para quienes poseían los medios de producción, las tierras y la mayoría de las riquezas. La percepción de que era urgente controlar los circuitos comerciales, someter las fuentes de recursos y definir una territorialidad a partir del establecimiento de fronteras, animó a los gobiernos a emprender acciones que garantizaran la culminación de dicho objetivo<sup>2</sup>; esto, sin embargo, no se tradujo en resultados inmediatos y en muchas partes del continente permaneció como una tarea inconclusa.

No se puede pasar por alto que semejante esfuerzo tuvo que sortear el constante antagonismo entre el modelo centralista y el federalista. Por un lado, se encontraban los caudillos locales que competían por más autonomía y por un mayor control sobre los intereses económicos y políticos de cada región. Mientras que por el otro, se destacaban los unificadores que buscaban concentrar el poder en la capital y desde allí, administrar los recursos del país. Sin embargo, hacia la década de 1870 este conflicto se fue estabilizando, resolviéndose de manera distinta en los países involucrados, pero generalmente en el seno de “núcleos liberales” que apoyaban la conformación de una república moderna, cobijada por la autoridad y centralización

---

<sup>1</sup> En Argentina, Domingo Sarmiento proclamó “todos los caudillos llevan mi marca”, refiriéndose a la implacable persecución que emprendió contra los líderes regionales que amenazaban su poder unitario afincado en Buenos Aires (1868 – 1874). En México, Benito Juárez y Sebastián Lerdo de Tejada también asumieron la defensa del poder central en contra de dirigentes regionales de Guerrero, Yucatán, San Luís Potosí y Jalisco entre otros. Ver: Charles Hale. “Ideas políticas y sociales en América Latina, 1870–1930”. En: Leslie Bethell, (ed.). *Historia de América Latina. América Latina: Cultura y sociedad. 1830 – 1930*. Editorial Crítica. Barcelona, 2000. Págs. 3 – 6.

<sup>2</sup> Es interesante ver como la consolidación de las fronteras y de los estados latinoamericanos, estuvo acompañada de una intensiva adopción de normas y protocolos regidos por el derecho internacional que sirvieran para dirimir conflictos fronterizos. Esto con el objetivo de irradiar una imagen de naciones modernas y dinámicas, pues era clara la incapacidad de los estados por hacer presencia a lo largo de sus territorios. Marcello Carmagnani. *El otro occidente. América Latina desde la invasión a la globalización*. Fideicomiso Historia de las Américas. FCE/Colmex. México, 2004. Págs. 197 – 200.

del gobierno<sup>3</sup>. Conservadores y liberales convivían en un escenario donde las fronteras ideológicas se estaban desdibujando, siendo las incongruencias más del orden pragmático: o apuntaban “a la apertura hacia la modernidad y el progreso, o hacia la conservación de ciertas tradiciones y situaciones procedentes del mundo colonial”<sup>4</sup>.

De la misma manera que el republicanismo pretendió instaurar el reinado de la paz y la administración en América Latina, el constitucionalismo fungió como el principio que proponía un código de leyes racionales para garantizar el orden de la sociedad, y por esa misma vía, el progreso material.<sup>5</sup> Creadas después de la independencia, las constituciones latinoamericanas empezaron siendo una reproducción del principio clásico del constitucionalismo occidental, sustentado en una igualdad natural que afirmaba las libertades individuales, los derechos del hombre, y el crecimiento económico basado en el modelo capitalista. Sin embargo, las doctrinas clásicas decayeron progresivamente entre las décadas de 1830 y 1870, tras lo cual, se allanó el camino a reformas acordes con la realidad social y jurídica del continente. Esto puede interpretarse como una respuesta de las clases dirigentes a la noción europea de los derechos naturales y al igualitarismo radical, y por lo tanto, a las consecuencias que ello pudiera traer al fortalecimiento del estado nacional. Muchas de las constituciones vigentes a finales del siglo XIX, garantizaban los privilegios de las oligarquías y los comerciantes locales, favorecían la concentración del poder económico y político, y negaban cualquier principio de igualdad entre la sociedad<sup>6</sup>.

Acorde con la noción de que la autoridad del estado debía prevalecer, la laicidad se convirtió en otro elemento fundamental dentro de la lógica liberal que buscaba imponer el reinado del orden y la administración. Lo anterior consistía, esencialmente, en que las lealtades de los individuos se dirigieran a la nación, y no a

---

<sup>3</sup> Nelson Martínez Díaz. “El Federalismo: 1850–1870”. En: Manuel Lucena Salmoral. *Historia de Iberoamérica. Tomo III. Historia contemporánea*. Ediciones Cátedra. Madrid. 1992. Pág. 255.

<sup>4</sup> Yolanda Acosta. “El liberalismo. Las ideologías constituyentes. El conflicto entre liberales y conservadores” En: Arturo Andrés Roig (ed.). *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*. Editorial Trotta / Consejo superior de investigaciones científicas. Madrid. 2000. Pág. 349.

<sup>5</sup>Hale. ob.cit Pág. 5.

<sup>6</sup> Ibíd. Pág. 10.

un sistema corporativo heredado de la colonia. Varias de las reformas liberales que tuvieron lugar en América Latina estuvieron orientadas a escindir a la iglesia de funciones consideradas civiles y a despojarla de aquellos bienes no fundamentales. Ejemplo de ello fue la constante lucha por la educación laica en países como México, Argentina, Brasil y Chile; y las diversas leyes de *manos muertas* y desamortizaciones que consiguieron transferir al estado y a empresarios privados los diezmos, hipotecas y bienes raíces en poder de las comunidades religiosas<sup>7</sup>. Lo cierto es que entre unas posiciones radicales y otras más moderadas, los liberales quisieron establecer la autonomía apropiada del estado, para así construir el imperio de la ley y modernizar la economía y la sociedad. Quienes reconocían el laicismo del estado veían en la transformación de las instituciones coloniales –algunos en su erradicación total-, la única vía de cambio real<sup>8</sup>.

Claro que no se trató de un proceso integral de secularización de la sociedad; amplios sectores dirigentes y un porcentaje amplio de la población siguieron fieles a la doctrina de la iglesia y en numerosas ocasiones, los jerarcas católicos influyeron en decisiones políticas y económicas que le competían al estado. En Colombia, por ejemplo, las reformas liberales de tendencia laica, materializadas en la constitución de 1863, sucumbieron ante el proceso de Regeneración en 1886; la crítica conservadora de entonces argumentaba que “el ataque radical contra la iglesia había desestabilizado la sociedad y la política” convirtiéndose en un factor de desequilibrio económico e institucional. El problema religioso se tornó un tema cardinal de las discusiones de finales del siglo XIX y parte del siglo XX, y su solución no fue para nada contundente; no obstante, se notó que la figura del estado y sus instituciones emergieron como una entidad diferente a la iglesia, aunque las fronteras entre los dos no estuvieran del todo definidas.

Lo que se percibe, al revisar este proceso de transición, es que al tiempo que se afianzaron ciertas estructuras permanecieron otras, y con ellas, contradicciones y

---

<sup>7</sup> *Ibíd.*

<sup>8</sup> John Lynch. “La iglesia católica en América Latina, 1830–1930”. En: Leslie Bethell. (ed.). *Historia de América Latina. América Latina: Cultura y sociedad. 1830–1930*. Editorial Crítica. Barcelona, 2000. Pág. 68.

pugnas políticas que impidieron la consecución de un orden que garantizara el nivel de organización imaginado. Los intereses de quienes se beneficiaban del régimen colonial y de aquellos que defendían el proteccionismo y el fortalecimiento del mercado interno, chocaban contra los principios del libre mercado, y con la búsqueda de una mayor agilidad e independencia en las transacciones comerciales. De la misma manera, persistían los desacuerdos en temas como el conflicto religioso, el acceso a la participación política y la educación. Pese a ello, los partidos y sus representantes coincidían en la necesidad de un modelo que permitiera establecer las bases de un régimen de producción sintonizado con el desarrollo del capitalismo moderno, pues a pesar de las diferencias ideológicas, este esquema era reconocido como un símbolo de estabilidad, y como una fuente inagotable de progreso.

De esta manera, las clases dirigentes, apoyadas en las bases ideológicas del liberalismo, lograron fundamentar la existencia de un tipo de estado, de unas instituciones y de unas normas específicas que respondían a los esquemas planteados por el liberalismo occidental. Claro que la discrepancia entre las estructuras descriptivas y prescriptivas continuó manifestándose como una de las principales problemáticas para la sociedad<sup>9</sup>; y la visión clásica de una sociedad de individuos económicamente libres, propietarios, impregnados por la ética del trabajo, e inscritos en la normatividad de la democracia burguesa terminó diluyéndose en una realidad excluyente, en la que las oligarquías y los capitalistas emergentes disponían del estado según su conveniencia<sup>10</sup>.

No podemos pasar por alto que al comenzar la independencia, algo más del 90% de la población de América Latina estaba compuesta por negros, indios y mestizos<sup>11</sup>. Sin embargo, como sostiene Aníbal Quijano, “durante el proceso de organización de los nuevos estados, a dichas razas les fue negada toda posible

---

<sup>9</sup> Marta De la Vega. *Evolucionismo versus positivismo*. Monte Ávila editores latinoamericanos. Caracas, 1998. Pág. 200.

<sup>10</sup> Hale. ob.cit. Pág. 13.

<sup>11</sup> Aníbal Quijano. “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina”. En: Edgardo Lander. (ed.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. CLACSO. Buenos Aires, 1993. Pág. 233.

participación en las decisiones sobre la organización social y política”<sup>12</sup>. Por eso es entendible que las aspiraciones de afianzar un estado nación moderno se limitaran a crear estructuras, leyes, e instituciones, y no a constituir una sociedad igualitaria en el sentido del control del trabajo, el acceso a los medios de producción y la participación política<sup>13</sup>.

De tal modo, durante el siglo XIX, los países latinoamericanos se estructuraron a partir de una dinámica donde los grupos dominantes no consiguieron descolonizar a la sociedad mientras pugnaban por establecer países independientes<sup>14</sup>. Se trató, principalmente, de las oligarquías que controlaban la estructura agraria tradicional y de los comerciantes vinculados con el floreciente sector primario exportador. En muchas ocasiones, el estado permitió o auspició el traspaso de tierras y yacimientos minerales a individuos, familias, o sociedades comerciales que se beneficiaron de su usufructo. Paralelamente, tales medidas iban en detrimento de campesinos o indígenas a quienes se les negó el derecho a la propiedad, obligándolos a incrustarse en un sistema de explotación que generaba ganancias a reducidos grupos de la sociedad.

Por lo tanto, y a pesar del apogeo del liberalismo, el estado se estableció sobre los cimientos de un antiguo orden que requería de las relaciones de subordinación preexistentes para sostenerse. Ello supuso la reafirmación de las contradicciones entre las instituciones jurídico-políticas modernas, calcadas de las democracias liberales europeas, y la realidad social fundada en prácticas coloniales. De esta manera, las sociedades transitaron por un proceso de modernización ambiguo, en el que hicieron presencia elementos de las ideologías liberal y conservadora, pero en la cual se fijó un

---

<sup>12</sup>Ibíd.

<sup>13</sup> Una de las condiciones necesarias para lograr una nacionalización exitosa, y por ende, un estado nación moderno, es impulsar un importante proceso de democratización de la sociedad que permita la constitución de una ciudadanía eficaz, para así, garantizar la igualdad civil, legal y política. No quiero entrar a debatir hasta que punto los estados europeos avalaron tal situación; pero en el siglo XIX los estados latinoamericanos se caracterizaban por una organización que servía a grupos sociales minoritarios. El trabajo de Aníbal Quijano (Ibíd.) ofrece interesantes perspectivas al respecto.

<sup>14</sup> Ibíd.

mismo horizonte que apuntaba a la consecución de un estado de estabilidad sustentado en el desarrollo del capitalismo<sup>15</sup>.

### ***1.2 Una economía en transformación: Los nuevos vínculos con el mercado mundial***

Los cambios políticos y el perfil que adoptaron los estados durante el último tercio del siglo XIX, estuvieron acompañados de una intensiva transformación de los patrones económicos que habían imperado en el continente. Si bien las estructuras de poder parecieron conservarse intactas, ancladas al viejo régimen colonial, las nuevas relaciones de América Latina con el contexto económico internacional, y la idea de modernización que circulaba entre las elites, fueron el detonante de modificaciones fundamentales.

Con las teorías liberales floreció también una estructura económica que tendió nuevos puentes con el capitalismo internacional emergente. Las élites, principales beneficiarias de tal fenómeno, vieron en el flujo de capitales, en el auge de las exportaciones y en las mejoras en la infraestructura, señales de una época de modernización y progreso. Ellas mismas se encargaron de irradiar esta impresión al resto de la sociedad, y no dudaron en relacionarla con el la imagen del orden, la administración y la paz social que se venía abriendo paso desde la década de 1870.

La estructura económica latinoamericana posterior a la independencia no se transformó considerablemente con respecto a las relaciones preexistentes desde la colonia. Durante el periodo que va de 1820 a 1870, las formas de producción, los mercados, los regímenes de trabajo y la propiedad, mantuvieron casi intacto el complejo patrón que había perdurado durante el domino ibérico. Se trataba, básicamente, de un sistema que combinaba formas capitalistas y precapitalistas, en el cual subsistían redes de trabajo recíproco, trabajo asalariado, esclavitud, formas de

---

<sup>15</sup> De la Vega. ob.cit. Págs. 196–197.

terrazgo, y producción a pequeña escala por parte de artesanos y campesinos<sup>16</sup>. Teniendo en cuenta este panorama, es posible afirmar que durante buena parte del siglo XIX la reproducción de la fuerza de trabajo en América Latina no estuvo determinada por una economía mercantil, sino por sectores productivos no capitalistas<sup>17</sup>.

Las campañas de independencia y las posteriores confrontaciones internas, por su parte, significaron la bancarrota de varios estados. Muchos de ellos, inmersos en el objetivo de consolidar el proyecto nacional, contrajeron onerosas deudas con la banca extranjera y derrocharon el poco dinero que poseían financiando guerras que no conducían a ningún lado. Esto se convirtió en un factor decisivo de la incapacidad de las economías nacionales de auspiciar un mercado interno más dinámico que no sustentara en un esquema de dependencia, pues las constantes conflagraciones y el desvío de recursos supeditó la inversión a la presencia de capitales extranjeros, que muchas veces, tenían intenciones imperiales. A esto hay que sumarle que, tras la abolición del monopolio colonial, se abrieron mercados a bienes extranjeros más baratos y en detrimento de los productores locales; tales sucesos contribuyeron a profundizar una larga crisis que se mantuvo durante casi todo el siglo XIX<sup>18</sup>.

Las dinámicas del mercado mundial, sin embargo, reconfiguraron la relación de América Latina con los centros industriales atlánticos. A partir de la segunda mitad del siglo XIX, la actividad económica de los países del noroeste de Europa y de Norteamérica creció notablemente, y con ella, también lo hicieron la expansión demográfica, la demanda de alimentos, y la obligación por conseguir nuevas y abundantes materias primas. Estas modificaciones significaron para las economías periféricas el incremento de sus exportaciones; desde ese momento “América Latina se vio cada vez mas inserta en la estructura de articulación subordinante que

---

<sup>16</sup> William Glade. “América Latina y la economía internacional, 1870–1914” En: Leslie Bethell, (ed.). *Historia de América Latina. América Latina: Economía y sociedad. 1830–1930*. Editorial Crítica. Barcelona, 1991. Pág. 1.

<sup>17</sup> Ciro Cardoso. *Historia económica de América Latina. Economías de exportación y economía capitalista. Vol. II*. Editorial Crítica. Barcelona. 1999. Pág. 31.

<sup>18</sup> Hamnett. ob.cit. Pág. 319.

proporcionaba el sistema del mercado mundial”<sup>19</sup>. Lo anterior no significa que la relación con el capitalismo del atlántico norte iniciara en el siglo XIX. Ciertamente, este vínculo tuvo sus orígenes en la conquista y se profundizó con la acumulación de riquezas, el comercio, y el contrabando de los siglos XVII y XVIII; sin embargo, para la década de 1870, dicho proceso se encontraba en una fase de aceleración, y se extendía en la mayor parte del continente americano.

Se suele entender el auge de las exportaciones sin considerar los cambios significativos que éste produjo en los mercados internos; y en ocasiones, no se tienen en cuenta las consecuencias que esa relación inédita con el mercado mundial trajo para las sociedades latinoamericanas. Por eso, el análisis que sigue no se detiene en los datos puntuales de las exportaciones sino que se ocupa, más concretamente, de cómo ese proceso originó nuevas demandas en el mercado interno, generó nutridas olas migratorias, creó amplios mercados urbanos, incentivó el desarrollo de pequeñas industrias y facilitó la irrupción de sectores de clase antes inexistentes.

El modelo primario exportador fue la respuesta más visible a la acentuación de la demanda en los centros industriales. Para los sectores con capacidad de inversión, fue clara la oportunidad que les brindaba una situación de control sobre los medios de producción y las materias primas, en un contexto en el que las grandes potencias requerían de más bienes para satisfacer una fuerza de trabajo y una burguesía en expansión. De esta manera, la mayoría de países latinoamericanos lograron dedicarse a la exportación masiva de al menos un producto, y así, pudieron alcanzar un desarrollo más pronunciado de su actividad comercial hacia el exterior<sup>20</sup>.

Gracias a estas dinámicas, las economías del continente modificaron su papel en el mercado mundial, convirtiéndolo en un vínculo más inmediato y dinámico – aunque no por ello más equitativo- que se nutría de la exportación de productos minerales y agropecuarios. Las plantaciones agrícolas aumentaron su tamaño y

---

<sup>19</sup> Glade ob.cit. Pág. 7.

<sup>20</sup> No es mi intención realizar un recuento detallado que incluya montos, porcentajes y periodos de las exportaciones, discriminando además la situación de cada país. En este caso me parece relevante resaltar el auge de las exportaciones a lo largo de América Latina como fenómeno general, sin centrarme en detalles económicos. Para un análisis más detallado ver: C. Cardoso. ob.cit. Págs. 29–104.

productividad, los mecanismos de extracción se hicieron más complejos y eficientes, y la inversión de capital se diversificó fomentando amplios sectores de la economía. No se trató, sin embargo, de un proceso ascendente y uniforme, sino que estuvo sujeto a la fluctuación de precios, a la competencia y a las confrontaciones internas. Por citar un ejemplo, el azúcar del Brasil se vio sumido en una profunda crisis debido a las nuevas plantaciones de caña que emergieron en el Caribe, al crecimiento del mercado cafetalero en el sur y al auge del azúcar de remolacha. Desde 1885 a 1910, las exportaciones de este producto se redujeron a una tercera parte, y debilitaron la estructura económica del nordeste brasileño, un populoso sector antes próspero que ahora se veía devastado<sup>21</sup>.

Con el auge exportador se dio también una modificación paulatina de los mercados internos, donde las inversiones nacionales y extranjeras, y el incremento del flujo de capital, favorecieron el desarrollo de nuevos sectores productivos. Igualmente, y como resultado de las reformas liberales, el establecimiento de regímenes de tenencia de la tierra en los cuales prevalecía la propiedad individual sobre la colectiva, y la abolición de las trabas aduaneras, contribuyeron a consolidar un proceso de circulación mercantil y de trabajo afín a las nuevas exigencias económicas. Todos estos elementos brindaron a las élites locales un nuevo horizonte para invertir sus fortunas, alterando significativamente sus patrones de vida, y también, los de la sociedad a la que pertenecían.

Como parte de este mismo fenómeno los inversionistas extranjeros, interesados en satisfacer la demanda creciente en sus propios países, estimularon la construcción de ferrocarriles e instalaciones portuarias, así como la puesta en funcionamiento de empresas de servicios públicos, bancos y tecnología que hacía la explotación de recursos más eficiente. Gracias a esta inyección de capital foráneo, varios países lograron ampliar extensas redes de caminos y ferrocarriles que comunicaban sectores aislados con el centro económico del país, y a éste, con los puertos y el mercado

---

<sup>21</sup> Glade, ob.cit. Pág. 13-14.

internacional<sup>22</sup>. También aparecieron los bancos y un incipiente sistema financiero que fue clave para el proceso de acumulación de capital. En manos de inversores nacionales y extranjeros, o dependientes de casas matrices en Londres y París, las instituciones financieras lograron generar nuevas relaciones socioeconómicas, importando sistemas de créditos, de hipotecas y de préstamos, y financiando el funcionamiento de un sistema capitalista ascendente<sup>23</sup>.

La presencia de nuevos capitales robusteció los mercados internos, aumentando de paso el potencial que las economías locales tenían para cubrir demandas, incentivar pequeñas industrias y expandir las importaciones. Se trató de un complejo proceso que alteró la vida en campos y ciudades; por un lado, abrió la frontera agrícola a nuevos productos y formas de trabajo, y por el otro, favoreció el crecimiento de los mercados y la diversificación de las funciones de los espacios urbanos.

La migración del campo a la ciudad fue uno de los fenómenos que más alteró la composición demográfica y geográfica en la segunda mitad del siglo XIX, pues modificó la estructura urbana tradicional y abrió las puertas a una renovación ideológica que impregnó la cotidianidad de la sociedad<sup>24</sup>. La consolidación del crecimiento económico convirtió a numerosas ciudades en un lugar atractivo para migrantes nacionales y extranjeros, quienes promovieron el aumento substancial de la fuerza laboral y la eficiencia de los sectores productivos. Los nuevos habitantes de las

---

<sup>22</sup> México y Argentina fueron quizás dos de los países que más desarrollaron la red ferroviaria durante este periodo, y con ello, también su mercado interno. El primero transformó los reducidos 527 kilómetros de ferrocarril que tenía en 1873, en 19.205 kilómetros para 1910, en el marco de las políticas porfirianas. Mientras que Argentina, logró comunicar extensos sectores productivos y abrir otros nuevos gracias a la ampliación de su red hasta las pampas, aumentando su área cultivada de 2,4 millones de hectáreas en 1888 a 24 millones en 1914. Ver: Hamnett. ob.cit. Pág. 323.

<sup>23</sup> Glade. ob.cit. Pág. 40.

<sup>24</sup> Es importante tener en cuenta que el crecimiento no fue un fenómeno que compartieron todas las ciudades latinoamericanas. Tal como lo señala José Luís Romero, el auge de las exportaciones y la intensificación del comercio generaron un doble proceso de transformación y estancamiento. Los centros vinculados al flujo mercantil y financiero crecieron significativamente; por su parte, las ciudades que permanecieron aisladas, conservaron mucho de su aire tradicional. En Ecuador encontramos un claro ejemplo de este proceso. Quito, la capital, mantuvo un semblante colonial, mientras que Guayaquil, se transformó en un activo puerto que alojó a la naciente burguesía ecuatoriana. Ver: José Luís Romero. *Latinoamérica las ciudades y las ideas*. Editorial Universidad de Antioquia. Medellín. 1999. Págs. 298–310.

urbes fueron empleados en puertos, ferrocarriles, bancos, correos y empresas de servicios públicos, y como mano de obra en el negocio de la exportación y la industria<sup>25</sup>. Hay que tener en cuenta que muchos de quienes llegaron desde Europa, estaban respaldados por políticas gubernamentales que favorecían el proceso migratorio por considerarlo una necesidad para el progreso de las nacientes repúblicas. Fue en los países del cono sur donde más impactó esta política, sustentada en un principio eugenésico, y en la convicción de que la ética del trabajo europea permitiría el desarrollo de una “sociedad atrasada”.

El crecimiento de las ciudades propició también el aumento de la demanda de bienes y servicios. El excedente de capital y las necesidades de una burguesía en crecimiento configuraron un panorama socioeconómico apto para la incursión de nuevos productos; muchos de ellos aparecieron por primera vez en el ocaso del siglo XIX para convertirse en bienes indispensables entre ciertos círculos sociales. Las manufacturas de algodón, en especial las inglesas, y las piezas de lana, lino y seda, eran muy apetecidas para confeccionar prendas de vestir. También lo eran las cerámicas finas, las joyas, los artículos de tocador, los jabones, los fármacos y una amplia variedad de productos de ferretería<sup>26</sup> que hacían sentir a sus consumidores como agentes partícipes de la civilización, en la medida que esta apertura del mercado los acercaba a los modos y costumbres europeos.

La constitución de empresas de servicios públicos y de sistemas de transporte fue otro de los elementos que alteró la vida en los contextos urbanos. Gracias a la inversión de compañías extranjeras y a la iniciativa de empresarios nacionales, América Latina vio surgir tranvías eléctricos, acueductos modernos, telégrafos, empresas de luz y fuerza, y otras obras públicas que dieron eficiencia a la actividad económica de las ciudades. La presencia de estos consorcios extranjeros y de nutridos

---

<sup>25</sup> São Paulo, por ejemplo, pasó de ser una ciudad de 65.000 habitantes en 1890, a una metrópoli moderna de medio millón de personas en 1920, gracias al vigoroso mercado del café que atrajo acaudalados “fazendeiros dispuestos a transformarla en una urbe digna de su riqueza”. Otras ciudades como Manaus, Medellín y Monterrey, pequeños poblados a mediados del siglo XIX, se convirtieron en activos centros industriales y comerciales que, en 1910, ya superaban los 50.000 habitantes. Romero. ob.cit. Pág. 305.

<sup>26</sup> Glade. ob.cit. Pág. 18.

capitales nacionales se sustentaba en el desarrollo de estructuras económicas capitalistas; sin las condiciones de inversión necesarias hubiera sido impensable una intervención de este tipo.

Pero no todos los nuevos productos que diversificaron los mercados procedían del extranjero. Así como hubo capacidad para elevar las importaciones de bienes suntuarios, también se establecieron las condiciones para que crecieran pequeñas industrias y se ampliaran los talleres artesanales existentes. Generalmente, el proceso de industrialización de América Latina se ubica a partir de las primeras décadas del siglo XX, pues fue en esos años que la industria logró posicionarse como una opción de riqueza para las economías nacionales. Sin embargo, no se puede perder de vista la importancia de estos primeros pasos dados entre 1870 y 1914, así fueran, como relata William Glade, parte de una industrialización limitada, dispersa y discontinua<sup>27</sup>.

De este modo, la existencia de un capital arraigado en América Latina favoreció la diversificación de los mercados; por un lado, consolidó la importación de bienes y manufacturas, y por el otro, incentivó el desarrollo de pequeñas industrias y fábricas. Esto a su vez, transformó los gustos de la sociedad y también sus costumbres, no obstante se trató de un proceso casi exclusivo de las ciudades, usualmente auspiciado por las elites que acaparaban el capital.

Durante esta transición también se modificaron las estructuras de clase de las sociedades urbanas. Las sólidas oligarquías patricias que habían dominado el panorama del siglo XIX, se abrieron ante la irrupción de la burguesía mercantil y financiera que jugaba un papel importante en la economía de exportación e importación, así como en el desarrollo de la industria. De igual manera, se diversificaron los sectores populares con el establecimiento de nuevos procesos productivos; allí aparecieron los primeros colectivos obreros, en cuyo interior, afloraron las ideologías reivindicativas que marcaron los procesos sociales de finales del siglo XIX y de buena parte del XX.

---

<sup>27</sup> Ibid. Pág. 19.

En relación con este primer punto, hay un nutrido debate acerca de la verdadera existencia de una burguesía en América Latina, al menos durante el periodo acá referido. Por un lado, están quienes sostienen que se produjo la irrupción de una nueva clase que generó capital propio a partir de negocios, transacciones financieras y especulaciones, y que por lo tanto, hubo una burguesía americana<sup>28</sup>. Por el otro lado, están quienes consideran que lo que existió fue una oligarquía dependiente en tanto siguió atada al capital imperialista, que era el que en realidad controlaba los procesos económicos en el continente<sup>29</sup>.

Antes de constituir una contradicción, considero que estas dos posturas se complementan. Efectivamente, el desarrollo del capitalismo en América Latina finisecular no nació de una revolución democrático-burguesa con la capacidad de destruir las estructuras coloniales; sino que se trató, más bien, de una transición “oligárquica” que mantuvo el latifundio tradicional como el eje de su evolución. Las características de este proceso obstaculizaron la consolidación de un verdadero régimen de salario libre y supeditaron el desarrollo material a la presencia de capitales extranjeros. Todo lo anterior supondría una desnacionalización de la economía, una deformación del aparato productivo y una vía de succión de excedente económico local<sup>30</sup>, y por lo tanto, la ausencia de una burguesía libre e independiente.

Sin embargo, es un hecho que las clases emergentes asumieron una conciencia y un comportamiento burgués que se fundamentaba en su capacidad de valorizar el capital y en su facultad de reproducirse. Quienes irrumpieron con nuevas riquezas, lograron acumular los recursos materiales y simbólicos que los identificaban con las burguesías europeas; muchos se apropiaron de la estética y las maneras del mundo industrial, y se compenetraron con el ambiente que ofrecían las transacciones bursátiles y la dinámica laboral de la fábrica<sup>31</sup>.

---

<sup>28</sup> Para una mejor comprensión de esta postura ver el capítulo “Las ciudades Burguesas”. En: Romero. ob.cit. Pág. 293–369.

<sup>29</sup> Agustín Cueva. *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. Siglo XXI Editores. México. 2004.

<sup>30</sup> *Ibíd.*

<sup>31</sup> Romero. ob.cit. Pág. 315-317.

Así, puede que no existiera una burguesía idéntica a la europea, pero lo cierto es que se había desarrollado una mentalidad burguesa muy similar a la de aquella. Las nuevas elites, deslumbradas por el incremento de su capital, confiaban en la sociedad liberal, compartían la filosofía del progreso y consideraban su época como un periodo de cambios y transformación de las normas y los valores. Eran los años del centenario, y para entonces, la ciudad era un espacio atractivo, luminoso y fascinante, en el cual la riqueza y los negocios parecían no tener límites<sup>32</sup>.

No se puede negar que las estructuras económicas latinoamericanas siguieron subordinadas a los grandes centros industriales y al desarrollo del capitalismo internacional. Tampoco, que esa conexión fue la fuerza motriz del proceso de acumulación de capital del continente<sup>33</sup>. Lo cierto es que este proceso, que no dejó de ser contradictorio<sup>34</sup>, alteró las relaciones socioeconómicas, modificó las estructuras políticas, propició un incremento demográfico y sentó las bases para una nueva configuración del mundo urbano. La movilidad social obligó a determinados sectores oligárquicos a abrirle campo a las burguesías ascendentes que iniciaban un vigoroso proceso de fortalecimiento y generación de capital. Al mismo tiempo, las clases populares buscaron un ascenso social que pocas veces llegó a concretarse, en gran parte, porque no consiguieron integrarse de manera definitiva al ciclo capitalista de la reproducción de la riqueza –como trabajadores y consumidores-. Las fábricas, las pequeñas industrias y el mercado de exportaciones generaron relaciones laborales inéditas, de las cuales, brotaron conflictos que revelaron una renovada relación de la sociedad con su entorno. Esto demuestra como, en el ocaso del siglo XIX, se avanzaba en un dinámico periodo de transformaciones que mantuvo a las estructuras sociales entre la tradición y la modernidad.

---

<sup>32</sup> Beatriz Bragoni. "La formación de la conciencia burguesa en Iberoamérica durante el siglo XIX". En: Arturo Andrés Roig (ed.). *El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX*. Editorial Trotta/Consejo superior de investigaciones científicas. Madrid. 2000.

<sup>33</sup> Glade. ob.cit. Pág. 35.

<sup>34</sup> Comparto la postura de Agustín Cueva en el sentido que "el desarrollo del capitalismo no es otra cosa que el desarrollo de sus contradicciones específicas, es decir, de un conjunto de desigualdades presentes en todos los niveles de la estructura social". Cueva. ob.cit. Pág. 99.

### **1.3 Convirtiendo ideas en reformas. Positivismo, evolucionismo y socialismo**

Las transformaciones de la estructura económica y del orden político, cuya dinámica aumentó a partir de la segunda mitad del siglo XIX, coincidieron con el reconocimiento del modelo liberal industrial como un paradigma ideológico. La noción de que se trataba de un estado necesario, al que debían aspirar las sociedades que transitaban por el sendero de la modernidad, provocó que los esfuerzos gubernamentales y la ideología que le daba sentido a la realidad se alinearan con este orden deseado, descalificando de paso, las posturas que resultaban antagónicas o que no encajaban dentro de los parámetros establecidos. Hay que recordar que aunque se mantenían ciertos desencuentros entre liberales y conservadores, la dirigencia latinoamericana estaba sumida en la búsqueda de una armonía duradera entre el territorio, el estado y el pueblo; y frente a ese anhelo, el ejemplo de una población impregnada de la ética del trabajo, obediente de las normas y leal al estado, valores que se asociaban con la sociedad liberal, parecía una apuesta venturosa<sup>35</sup>.

Parte del intento por articular el nuevo paradigma a una realidad que aún lucía atrasada, tuvo que ver con la definición de un cuerpo ideológico capaz de penetrar las estructuras sociales preexistentes, y especialmente, las de los sectores marginados asociados con la idea de atraso. Las elites asumieron esta tarea como un deber con la civilización y con la humanidad, y para ello, optaron por un conjunto de planteamientos destinados a actuar en aquellos espacios donde predominaba “la barbarie”.

Hay que tener en cuenta que las doctrinas que robustecieron la posición de las elites latinoamericanas tuvieron sus orígenes en el pensamiento europeo de tradición occidental, y en las pretensiones universalistas de la modernidad capitalista.

Efectivamente, no era la primera vez que se recurría a modelos extranjeros para interpretar la realidad local: las estructuras sociales decimonónicas fueron el producto de una “política de traducción” en la cual los esquemas foráneos fueron adoptados a

---

<sup>35</sup> Cecilia Sánchez. “El surgimiento de los Estados-Nación y las políticas pedagógicas como herramientas de integración social y control en Iberoamérica en el siglo XIX”. En: Roig Arturo Andrés (ed.). ob.cit. Pág. 109.

situaciones específicas, en un proceso colectivo de producción de sentido<sup>36</sup>. En ese contexto, diversas filosofías europeas fueron vinculadas al contexto intelectual latinoamericano, con el ánimo de que solucionaran varios de los “problemas” que persistían en la región. El positivismo fue quizás la ideología más ambiciosa de todas las que arribaron, y fue ella, la base de las políticas que promovieron las clases dirigentes para establecer el mandato del orden y el progreso; igualmente, sirvió para definir los perfiles culturales de las elites ilustradas, quienes se identificaban con el sentido filosófico que éste le daba a la existencia.

Si bien es cierto que el liberalismo político y económico logró situarse como un principio ampliamente aceptado de orden social, en el terreno ideológico las cosas fueron un poco más ambiguas. En aquel momento no se había logrado un consenso claro que consolidara el dogma liberal de manera fehaciente; las discusiones en torno a la secularización, la supremacía de la autoridad civil, la ampliación de las libertades y la separación entre iglesia y estado seguían aún vigentes. Más allá de estos círculos, y de forma paralela, crecía el debate promovido por ideologías reformistas e igualitarias cercanas al socialismo y al anarquismo. Ambas, provenientes del pensamiento moderno europeo, fueron muy populares entre las clases obreras que emergían en los contextos fabriles, y entre los artesanos y jornaleros que conformaban los regímenes de trabajo y explotación del siglo XIX.

Los ecos de los procesos revolucionarios de 1848 en Europa, un artesanado debilitado por las medidas que promovían el libre comercio y las condiciones materiales adversas de una amplió porcentaje de la población trabajadora, entre otros factores, confluyeron de manera particular en América Latina, y facilitaron la irrupción de posiciones derivadas del socialismo utópico, del anarquismo y del antiimperialismo. A esto hay que agregar los efectos de la ola migratoria –en su mayoría europea– que tuvo lugar a partir de la segunda mitad del siglo, la cual, no

---

<sup>36</sup> El término *política de traducción* lo tomo de Cecilia Sánchez; se refiere, básicamente, a “un traslado que restituye en otro lugar, en un sentido distinto, el sentido que se le dio al origen”. Me parece que sintetiza la intención que durante el siglo XIX tuvieron quienes importaron las ideologías desde Europa y Estado Unidos. *Ibíd.* Pág. 124.

sólo trajo una tradición productiva y una cosmovisión cultural distinta, sino también, “un cúmulo de experiencias orgánicas de resistencia obrera y campesina, así como ideologías radicales que pronto echaron raíces en el interior de las repúblicas latinoamericanas”<sup>37</sup>. Gracias a la importación de ideas y a las condiciones socioeconómicas internas, emergió una estructura ideológica que promovió la reivindicación y el igualitarismo como ejes centrales de sus demandas.

Los primeros contingentes de obreros y artesanos que se aproximaron a estas corrientes de pensamiento lo hicieron a través de los clubes liberales y de las sociedades mutuales que aparecieron en las ciudades y en restringidos círculos mineros. Allí conocieron, por primera vez, los ensayos utopistas de figuras como Simón Rodríguez, Flora Tristán y Juan Bautista Alberdi<sup>38</sup>, personajes influenciados por los planteamientos de los franceses Charles Fourier y Henri de Saint Simón, entre otros. Fue gracias al clima de apertura que brindaba el liberalismo, en un escenario de incremento de las formas capitalistas de producción, que estos ideales se afincaron, y posteriormente, se reforzaron acogiendo posturas provenientes del anarquismo proudhoniano y del cristianismo<sup>39</sup>.

Por su parte, las clases dirigentes avanzaban en la búsqueda de una ideología que brindara cohesión a las estructuras político-sociales, en el marco de la transformación económica que suponía el avance del capitalismo. En este contexto el positivismo emergió como la filosofía predominante entre amplios sectores dirigentes de América Latina; combinada con rasgos del liberalismo, del evolucionismo, del ateísmo y del realismo literario<sup>40</sup>, entre otras posturas, adquirió el rótulo de una ideología operativa que actuaba en un doble sentido: como asociación de ideas con un

---

<sup>37</sup> Ricardo Melgar Bao. *El movimiento obrero latinoamericano*. Tomo I. Alianza editorial mexicana/ CONACULTA. México. 1989. Pág. 33.

<sup>38</sup> *Ibíd.* Pág. 24.

<sup>39</sup> Salvador Morales Pérez “Ideales obreros y socialistas ante los procesos de industrialización y sus efectos en la historia intelectual de América Latina”. En: Arturo Andrés Roig *ob.cit.* Pág. 227.

<sup>40</sup> De la Vega. *ob.cit.* Pág. 224.

carácter epistemológico, y como programa para la acción en los campos de la política, la economía, la moralidad, la educación y la industria, por nombrar apenas algunos<sup>41</sup>.

Hay que tener en cuenta que lo que denominamos *positivismo latinoamericano* no fue una simple prolongación del pensamiento desarrollado en Europa, sino un conjunto de ideas heterogéneas con bifurcaciones, posturas y condiciones de existencia propias que convergieron en una filosofía ecléctica<sup>42</sup>. Entre ellas, el positivismo de August Comte y el evolucionismo de Herbert Spencer, especialmente, sirvieron de inspiración a los dirigentes locales en la elaboración de políticas destinadas a garantizar el equilibrio y eficaz funcionamiento de la sociedad, al menos durante el último cuarto del siglo XIX y las primeras décadas del XX<sup>43</sup>. Por lo tanto, lo que sucedió en América Latina fue una adopción conjunta de doctrinas dentro de una idea común de modernizar, civilizar y estabilizar a una sociedad en crisis; como parte de un proceso que buscaba romper con un orden tradicionalista que albergaba vestigios de la escolástica, y un pensamiento conservador y antimoderno<sup>44</sup>.

El planteamiento comtiano<sup>45</sup> sostenía, básicamente, la necesidad de que el conocimiento se ocupara de aspectos prácticos que enfatizaran la preeminencia de lo preciso sobre lo vago. Aludía a la jerarquía de la ciencia sobre la fe, la tendencia inevitable del espíritu y de la sociedad hacia el orden y el equilibrio natural; asimismo, proponía un plan de reorganización social que garantizara la marcha de la civilización hacia un estado ideal en el cual la humanidad lograra superar los males del pasado. Visto de ese modo, el positivismo fue un sistema filosófico que se traducía en un proyecto político; Comte consideraba a su doctrina como la última expresión

---

<sup>41</sup> Hugo Biagini. "Espiritualismo y positivismo" En: Arturo Andrés Roig ob.cit. Pág. 331.

<sup>42</sup> Sánchez C. ob.cit. Pág. 119.

<sup>43</sup> De la Vega. ob.cit. Pág. 195.

<sup>44</sup> Ibíd. Pág. 224.

<sup>45</sup> Vale la pena señalar el contexto histórico en el que surge esta teoría. August Comte (1798 -1857) vivió los sucesos sociales y políticos de la primera mitad del siglo XIX en Francia, un periodo caracterizado por crisis, revoluciones e inestabilidad en varios aspectos. Quizás a eso responda su urgencia de concebir un ideario político social que asegurara el orden para así acceder al desarrollo y el progreso.

del proceso evolutivo de la humanidad, en cuanto prometía una revolución moral e ideológica que conducía al orden y al progreso<sup>46</sup>.

Por su parte, la postura de Spencer concebía la existencia de un ritmo universal al cual respondían, tanto los organismos vivos, como los fenómenos sociales en todo el mundo. Según su idea, las sociedades, como los seres biológicos, debían superar una serie de estados evolutivos para alcanzar la cúspide de su desarrollo, en el cual, lograban la plenitud de sus posibilidades. De allí surgió la idea de que los *pueblos* del planeta estaban inscritos en un proceso civilizatorio unilineal determinado por etapas; así, partiendo de ausencias o presencias, era posible determinar el momento en el que se encontraba cada uno de ellos y a la postre, definir el lugar que le correspondía en ese pretendido orden universal. La sociedad industrial liberal, regida por la mentalidad y la lógica burguesas, fue considerada la cima de la civilización, en oposición a las sociedades rurales y tradicionales a las que se tildaba de salvajes y primitivas<sup>47</sup>.

Varias de estas ideas impregnaron la vida intelectual y política latinoamericana, y se convirtieron en sustento de disposiciones orientadas a reafirmar el desarrollo, el orden y el progreso. Su principal inspiración fue la convicción de transformar la mentalidad y la conducta de la sociedad, y la idea de que era viable cambiar la percepción que la gente tenía de su mundo, de su historia y de su porvenir.

La imagen de que las sociedades del mundo estaban inscritas en un proceso civilizatorio unilineal determinado por un crecimiento acumulativo y progresivo, era una verdad bastante aceptada por diversos sectores en Latinoamérica a finales del siglo XIX. Ciertamente, era un argumento sustentado en el principio de la modernidad capitalista, que concebía un mundo ordenado bajo la lógica eurocéntrica de un discurso hegemónico que establecía relaciones con los otros coloniales<sup>48</sup>.

---

<sup>46</sup> De la Vega. ob.cit. Pág. 88.

<sup>47</sup> *Ibíd.* Pág. 142.

<sup>48</sup> No es mi intención discutir a fondo el carácter de la modernidad capitalista. Sin embargo, algunas acotaciones pueden resultar útiles para que el lector tenga más claro el problema al que hago referencia. Durante los siglos XVI a XVIII Europa afianzó su capacidad militar, económica y política. Este proceso le permitió a occidente emerger como el paradigma global y, a partir de esa certeza, construir un lugar

Transformada en dogma, esta idea fue central en las discusiones políticas, culturales y económicas, que en nuestro continente, reflexionaban acerca del lugar que se ocupaba en esa jerarquía planteada por occidente; y así mismo, se convirtió en factor esencial de las disposiciones que se adoptaron para avanzar por la llamada *senda del progreso*, hacia un futuro en el que se alojaba la excelencia.

Desde el punto de vista práctico, esto implicó la determinación de sustituir lo viejo por lo nuevo: ampliar la infraestructura rural y urbana, levantar edificaciones renovadas y redactar códigos que suprimieran costumbres ancestrales; mientras que en el terreno ideológico, supuso el reconocimiento de que la sociedad latinoamericana se encontraba en un estado inferior dentro de esa totalidad constituida por el tiempo espacio moderno. Estas certezas se tradujeron en la convicción de que tanto la sociedad marginada como sus expresiones culturales, consideradas tradicionales o arcaicas, debían someterse a las transformaciones que dictaba la ley natural del progreso tecnológico, lo cual significaba aceptar su subordinación a las posturas hegemónicas, cuando no, su aniquilación total.

Para que estas ideas consolidaran su carácter de dogma fue necesario garantizar, no sólo su expansión entre la sociedad, sino también, su reproducción constante en el ámbito institucional que dependía del estado. El sistema educativo sirvió como vehículo para canalizar dichos esfuerzos; sometida a un paulatino proceso de secularización, la educación en América Latina asumió la responsabilidad de difundir el positivismo particular del continente, con la convicción de que se trataba de una tarea de emancipación mental que corregiría el rumbo de la sociedad en su conjunto.

Ya para la década de 1850 la teoría de la educación positivista rondaba los sistemas de aprendizaje de América Latina; la Escuela Nacional Preparatoria de México (1867) y la Escuela Nacional Paraná de Argentina (1870), entre otras, surgieron

---

de enunciación hegemónico desde el cual estableció su relación con los otros mundos. Su expansión a nivel global, implicó el traslado de una ideología, de un sistema productivo y de una cultura particular que actuaba bajo el supuesto de la universalidad, delineando los principios de la organización colonial del planeta. Para una perspectiva más amplia de este fenómeno revisar: Bolívar Echeverría. *La modernidad de lo barroco*. Ediciones Era. México. 2000 y Lander E. ob.cit.

como importantes centros de educación superior organizados a partir de la lógica positiva. Los contenidos que se impartían, basados en un aprendizaje enciclopédico que aceptaba la existencia de una jerarquía en el conocimiento, tenían un sesgo favorable hacia lo científico y práctico en detrimento de lo humanístico<sup>49</sup>. No se podía esperar otra cosa, pues desde principios del siglo XIX, la ciencia moderna se había convertido en una institución moral suprema que regía los ámbitos de la política, de la sociedad y por supuesto, de la educación<sup>50</sup>. Siguiendo esta línea, los maestros buscaban estimular un orden en el conocimiento que subsanara las influencias negativas de las doctrinas del siglo XVII y XVIII, y de ese modo, asegurar la regeneración intelectual y moral de los individuos como condición esencial de la organización social<sup>51</sup>.

La inclinación hacia las materias prácticas estaba acompañada por una concepción de la escuela como espacio transformador destinado a la producción de ciudadanos. El espíritu universalista de la educación tenía como objetivo la transmisión de valores morales, de conductas y de comportamientos que no se limitaban al ámbito del aula, sino que trascendían al plano público y privado. Existía la convicción de que la educación de las clases populares era un paso necesario para el progreso, pues suponía erradicar la mentalidad que generaba la pobreza. No es extraño que durante el último cuarto del siglo XIX, y por varias décadas del XX, fueran comunes los planes de reestructuración y reforma de escuelas y universidades, la emisión de manuales y reglamentos de conducta, y las leyes que condenaban la vagancia por considerarla antítesis de la virtud que se obtenía del trabajo<sup>52</sup>.

---

<sup>49</sup> En una carta enviada en 1870, Gabino Barreda, quien tenía la tarea de reorganizar la educación durante el régimen de Juárez, escribió en referencia al primer plan de estudios de la Escuela Nacional Preparatoria: "los estudios preparatorios mas importantes se han arreglado de manera que se comience por el de las matemáticas y se concluya por el de la lógica, interponiendo entre ambos el estudio de [...] la cosmografía y la física, la geografía y la química, y la botánica y la zoología". Leopoldo Zea (Comp.). *Pensamiento positivista latinoamericano*. Tomo II. Biblioteca Ayacucho. Caracas. 1980. Pág. 12.

<sup>50</sup> Boaventura De Sousa Santos. *Crítica de la razón indolente: contra el desperdicio de la experiencia*. Vol. I. Editorial Desclée de Brouwer. Bilbao. 2000. Pág. 54.

<sup>51</sup> De la Vega. *Ibíd.* Pág. 112.

<sup>52</sup> Por trabajo hay que entender la noción positivista y moderna del hecho pragmático de realizar alguna actividad productiva; se le concebía como el origen de toda riqueza, principio de la escala inmensa de los valores y principal virtud civil del ciudadano.

La educación, impregnada por el pensamiento positivista, fue una herramienta que el estado utilizó para transformar la mentalidad de los individuos, en un contexto de cambio en los patrones de producción y acumulación. Como muchas de las políticas de finales del siglo XIX, su implementación se dio de arriba hacia abajo, es decir, partiendo de los intereses y concepciones de las clases hegemónicas para imponerse sobre los sectores marginados. Estos últimos representaban un objetivo fundamental para el estado, pues de su transformación mental dependía, o al menos así lo veían quienes tomaban las decisiones, el porvenir de los países latinoamericanos, en tanto seguían siendo la mayoría de la población.

La noción de raza también matizó las estructuras de los aparatos ideológicos de los siglos XIX y XX. Desde la conquista, este factor había sido decisivo en la construcción de identidades sociales y había servido, no sólo para legitimar un sistema de dominación y explotación, sino como criterio de división del trabajo y de las ganancias que éste generaba<sup>53</sup>. Sin embargo, cuando el régimen colonial colapsó, América Latina tuvo que asumir el hecho de que la inmensa mayoría de su población era india, negra y mestiza, lo cual abría el interrogante de cómo sumarlos al proyecto de constituir el estado nación impulsado, en su mayoría, por sectores criollos y blancos.

Y no es que este problema se presentara en términos de acabar con los sistemas de dominación, ni tampoco, de abolir el racismo; el interrogante estaba relacionado con el postulado antropológico de la evolución y las razas capaces, dentro de un esquema derivado del darwinismo social y legitimado por el discurso científico de finales del siglo XIX. Para las clases dirigentes, la presencia de *razas inferiores* era, al igual que el determinismo geográfico y el atavismo, un obstáculo para el progreso: medidas con la misma escala jerárquica con la que se concebían las sociedades, las personas poseían virtudes o defectos dependiendo de su fenotipo y del color de su

---

<sup>53</sup> Quijano. ob.cit. Págs. 202-204.

piel. El indio era visto como perezoso, proclive al alcoholismo, poco inteligente y sin bondad; ello suponía una concepción de inferioridad tanto mental como material<sup>54</sup>.

Esta postura, que adquirió relevancia en las instancias encargadas de tomar las decisiones, provocó políticas de blanqueamiento que entre otras cosas, atrajeron la inmigración europea. El objetivo era transformar las razas subordinadas para que se parecieran a las anglosajonas, y así, emular a los pueblos que se suponía, alojaban la civilización y el progreso. Esto, sin embargo, no significaba un proceso de eliminación de las clases sociales pues indios o blancos, los sectores subordinados permanecieron en las condiciones de marginación preexistentes, sin importar si adoptaban o no el espíritu moderno del trabajo.

Hay que destacar, sin embargo, que estas posiciones no dejaron de causar polémica. Justo Sierra, por ejemplo, reivindicaba al mestizo como el fundamento de la nación mexicana, mientras que José Martí y Manuel González Prada, aludían al espíritu y al hombre latinoamericano como agentes de transformaciones llenos de cualidades. El pensador peruano proponía, refiriéndose al tema: “riámonos de los desalentados sociólogos que nos quieren abrumar con sus decadencias y sus razas inferiores, cómodos hallazgos para resolver cuestiones irresolubles y justificar iniquidades de los europeos”<sup>55</sup>.

La ideología fue un elemento esencial de los procesos sociales y políticos en América Latina durante el último cuarto del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Las ideas, provenientes casi siempre del exterior, tuvieron que ser adaptadas al contexto local para que éstas, actuaran en una realidad particular con dinámicas propias. En el caso que hemos revisado, el principal objetivo era adelantar reformas internas que garantizaran la inserción de la sociedad en las transformaciones que

---

<sup>54</sup> En el libro *Pueblo Enfermo*, publicado por primera vez en 1909, el boliviano Alcides Arguedas expuso la percepción que algunos sectores tenían de la presencia indígena: “De no haber predominado la sangre indígena, desde el comienzo habría dado al país orientación consiente a su vida, adoptando toda clase de perfecciones en el orden material y moral y, estaría hoy en el mismo nivel que muchos pueblos más favorecidos por corrientes inmigratorias venidas del viejo continente”. Alcides Arguedas. *Pueblo Enfermo*. Editorial e Imprenta Crítica. La Paz. 1977. Pág. 32. Ver también. Carlos Ernesto Noguera. *Medicina y Política. Discurso médico y prácticas higiénicas durante la primera mitad del siglo XX en Colombia*. Fondo Editorial EAFIT. Medellín. 2003. Págs. 19 – 21, 113.

<sup>55</sup> En: Biagini ob.cit. Pág. 337.

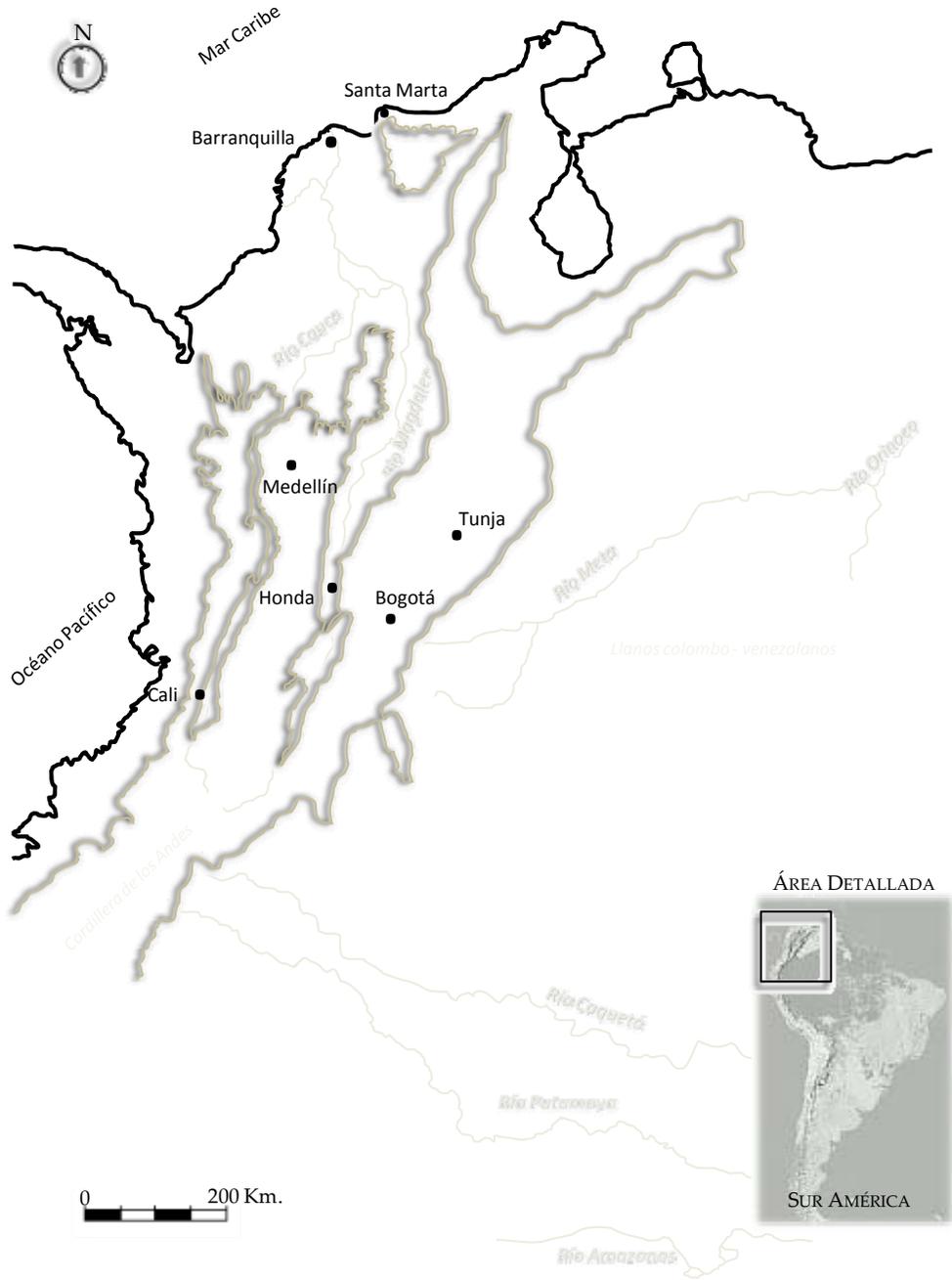
tenían lugar en el ámbito del capitalismo internacional. Las clases dirigentes, principales promotoras de estas reformas, buscaban el orden y el progreso, pero se resistían a un cambio radical de las estructuras socioeconómicas y por supuesto, negaban la opción de la revolución. Los sectores marginados asumían sus propias posturas pues para ellos, también era evidente la necesidad de un cambio, aunque en términos diferentes a los que planteaba la oligarquía, la burguesía y el estado.

El resultado de todo este proceso fue una sociedad contradictoria: un progreso formal con cambios estructurales restringidos, un poder político controlado por una minoría, un desarrollo industrial elemental y desarticulado sustentado en la mentalidad rentista de las elites, un régimen de reducida participación social en un estado nominalmente democrático; en resumen, un proyecto de reforma social pausado con un alcance muy limitado<sup>56</sup>.

---

<sup>56</sup> De la Vega. ob.cit. Pág. 203.

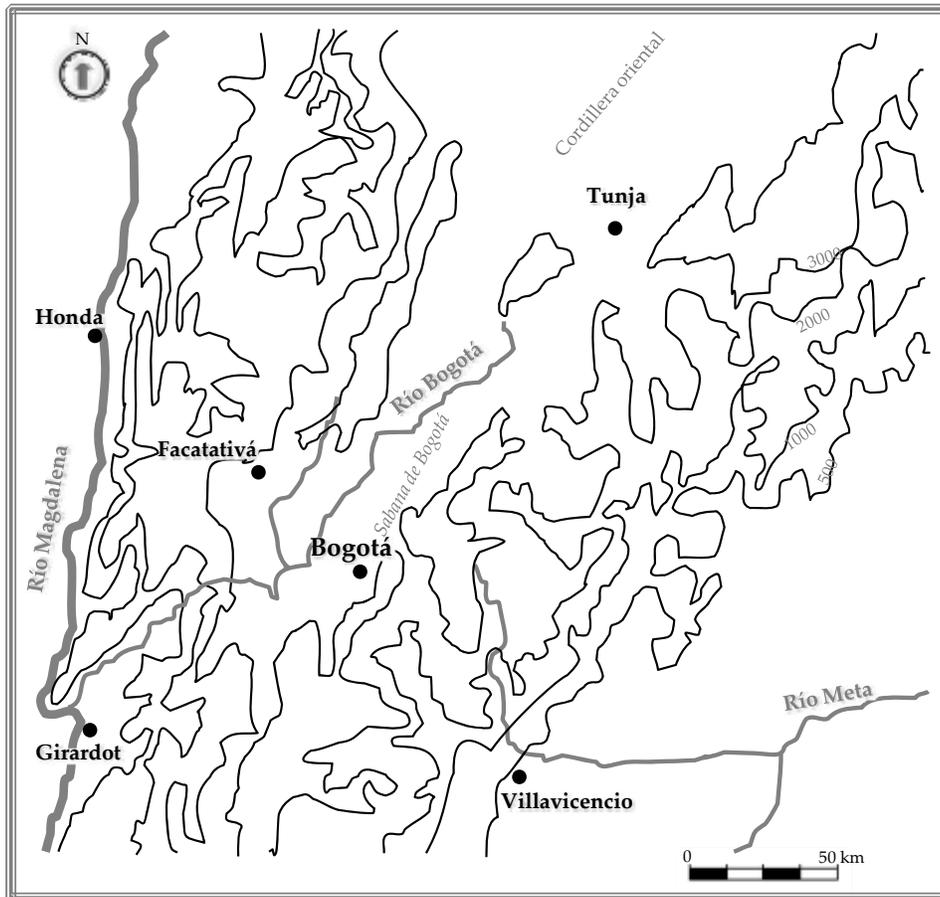
# COLOMBIA



Fuente: IGAC

Mapa 1

## BOGOTÁ Y SUS ALREDEDORES



Fuente: IGAC

Mapa 2

## CAPÍTULO 2. COLOMBIA, EN BUSCA DEL ORDEN Y EL PROGRESO

---



En concordancia con el escenario latinoamericano, a finales del siglo XIX Colombia experimentó un proceso de transición hacia un orden novedoso que se identificaba con los principios del capitalismo moderno, el positivismo y la búsqueda constante del orden y el progreso. Durante algo más de veinte años el país había vivido bajo una estructura estrictamente liberal, fundamentada en el laicismo y el federalismo, que imaginaba el librecambio como el modelo económico necesario para alcanzar la riqueza y la prosperidad. Sin embargo, a finales de la década de 1870, el esquema radical<sup>1</sup> empezó a sufrir fracturas inocultables; las regiones dependían de los intereses particulares de unas oligarquías, y como tal, estaban expuestas a los caprichos de dirigentes locales que cada tanto optaban por el levantamiento; la iglesia católica mostraba su descontento por las medidas que la excluían del ámbito gubernamental, y exigía la restitución de los bienes expropiados por el decreto de manos muertas de 1861; los artesanos, insatisfechos por el elevado ingreso de manufacturas, pedían a gritos un sistema proteccionista que garantizara su subsistencia y reproducción. Como si fuera poco, el descenso de las exportaciones de tabaco y quina, dos de los principales productos con que contaba Colombia, profundizaron la crisis económica y dejaron al estado dependiendo, casi exclusivamente, de los escasos ingresos que se obtenían por aduanas e impuestos.

Estas dificultades, causantes de una crisis institucional, política y económica, motivaron a ciertas fracciones poderosas de la sociedad a plantearse la necesidad de reencauzar el rumbo del país y orientarlo por la senda del orden, la estabilidad

---

<sup>1</sup> Se denominó radical a la fracción del liberalismo colombiano que gobernó el país entre 1861 y 1880. Su principal obra, la Constitución de Rionegro de 1863, agrupó al Olimpo Radical, una serie de pensadores, dirigentes y militares convencidos de las bondades de un liberalismo económico y político.

política, la paz social y el crecimiento económico. Los intereses localistas tenían al país desintegrado, atado a los vaivenes de la política regional; esto, limitaba el desarrollo capitalista interno pues entorpecía la armonía requerida para que el capital se acumulara y reprodujera al ritmo exigido por los nuevos tiempos. En un principio se recurrió a maniobras orientadas a “despolitizar” la sociedad, incentivar la industria nacional, solucionar los conflictos con la iglesia y organizar las raquíticas finanzas del estado, todo bajo el manto protector del plan denominado Regeneración. No obstante este primer intento subsistió entre el orden y la crisis, fue la base de un segundo momento durante el cual las mayorías políticas, las clases dirigentes, y amplios sectores de la sociedad, se acogieron a un proyecto civilizatorio más estable que se consolidó durante las primeras décadas del siglo XX. Esta transición estableció los cimientos de la Colombia moderna, o al menos, de una sociedad que mayoritariamente se identificó –y aún lo hace- con el capitalismo económico y el discurso de la modernidad como los ejes de su existencia.

### ***2.1 La Regeneración: anhelo de orden en medio de la crisis***

A principios de la década de 1880 el aspecto del estado colombiano no era para nada alentador. Las exportaciones, fuente primordial de ingresos para la nación y las regiones, se encontraban en un constante descenso debido a la fluctuación de los precios internacionales; el aumento del desempleo, el descontento social y la inestabilidad política en las zonas vinculadas con la producción y el comercio en crisis, completaban el infortunado cuadro que resumía la realidad del país<sup>2</sup>. Entre 1878 y 1891, el oro, el tabaco y las quinas, registraron dramáticas caídas que afectaron la economía nacional y especialmente, la hegemonía de algunos estados como Cauca, Bolívar y Santander. Esto, a su vez, facilitó el surgimiento de importantes centros comerciales que, como Antioquia, vieron despuntar la industria y la producción

---

<sup>2</sup> Marco Palacios. *Colombia, país fragmentado sociedad dividida*. Editorial Norma. Bogotá. 2002. Pág. 453.

cafetera, reeditando una pugna regional latente entre las diferentes entidades federadas<sup>3</sup>.

Las dificultades económicas coexistían con un profundo cisma político que enfrentaba liberales radicales con moderados, y a todos estos, con los conservadores afines a las posturas de la iglesia católica. Los partidos no aparecían claramente delimitados y era común que se fundaran disidencias, ramas independientes o históricas, como un mecanismo de diferenciación ideológica que le brindara a sus afiliados una oportunidad para alcanzar el poder anhelado. En medio de un país fragmentado por el federalismo, esa circunstancia convertía al estado en una institución más formal que real, la cual, limitaba su autoridad a las regiones más pobladas y, particularmente, a la capital Bogotá. Impedido para administrar los asuntos de la nación, agobiado por un déficit fiscal creciente y amenazado por los regionalismos beligerantes, el gobierno colombiano no estaba en capacidad de garantizar el bienestar de su población y mucho menos, de fomentar un proceso de industrialización y desarrollo acorde con las dinámicas del capitalismo internacional ascendente.

Las élites conservadoras y los liberales inconformes se dieron cuenta que la crisis del estado afectaba sus intereses políticos y económicos; como respuesta introdujeron, paulatinamente, reformas encaminadas a consolidar el reinado del orden para neutralizar la anarquía que emanaba del federalismo. En 1880, el recién elegido presidente liberal Rafael Núñez, inauguró un periodo de gobierno sustentado en un proyecto político autoritario que se extendería hasta el ocaso del siglo XIX bajo el lema “regeneración administrativa o catástrofe”; su objetivo, era implementar el orden en toda la nación a través del “fecundo reinado de la paz científica”<sup>4</sup>. Dentro de

---

<sup>3</sup> Un análisis de los montos de las exportaciones durante la segunda mitad del siglo XIX evidencia la crisis exportadora, agudizada a partir de 1882. El tabaco, que en 1875 representaba el 27.7% de las exportaciones del país, pasó a ser tan sólo el 1.2% en 1883; por su parte, la quina, que constituía el 30.9% a principios de los años 80, descendió a menos del 1% en la década de 1890. A pesar de que se observa un ligero ascenso de productos como el café o los cueros, es claro que el periodo de 1881 – 1883 fue funesto para la economía colombiana. Ocampo José Antonio. *Colombia y la economía mundial. 1830 – 1910*. Siglo XXI editores. Bogotá. 1984. Págs. 99 – 105.

<sup>4</sup> Palacios, 2002. ob.cit. Pág. 452.

las medidas adoptadas por Núñez, el acercamiento a los conservadores, la búsqueda de una solución al problema religioso, el fortalecimiento del poder central del estado, y las reformas económicas de carácter proteccionista fueron las más relevantes, y sirvieron de base a la nueva constitución de 1886 que enterró, definitivamente, el proyecto radical decimonónico.

Los peregrinajes de Rafael Núñez por la presidencia de Colombia –puesto que ocupó en cuatro ocasiones entre 1880 y 1892-, y las crisis que debió soportar durante sus años en el poder, demuestran las constantes tensiones que emergieron como consecuencia de las transformaciones al orden existente. No obstante esta inestabilidad, fue durante su periodo que se lograron muchas de las reformas que sustentaron la vida social y política del siglo XX.

La apertura del Banco Nacional (1880 – 1894) y la exclusividad de éste para emitir papel moneda fue una de las primeras acciones de su gobierno<sup>5</sup>; le siguieron políticas proteccionistas de corto alcance, orientadas a incentivar la pequeña industria y a los sectores artesanales mediante la fijación de nuevos fletes y el reordenamiento tributario en algunos sectores económicos; de igual manera, se intentó impulsar la infraestructura y consolidar las relaciones comerciales y financieras con los mercados internacionales. El ferrocarril emergió como una solución para extender la precaria red de comunicación con que contaba el país en ese entonces, pero las dificultades topográficas, la escasez de capitales y los constantes reveses que se tenían en la contratos con las empresas extranjeras, limitaron la acción gubernamental al fomento de líneas aisladas que en últimas, conectaban ciertas poblaciones y centros productores con el río Magdalena, la principal arteria fluvial de Colombia. Parecía que los liberales en el poder dejaban atrás su fe absoluta en el libre cambio y asumían

---

<sup>5</sup> La intervención del gobierno en el mercado del dinero enfurecía a los liberales, y especialmente a los banqueros facultados para emitir papel moneda. Este fue uno de los puntos álgidos de la política económica de finales del siglo XIX, la cual terminó resolviéndose –como en la totalidad de los países y sistemas financieros modernos- a favor de la exclusividad de emisión por parte del gobierno.

posiciones que, aunque limitadas, se proponían beneficiar a los sectores devastados por las importaciones y así, contribuir al desarrollo de los capitales nacionales<sup>6</sup>.

Pero las medidas más trascendentales, y políticamente hablando, las más drásticas, vinieron tras la conflagración de 1885 que enfrentó a liberales disidentes con las fuerzas gubernamentales. Consciente de que los levantamientos generarían inestabilidad y pondrían en peligro el orden anhelado, Núñez pactó con los conservadores para asegurar la victoria sobre los insurgentes; vencedor, el presidente declaró inexistente la constitución de Rionegro y puso en marcha el ambicioso proyecto de la Regeneración, materializado tras la aprobación de la carta magna de 1886.

Los Estados Unidos de Colombia, nombre del país durante el periodo federal, fue reemplazado por la República de Colombia, designación que resumía el nuevo carácter unitario, centralista y presidencial de la nación. Para Núñez y sus aliados era fundamental restablecer la autoridad económica, política y militar del estado central, por lo que reducir la autonomía con que contaban las entidades territoriales y sus dirigentes resultó una medida necesaria. A esta reorganización administrativa se le sumaron decretos que, entre otras cosas, le devolvieron a la nación las minas, las salinas y los terrenos baldíos en manos de los antiguos estados; que le otorgaron poderes extraordinarios al presidente, ampliando su periodo de dos a seis años; que restringieron la libertad de prensa y reunión; y que restituyeron la pena de muerte<sup>7</sup>.

Las relaciones entre estado e iglesia también sufrieron modificaciones. La presencia de tendencias claramente conservadoras en las filas gubernamentales abonó el camino para que la religión católica fuera declarada oficial, y para que los poderes públicos fueran convertidos en garantes de su existencia como elemento esencial del orden social<sup>8</sup>. En 1887 el estado colombiano estableció el Concordato con el Vaticano y cinco años después, firmó un convenio adicional que aumentaba los privilegios de la

---

<sup>6</sup> Luís Ospina Vásquez. *Industria y protección en Colombia. 1810 – 1930*. Biblioteca Colombiana de Ciencias Sociales. Medellín. 1979. Pág. 350.

<sup>7</sup> Palacios, 2002. ob.cit. Pág. 460.

<sup>8</sup> Leslie Bethell (ed.). *Historia de América Latina. América del sur, c.1870 – 1930*. Editorial Crítica. Barcelona 2000. Pág. 283 – 284.

iglesia en el país. Ésta, obtuvo compensaciones monetarias y fiscales para subsanar los agravios de los años liberales, asumió la orientación ideológica del sistema educativo, y consiguió el monopolio del matrimonio católico como el único con efectos legales<sup>9</sup>.

Los resultados de la Regeneración permitieron que Colombia sentara las bases de un régimen que cada vez más, adoptaba los rasgos de estado nacional moderno<sup>10</sup>. El afán por restituir la autoridad y la administración, y concentrarla en un poder central establecido, indica que para las clases dirigentes había llegado el momento de convertir el orden, la unidad y la estabilidad en los rectores de la vida sociopolítica del país. La narrativa del progreso y su vínculo con el desarrollo industrial del capitalismo moderno era, como en la mayoría de América Latina, una guía para la acción dentro de la búsqueda constante del reinado de la paz social y el abatimiento de los signos del atraso. No resulta fortuito que ya en 1885, el presidente Núñez declarara, con algo de arrogancia –pues no creo que fuera ingenuidad-, que “las disidencias de partido habían terminado felizmente y las sanas doctrinas liberales y conservadoras, que son en su fondo idénticas, quedarían en adelante, en vínculo indisoluble, sirviendo de pedestal a las instituciones de Colombia”<sup>11</sup>.

Los años por venir demostrarían que las tensiones entre liberales y conservadores no habían desaparecido del todo y que la anhelada disolución de los partidos, que en México fue definida por Porfirio Díaz con el lema de poca política y mucha administración<sup>12</sup>, resultaría aún un deseo efímero. Sin embargo, era claro que tales diferencias, que persistían en el terreno ideológico, iban desapareciendo en el campo económico. Los intereses de clase confluían, cada vez con más frecuencia, en el

---

<sup>9</sup> Palacios 2002. ob.cit. Pág. 461.

<sup>10</sup> Puede considerarse un estado nacional moderno que sin embargo, no abandona su carácter ecléctico. Como en gran parte de América Latina, en Colombia las instituciones, las ideologías y las estructuras políticas del siglo XIX fueron el resultado de un encuentro de posturas que bien podían ser coloniales como decimonónicas.

<sup>11</sup> Álvaro Medina. *Procesos del Arte en Colombia*. Instituto Colombiano de Cultura. Bogotá. 1978. Publicación digital en la página web de la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República. <http://www.lablaa.org/blaavirtual/todaslasartes/procesos/cap3.htm>. Búsqueda realizada el 13 de junio de 2007.

<sup>12</sup> El *porfiriato* fue un punto de referencia para las clases dirigentes colombianas pues representaba el triunfo del positivismo, el orden y el progreso en el contexto latinoamericano.

proyecto político de los conservadores pues sus medidas tendían a beneficiar a los intereses capitalistas en general, sin reparar en su filiación política.

Cuando el siglo llegaba a su fin, y después de la muerte de Núñez en 1894, las discrepancias políticas entre los sectores dirigentes parecían más profundas y la inestabilidad amenazaba el precario orden de la Regeneración. Miguel Antonio Caro (1892-1898), distinguido político, escritor y filólogo conservador, asumió la presidencia entre conspiraciones liberales que buscaban su prematura dimisión; esto desató la guerra civil de 1895 en la que el gobierno resultó vencedor después de menos de dos meses de lucha. Pero, al tiempo que expresaban sus ánimos guerreristas, los cabecillas de las huestes conservadoras y liberales continuaban con sus negocios de café, proseguían diligentes en la actividad comercial y desarrollando sus oficios como agentes comisionistas, aunque en medio de las dificultades fiscales del país. Probablemente a algunos les iba mejor que a otros, pero como parte de una elite afín a la conducta de la burguesía, la mayoría terminó beneficiándose de las oportunidades que se abrían paso tras las reformas de los años anteriores. No sucedía lo mismo con los combatientes rasos. Fueran voluntarios o reclutados a la fuerza, eran ellos quienes sostenían la guerra y quienes aportaban la mayoría de las víctimas; a pesar de esto, no gozaban de los beneficios que les prometían sus dirigentes para conducirlos a la batalla, sino que peleaban por convicción, por afinidad a un color, o porque caían en alguna de las redadas en las que cada uno de los bandos reclutaba a sus combatientes<sup>13</sup>.

Es visible el esfuerzo del gobierno colombiano por establecer las condiciones político-administrativas que garantizaran el desarrollo de las fuerzas económicas y materiales del país. Sin embargo, el proyecto centralista demandaba, además de voluntad política, una maquinaria fiscal, un aparato cívico militar y una capacidad económica que lo sustentara, y en la Colombia finisecular, estos elementos apenas si empezaban a consolidarse. Además, las confrontaciones partidistas no cesaban, y en

---

<sup>13</sup> Mario Aguilera Peña. "Cien años de la guerra civil de 1885, con arcos de triunfo celebró Rafael Reyes la victoria de la Regeneración". En: *Revista Credencial Historia*. Edición 63. Bogotá, Marzo de 1995.

un clima aun inestable era imposible que el gobierno central enfocara todos sus esfuerzos al fomento de la industria, a la infraestructura, a la estabilización de la banca y al reordenamiento de las finanzas. Por el contrario, el recrudecimiento de la beligerancia y las constantes fricciones entre el gobierno conservador de Caro y la dirigencia liberal excluida de la participación pública, sumado a una nueva crisis económica, desataron en 1899 una de las guerras civiles más costosas y largas de la historia de Colombia. Se le denominó de los Mil Días y fue definitiva para que el país recibiera el siglo XX en una aguda crisis, no sólo por la devastación económica, política y social que causó, sino porque significó la secesión de Panamá, el punto geoestratégico más importante con que contaba Colombia, que fue cedido en 1903 con el anuencia del ascendente imperialismo norteamericano.

## ***2.2 Capitalismo, modernización y conservadores***

La historiografía colombiana reconoce en la guerra de los Mil Días un conflicto definitivo en la configuración de la sociedad del siglo XX. Además de la crisis institucional, política y económica que causó, y su relación directa con la separación del istmo de Panamá, esta conflagración dejó su marca en la memoria colectiva de los colombianos, no sólo por la crueldad y zozobra propias de la guerra, sino porque constituyó un episodio fundamental dentro del espiral de violencia que vivió Colombia durante casi todo el siglo XX. Aunque puede ser considerada la última gran “guerra declarada” que sufrió el país, y como tal, denominársele el punto final del ciclo bélico del siglo XIX, la violencia, la confrontación ideológica y el impacto social que generó este acontecimiento continuaron rondando la mente de los colombianos; esto dejó abierta la posibilidad para que esa misma violencia se reeditara años después, quizás con otros actores como protagonistas, pero con odios y problemáticas similares.

Por su complejidad, y porque no es mi intención detenerme en un estudio detallado de la guerra de los Mil Días, no ofreceré un minucioso análisis de sus orígenes, su desarrollo y sus protagonistas. Lo que sí haré –y por eso la breve

descripción anterior- es tomarla como punto de partida del periodo histórico en el cual se ubica el presente trabajo, y en ese sentido, entenderla como un evento que reacomodó la estructura socioeconómica colombiana y que le brindó a las clases dirigentes nuevas oportunidades para consolidar el proyecto civilizatorio que tenían en mente.

Lo que en 1899 empezó como una revolución liberal que demandaba reformas electorales y económicas, pronto se transformó en una guerra de múltiples frentes, caracterizada por la presencia de guerrillas, campañas de represión auspiciadas por el gobierno y batallas feroces que dejaron miles de muertos. Tres años después, con el país sumido en una profunda crisis, los generales liberales y los dirigentes conservadores formalizaron las gestiones para contener lo que ellos habían iniciado y buscar la restitución de la paz y la gobernabilidad. Los acuerdos de Neerlandia y la *Paz del Wisconsin* pusieron fin a la guerra en 1902, en lo que el caudillo liberal Benjamín Herrera denominó un “tratado republicano honroso”<sup>14</sup>.

No resulta extraño que liberales y conservadores hubieran optado por un acuerdo que, como dijeron entonces, pusiera a la “patria por encima de los partidos”. En realidad, la guerra había golpeado fuertemente los intereses de las elites regionales, las finanzas del gobierno central, y el pausado proceso de desarrollo capitalista que venía abriéndose paso en el país; para los empresarios, los comerciantes, los hacendados y el gobierno era más importante recomponer el orden, antes que asegurar la victoria incuestionable de un partido y la derrota incondicional del otro.

Y es que los retos que tenían por delante, además de diversos, no eran fáciles de resolver. Urgía, en primera instancia, controlar la desbordada inflación que produjo la emisión indiscriminada de moneda en tiempos de guerra; el gobierno, sofocado por los costos que supone mantener un ejército activo –además de los gastos ordinarios-, acudió a la “máquina de hacer billetes” para cubrir sus deudas, y con esa

---

<sup>14</sup> Enrique Santos Molano. “La guerra de los mil días”. En: *Revista Credencial Historia*. Edición 173. Bogotá. Mayo de 2004.

maniobra, contribuyó a que los montos de las propiedades y los alimentos crecieran hasta 25 veces. También se requería, como segunda medida, equilibrar la balanza comercial; la caída de los precios de las exportaciones, el encarecimiento de los créditos a los importadores y el respectivo aumento de precios al consumidor afectaban, tanto a los intereses industriales, como a las empobrecidas capas bajas de la población, y así, resultaba difícil que la paz alcanzada se mantuviera<sup>15</sup>. Por último, era fundamental que el gobierno nivelara el presupuesto del estado y que adelantara ciertas reformas económicas que acrecentaran los ingresos, restauraran el crédito, organizaran el sistema monetario e impulsaran los transportes y la producción nacional<sup>16</sup>.

Rafael Reyes (1904-1909), militar conservador y empresario fallido, asumió la presidencia en 1904, y posteriormente, se investió con poderes dictatoriales con los cuales gobernó hasta el final de su mandato. Tenía la difícil tarea de “corregir el rumbo de Colombia” y materializar el proyecto progresista que entusiasmaba a los sectores dirigentes. Desde su particular visión, su ascenso significaba un punto de quiebre en la historia y el inicio de un periodo de prosperidad que beneficiaría a la nación en su conjunto, dejando atrás los difíciles años de la guerra; las palabras que pronunció el día de la posesión, reflejan el espíritu con que encaraba su labor: “tengamos fe en que hemos llegado ya á ese punto extremo de nuestras desgracias, y que para nosotros ahora empieza la época de la ascensión en la vía de la prosperidad y el engrandecimiento”<sup>17</sup>. Para determinados sectores de la sociedad este augurio resultó bastante acertado, especialmente, tras las disposiciones que implementó el gobierno para estabilizar la economía y la política del país; sin embargo, en la medida que se inauguraba un periodo de paz y estabilidad inéditos en la república, emergían otras problemáticas que habían permanecido ocultas, o que simplemente no existían.

---

<sup>15</sup>Claro que el aumento exagerado de los precios benefició a ciertos grupos económicos, principalmente comerciantes y cultivadores que obtuvieron grandes ganancias con las alzas. Marco Palacios. *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875 – 1994*. Editorial Norma. Bogotá. 2003. Pág. 71.

<sup>16</sup> Bernardo Tovar Zambrano. “La economía colombiana 1886 – 1922” En: *Nueva Historia de Colombia*. Vol.5. Ed. Planeta. Bogotá. 1989. Pág. 35.

<sup>17</sup> Reyes Rafael. *Presidente de la república a sus compatriotas*. Imprenta Nacional. Bogotá. 1905. Pág. 4.

Como parte del proyecto que buscaba *restaurar* el país, el gobierno implementó medidas orientadas a favorecer la industria nacional y expandir la infraestructura, principalmente, con ferrocarriles y caminos. Para Reyes, un antiguo explorador y empresario de la quina, era imposible aspirar al desarrollo si se carecía de redes de transporte, industrias y estructuras financieras modernas que garantizaran el flujo de mercancías y capitales hacia el mercado internacional.

La recuperación de los precios del café en las primeras décadas del siglo XX, y la consolidación de una economía cafetera en el país<sup>18</sup>, permitieron que las promesas gubernamentales no se quedaran en el papel. El grano se convirtió en el motor de la economía colombiana y gracias a él, muchos empresarios nacionales intensificaron la acumulación de capital; si bien fue un proceso pausado que sólo alcanzó su máxima expresión a partir de 1910, el ascenso de los precios era una señal de mejoras significativas. El flujo constante del producto aumentó las rentas del estado por cuestión de aduanas, tonelaje y peaje, y permitió que sectores campesinos ingresaran a las dinámicas del mercado monetario. Fue un proceso que alteró a la sociedad colombiana, en la medida que dinamizó las actividades de los mercados locales y redefinió las jerarquías regionales a lo largo de dos décadas (1900 – 1920). En los núcleos urbanos los procedimientos de producción, procesamiento, transporte y comercialización se hicieron más complejos, facilitando, el desarrollo de prósperos centros mercantiles que acogieron nueva población y que reestructuraron el mapa demográfico del país. Regiones como Antioquia, la Costa Atlántica y el Valle del Cauca reemplazaron a Santander y al Gran Cauca en la vanguardia de la prosperidad nacional<sup>19</sup>.

---

<sup>18</sup> El desarrollo de una economía cafetera es fundamental para entender a Colombia en el siglo XX. Si bien es a partir de 1880 que el café se convierte en uno de los principales productos de exportación, sólo hasta 1910 adquiere el rótulo de motor de la modernización económica nacional, tras una serie de crisis y fluctuaciones en los precios. No he optado por un análisis detallado de la economía cafetera pues esto haría parte de un estudio independiente; sin embargo para aquel interesado en profundizar acerca del impacto del café en la economía colombiana puede ver: Marco Palacios. *El café en Colombia. 1850 – 1970. Una historia económica, social y política*. El Áncora editores / Colmex. México. 1983.

<sup>19</sup> Tovar. ob.cit. Págs. 10–13.

De esta manera, la política de fomento de Reyes, el incremento de los precios internacionales del café, y las reformas rentísticas confluyeron convenientemente. Se crearon aranceles aduaneros, incentivos y apoyos directos para favorecer a los capitalistas vinculados a la industria; también se retornó al patrón oro –esta medida fue adoptada desde 1903-, se fundó el Banco Central, se implementaron planes para frenar la inflación y se modificó el régimen tributario sustrayéndole a los departamentos las rentas por aguardientes, tabaco y degüello, entre otros<sup>20</sup>. En comunicaciones, el gobierno promovió la construcción de nuevos ferrocarriles recurriendo a contratos de privilegio -donde el concesionario suministraba el capital y posteriormente recibía el privilegio del usufructo, además de subsidios y garantías- y de precio fijo -donde el estado pagaba una tarifa fija por kilómetro construido- en los que intervinieron los grandes capitales ingleses y norteamericanos; a pesar de que ambas modalidades resultaron onerosas para el estado, y le significaron cuantiosas pérdidas, la red ferroviaria amplió sus funciones y permitió la comunicación de nuevos sectores productivos<sup>21</sup>. También hubo esfuerzos por mejorar las vías hacia los puertos marítimos, la navegación fluvial a vapor y los telégrafos; estos últimos se convirtieron en una herramienta fundamental de las transacciones bursátiles y del floreciente sistema financiero colombiano.

La imagen de un estado con características modernas que aspiraba encajar en los engranajes del capitalismo mundial –así fuera como satélite- atrajo el interés internacional, primordialmente, de la banca y los consorcios dedicados a la extracción de materias primas. A pesar de que la presencia de capital extranjero no era inédita en Colombia, las constantes crisis y la inestabilidad política causaban la cesación de pagos, y esta situación, entorpecía la relación del país con sus acreedores. La administración de Reyes buscó regularizar los nexos con los prestamistas; aprovechando que sus arcas lucían prosperas, firmó el tratado Averbury-Holguín (1905) para sanear y renegociar la deuda externa, y así, restablecer el crédito –

---

<sup>20</sup> Palacios, 2003. ob.cit. Pág. 96.

<sup>21</sup> *Ibíd.* Pág. 20.

principalmente inglés- hacia el país. Aunque el flujo de dinero no fue constante y no estuvo exento a las tramas políticas, si animó los inversionistas norteamericanas e inglesas quienes, aprovechando los beneficios tributarios que ofrecía el gobierno, se comprometieron a explorar sectores como el petróleo, el banano, el oro y la ganadería<sup>22</sup>. Con júbilo el presidente declaró “[hemos] logrado que los países extranjeros tengan fe [en nosotros] y nos hayan dado la prueba más elocuente de su confianza, comprometiendo varios millones de pesos en oro en nuestras vías férreas y ofreciéndonos otros un empréstito, que el gobierno tomará si la conveniencia nacional lo aconseja”<sup>23</sup>.

Si contrastamos la difícil situación del país después de la guerra, con el clima de prosperidad que se respiraba al finalizar la primera década del siglo XX, es claro que las cosas, al menos para los comerciantes, los banqueros y las clases dirigentes, habían mejorado. Como nunca antes en Colombia, la economía parecía seguir la *senda de la redención y el progreso*, mientras que la política, lucía más estable que en los tiempos anteriores. El Gobierno de Reyes permitió la participación de fracciones liberales en los asuntos de estado, a pesar de sus posturas fuertemente conservadoras que, por ejemplo, reivindicaban el papel de la iglesia católica como guía suprema del país<sup>24</sup>.

Pero la aparente prosperidad en que vivan los capitalistas y los gobernantes, contrastaba con la difícil situación de los sectores empobrecidos, con el descontento de dirigentes políticos de oposición, con las quejas de grupos de librecambistas que no soportaban el estilo dictatorial de un presidente con facultades para intervenir el mercado, y con las presiones de los departamentos que clamaban por la devolución de sus rentas. La imagen de Reyes se había deteriorado, se le acusaba de corrupción, se le exigía la restitución del Congreso, cerrado en 1905, y se le pedía una postura patriótica en las relaciones con Estados Unidos y la situación panameña. Puede que

---

<sup>22</sup> Ospina. ob.cit. Pág. 352.

<sup>23</sup> Reyes. ob.cit. Pág.4.

<sup>24</sup> Hernán Valencia Benavides. *Discursos y mensajes de posesión presidencial*. Tomo II. Presidencia de la República. Bogotá. 1983. Pág. 7.

todas estas exigencias fueran una combinación entre los alegatos de aquellos que veían afectados sus intereses económicos, y las maniobras típicas de la política, orientadas a equilibrar la participación en el poder. Sin embargo, tal clima de disgusto alcanzó su objetivo en 1909 cuando, de manera sorpresiva, Reyes abordó un barco rumbo al autoexilio, dejando el gobierno en manos del general Jorge Holguín y poniendo fin a uno de los periodos más representativos de la historia colombiana, conocido como “el quinquenio”.

La dimisión de Reyes no alteró el rumbo por el que transitaba la sociedad y la economía colombiana. Si bien las crisis fiscales, las pugnas ideológicas, y los conatos de revuelta no desaparecieron, se asumió en el país que estas oscilaciones hacían parte de la vida republicana y que en todo caso, eran una mejor opción que la guerra civil. Asimismo, se dio cuenta que muchas de las decisiones y acciones que lo afectaban eran el resultado de procesos que tenían lugar más allá de las fronteras nacionales. Esto nos demuestra al menos dos cosas. Primero, que la estabilidad que pregonaban las clases dirigentes era en realidad un estado de conveniencia que mantenía la paz política por encima del bienestar colectivo. Y segundo, que las decisiones de carácter político y económico que se tomaban en el país dependían, cada vez más, de las dinámicas de los mercados internacionales y de las disposiciones dictadas por las potencias mundiales.

En 1910, y en concordancia con el escenario planteado anteriormente, se inauguró una larga serie de gobiernos conservadores que buscaron mantenerse entre el liberalismo económico que apuntaba hacia el capitalismo, y el tradicionalismo sociopolítico que emanaba de los vínculos entre el partido y la iglesia católica. Entre 1910 y 1925 el país gravitó alrededor de temas específicos que definieron su papel en el escenario mundial y que consolidaron las estructuras de la Colombia moderna<sup>25</sup>. Veamos los más relevantes.

---

<sup>25</sup> Me refiero a la Colombia que asume diversos aspectos de la modernidad de tradición capitalista como los fundamentos de su orden social, político y económico. Allí incluyo procesos de urbanización e industrialización, la construcción de un estado con características modernas (distribución de poderes,

En primer lugar, habría que examinar la consolidación definitiva del mercado cafetero y las alternativas comerciales que surgieron con el petróleo y el banano<sup>26</sup>. Si bien los precios del café habían sufrido una paulatina recuperación durante la primera década del siglo XX, los años diez significaron su ascenso definitivo y su colocación como el principal producto de exportación con que contó Colombia a lo largo del siglo. Sometido a las maniobras políticas brasileras que controlaban los precios internacionales, el producto colombiano logró posicionarse al punto de alcanzar un crecimiento anual promedio del 7.4%, nivel que mantuvo hasta los años 40<sup>27</sup>. Esta reactivación de los precios, y del comercio exterior, le permitió al presidente Carlos E. Restrepo (1910 – 1914) devolverle las rentas a los departamentos e iniciar reformas arancelarias y tributarias orientadas a “reconciliar al capital, al consumidor y al fisco nacional”<sup>28</sup>, ligeramente divorciados por las medidas autoritarias de Reyes.

Las extensas plantaciones de banano también contribuyeron a la reactivación del comercio exterior y de la economía interna. *The United Fruit Company* (UFCO), la tristemente celebre empresa de Boston vinculada a las acciones del imperialismo norteamericano, se instaló en la región de Magdalena, aprovechando el interés del gobierno por intervenir la zona limítrofe con Panamá. Rápidamente, la UFCO construyó un enclave que controló ferrocarriles, redes de telégrafo y energía; que acumuló grandes porciones de tierra y que sometió a los peones a regímenes de trabajo ilegales, todo mientras gozaba de exención de impuestos y concesiones para la exportación de su producto. Quizás el beneficio para el país habría sido mayor si la UFCO no hubiera gozado de una libertad tan insolente; sin embargo, su poderío, que en los años 20 alcanzó uno de sus puntos máximos, atrajo comerciantes, trabajadores, inmigrantes y familias que dinamizaron la economía local en la medida que entraron a

---

sistema bancario y financiero) y la consolidación de una ideología que entiende el discurso del progreso como la directriz de la civilización.

<sup>26</sup> En realidad el banano y el petróleo son dos de los ejemplos más significativos de actividades comerciales que emergieron rápidamente en esos años. Sin embargo, no se puede olvidar la influencia del oro, el ganado, el caucho y otros productos que ya venían abriéndose paso desde el siglo XIX.

<sup>27</sup> Palacios, 2002. ob.cit. Pág. 500.

<sup>28</sup> Tovar. ob.cit. Pág. 41.

participar de las relaciones sociales, comerciales y financieras que generaba la presencia de la compañía en Santa Marta y sus poblaciones cercanas.<sup>29</sup>

Algo similar sucedió con el petróleo. Finalizada la I Guerra Mundial, y con los Estado Unidos a la vanguardia del poderío internacional, las empresas petroleras norteamericanas emprendieron la tarea de buscar nuevos mercados dónde invertir su capital. Por su parte, en Colombia, las elites gubernamentales asumieron que una alineamiento con las políticas y los capitales del el país del norte, era una condición fundamental para avanzar en el objetivo de conducir al país hacia el desarrollo y el progreso. Estas dos perspectivas convergieron de manera clara en la forma como se desarrolló la explotación y refinación del crudo en el país. Desde 1918 las compañías norteamericanas y británicas entraron en una pugna por adjudicarse los pozos colombianos, a los que consideraban un excelente complemento de las sorprendentes reservas venezolanas; estas empresas sabían que controlando la región, podían contrarrestar el desplome de la producción mexicana afectada por la revolución<sup>30</sup>.

Los gobiernos de Marco Fidel Suárez (1918 – 1921) y Pedro Nel Ospina (1922 – 1926) negociaron y ofrecieron diversas concesiones para la explotación del crudo; *The Tropical Oil Company* y *The Colombian Petroleum Co.*, subsidiarias de grandes compañías norteamericanas, lograron acaparar la mayoría de ofertas, y así, obtuvieron el control del mercado colombiano. Su área de influencia, donde reprodujeron la figura de enclaves, fue la región del Magdalena Medio y el Catatumbo, territorios de frontera interna que habían permanecido aislados de procesos incentivos de explotación. Con la construcción de la refinería de Barrancabermeja en 1922, la zona se convirtió en un activo centro comercial con un inusitado flujo de población, mercancías y servicios; los puertos sobre el río Magdalena emergieron como pequeñas ciudades que impulsaron la colonización de vastas tierras baldías, y sirvieron de escenario a los movimientos y luchas obreras que irrumpieron en el escenario nacional a lo largo de los años veinte. De esta manera, la producción petrolera colombiana, que en 1923

---

<sup>29</sup> Marcelo Bucheli. *United Fruit Company and the Local Politics in Colombia, 1900-1970*. Stanford University. Department of History. Documento Inédito. Págs. 8-11.

<sup>30</sup> Palacios, 2003. ob.cit. Pág. 126.

llegaba a los 318 mil barriles anuales, alcanzó los 20,3 millones al finalizar la década; un aumento considerable, aunque nunca semejante al nivel de potencias como México o Venezuela<sup>31</sup>.

No obstante las mayores ganancias se quedaron en manos de las compañías norteamericanas que gozaban de excelentes privilegios, políticos y tributarios, el estado y diversos inversionistas nacionales –dos sectores tradicionalmente vinculados- participaron activamente del negocio, y ciertamente, obtuvieron importantes dividendos que dinamizaron la economía colombiana. Asimismo, alrededor de las plantaciones y las refinerías, se creó todo un mundo de relaciones comerciales y sociales que alteraron el funcionamiento tradicional de las regiones donde estaban ubicadas; esto fortaleció el proceso de integración de zonas que habían permanecido en la periferia, y contribuyó a la aparición de ideas reivindicativas y combativas.

Un segundo asunto que concentró la atención del país y que fue fundamental en el proceso de modernización de los años veinte, fue la reactivación de los préstamos y la indemnización de Estados Unidos por los sucesos de Panamá. Conocido como “la danza de los millones”, este periodo fue en realidad un punto de encuentro entre una visión política que se alineaba fielmente a los intereses de Estados Unidos, y el despegue definitivo del capitalismo económico alimentado por el flujo constante de capital. El gobierno colombiano supuso que abandonando las posturas antiimperialistas, exacerbadas tras los sucesos del istmo, el país podría aspirar a un desarrollo industrial, financiero y económico acorde con las exigencias “modernas”, aunque siempre obediente a los dictámenes de la potencia hemisférica.

La doctrina *respice polum* (mirar a la estrella polar) acuñada por el presidente Marco Fidel Suárez para referirse a la posición pragmática de subordinación y alineamiento incondicional de Colombia con Estados Unidos, confirmó que las élites gubernamentales entendían el progreso y el desarrollo en los términos que imponía el capitalismo económico norteamericano. Con la firma del tratado Thompson – Urrutia

---

<sup>31</sup> *Ibíd.*

en 1914, los dos países formalizaron lo que para muchos sectores era un tema pendiente: la normalización de las relaciones bilaterales. Si bien su aprobación definitiva no se dio sino hasta 1921, el acuerdo estableció una indemnización de US\$ 25 millones, definió los límites entre Colombia y Panamá, otorgó ciertas prerrogativas al país para el uso del canal y abrió las puertas para que los bancos norteamericanos aumentaran el valor de sus préstamos. Un documento que establece la contratación de un empréstito en 1919 por parte del ministro del tesoro revela las dificultades económicas que atravesaba el país, y nos muestra, la urgencia de los gobernantes por obtener capitales que refrescaran las arcas nacionales<sup>32</sup>; por eso, el inusitado flujo de dinero que ingresó a Colombia en los años veinte, tuvo que suponer un alivio para el gobierno, especialmente, después de la crisis internacional de la posguerra. Con el dinero se desarrolló la infraestructura, los transportes y las comunicaciones, se fundaron instituciones de crédito, se reformó el sistema bancario y se financiaron misiones extranjeras que estimularon la modernización; estos logros, que cambiaron el semblante del país, eclipsaron el hecho del aumento significativo de la deuda externa, y la aceptación definitiva de las condiciones norteamericanas<sup>33</sup>.

---

<sup>32</sup> Un aparte de aquel documento, de marzo de 1919, apuntaba lo siguiente: “El Gobierno Nacional teniendo en consideración lo siguientes hechos: a) Que existe una cuantiosa deuda a cargo del Tesoro Nacional cuyo pago no puede aplazarse indefinidamente. b) Que el producto de las rentas públicas en vez de aumentar, como se esperaba, ha disminuido de modo extraordinario en los últimos meses. c) Que a consecuencia de estos hechos los servidores del Estado se hayan en precaria situación y la administración pública corre grave peligro de desordenarse, con perjuicio manifiesto para los vitales intereses de la República y de la Sociedad. d) Que a pesar de que el Gobierno está ampliamente autorizado por las leyes para contratar un empréstito por una suma de consideración y con seguras garantías, los constantes esfuerzos hechos desde que se inauguró la presente administración ejecutiva para conseguir dinero prestado en el exterior han resultado ineficaces, ya porque los capitalistas extranjeros no han acogido la operación, ya porque las condiciones en que algunos han ofrecido suministrar fondos son de todo punto inaceptables. e) Que los capitalistas nacionales han prestado ya su concurso al Gobierno en la medida que les ha permitido la presente situación económica y monetaria, pero no en la cuantía que se requiere para atender a los gastos más urgentes de la administración [...] ha dispuesto en virtud de las atribuciones que le confieren las leyes [...] que se proceda a levantar el país un empréstito interno de carácter voluntario...”. Archivo General de la Nación de Colombia. *Documentos que hicieron un país*. Bogotá, 1997. Págs. 312.

<sup>33</sup> El alineamiento con lo Estados Unidos significó, no sólo la aceptación del modelo del liberalismo económico, sino también, el reordenamiento de diversas instituciones del estado para acoplarlas a las exigencias políticas y económicas de los años 20. Entre 1917 y 1930, al menos diez misiones extranjeras llegaron a Colombia para adelantar reformas en la banca, la política arancelaria, la legislación petrolera, el manejo de la salud pública, la infraestructura y el ejército. Si bien no todas eran norteamericanas, sus

Después de la guerra de los mil días, quienes dominaban el escenario político se enfrentaron a la necesidad de instaurar un orden que jamás había permanecido estable. Desde finales del siglo XIX, el capitalismo industrial y el discurso de la modernidad dominaban el escenario mundial, y para los gobernantes, los comerciantes, los banqueros y los industriales colombianos, era fundamental alinearse con aquellos ideales a los que consideraban su horizonte. Sin embargo, y a pesar de compartir una mirada que apuntaba al progreso, las clases dirigentes, liberales y conservadoras, mantuvieron sus desencuentros políticos y con ellos, desencadenaron la violencia que desarticuló los esfuerzos por instaurar el anhelado mandato de la administración. Pero la economía en ruinas y el hecho de ver el territorio nacional mutilado, horrorizaron a la sociedad y obligaron a que los encargados de dirigir y tomar las decisiones tuvieran que llegar a un acuerdo que garantizara la paz y la prosperidad.

Desde mi punto de vista, las condiciones del mercado internacional, los intereses imperiales de las potencias y la efectividad del discurso capitalista moderno, brindaron las condiciones necesarias para que tal acuerdo se alcanzara; en la medida que la dirigencia política estaba conformada por las clases acomodadas, la mejoría de las condiciones para la acumulación de capital y la generación de riqueza benefició a los gobernantes, llevándolos a poner sus intereses partidistas en un segundo plano. Como vimos, los años de prosperidad y relativo orden que se vivieron entre 1904 – 1928 se caracterizaron por una estabilidad política sin precedentes, por la ausencia de guerras civiles y por un crecimiento económico que le permitió a Colombia consolidar las condiciones que impulsaran la modernización. Ciertamente, no fue un periodo privado de conflictos políticos y de crisis económicas, lo cual confirma que las diferencias ideológicas, las pugnas particulares y los vaivenes del mercado mundial, no consiguieron fracturar un proyecto más amplio que estaba definido por los intereses de clase y por la confianza plena en el discurso de la modernidad.

Promediando la década de 1920, Colombia no era la misma de los años posteriores a la guerra; si bien muchos escenarios<sup>34</sup> permanecieron iguales, aferrados a lo tradicional, otros transformaron completamente su semblante y se convirtieron en el lugar por excelencia de los valores y las contradicciones modernas. La expansión de la industria y el crecimiento demográfico propiciaron una actividad comercial, política y cultural inédita que aceleró el proceso de urbanización y diversificó los regímenes de trabajo y producción. Las clases sociales continuaron diversificándose; a las oligarquías tradicionales y a los sectores de artesanos y campesinos se le sumaron una burguesía en ascenso y un proletariado industrial que debió acogerse a los tiempos fabriles y buscar espacios que lo mantuvieran vinculado al ciclo productivo. También aparecieron escenarios de miseria propios de las ciudades industriales, en los cuales las enfermedades, la pobreza y el desempleo emergieron como las problemáticas fundamentales; una vez el territorio urbano se vio sometido a las presiones del mercado, los habitantes más pobres tuvieron que desplazarse hacia zonas periféricas y desvalorizadas, formando así los llamados “barrios obreros”. Durante las primeras décadas del siglo XX, las ciudades colombianas tuvieron que adaptarse a una sociedad más dinámica, lo cual supuso la transformación de las normas que regían la vida, la ampliación de la infraestructura y la constitución de un espacio afín a las exigencias del mundo moderno. Claro que estas modificaciones se hicieron pensando en las necesidades de unas clases privilegiadas, y pocas veces, teniendo en cuenta los requerimientos de la mayoría de la población.

### ***2.3 Los valores del progreso en la cabeza de los dirigentes***

---

<sup>34</sup> Por escenarios entiendo, no sólo los espacios físicos y topográficos como lo son la ciudad y el campo, sino también los ámbitos del trabajo, la religión, la política, la economía, la moral, la demografía, la salud etc. Se trata de una mirada amplia que busca abarcar los diferentes planos en los cuales actúa la sociedad.

Los cambios significativos de que fue testigo la sociedad colombiana durante las primeras décadas del siglo XX fueron el resultado de una compleja serie de procesos locales, nacionales e internacionales que, entre otras cosas, situaron al país en una relación más inmediata con las exigencias de los nuevos tiempos. La posición subordinada de las elites a las ideas que proclamaban el progreso y la civilización, como requisitos necesarios para la estabilidad y la prosperidad, hizo parte de esos procesos, siendo definitiva en el *alineamiento* de Colombia con el discurso moderno. Por eso, me parece pertinente realizar un análisis que se ocupe de las percepciones e ideas que llevaron a los sectores dirigentes a asumir una postura tan próxima a los principios modernos, básicamente, porque esa forma de percibir el mundo fue determinante en la constitución de la sociedad colombiana durante el periodo en cuestión.

Voy a recurrir a dos argumentaciones para presentar ese análisis. En la primera, pretendo mostrar como en la idea de nación aparece reflejado el imaginario social al que aspiraban las elites, y que por lo tanto, es posible recurrir a ella para comprender esa postura de *alineamiento*. Y en la segunda, busco entender la aplicación de tales discursos, a través de la imagen del general Rafael Reyes, presidente que se convirtió en símbolo y artífice de la incursión de Colombia en la modernidad.

Me referí, en el apartado anterior, a cómo los sucesos de Panamá despertaron una conciencia de unidad entre sectores antagónicos de la sociedad, y que tales ánimos, contribuyeron a apaciguar las hostilidades partidistas. Habría que agregar, a este sentimiento, el entusiasmo y fervor nacionalista que contagió a la mayoría de la sociedad después de la ofensa usurpadora, y la renovación de un anhelo que parecía perdido en los avatares del siglo XIX: la construcción de la nación.

Tal como lo señala Julio Arias en su estudio sobre el siglo XIX colombiano<sup>35</sup>, el discurso de lo nacional se constituyó a partir de una aparente dicotomía: la homogenización y la diferencia. Evidentemente, existió el interés de construir una

---

<sup>35</sup> Julio Arias Vanegas. *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano*. Universidad de los Andes. Bogotá, 2005.

entidad que agrupara al conjunto de la sociedad bajo los principios de la civilización, las leyes, la lengua, la religión y el territorio; en ese sentido, la idea de unidad nacional estaba presente. Sin embargo, sostiene Arias, las diferencias que garantizaban la subsistencia de las relaciones de poder, las jerarquías sociales, culturales, políticas y económicas, también hicieron parte de la narrativa de lo nacional, y se convirtieron en factores constitutivos de ésta<sup>36</sup>.

El convencimiento de que una porción reducida de Colombia era letrada, civilizada, científica, blanca, católica y urbana, y que por ello, estaba capacitada para intervenir sobre una porción ignorante, bárbara, tosca y campesina, permeó la idea de nación que fomentaron las elites. En realidad, era un discurso que promovía la educación y el moldeamiento de los sectores populares, a partir de determinados principios *civilizatorios* vinculados con planteamientos científicistas y evolucionistas que rescataban el origen hispánico e ilustrado de un segmento de la población. El triunfo de la Regeneración en la década de 1880 había contribuido a consolidar la “república de los blancos”, una sociedad idealizada en la que las clases privilegiadas se percibían así mismas como “ciudadanos plenos” autorizados para acaparar el poder<sup>37</sup>; esta situación aseguró la reproducción de relaciones de dominación preexistentes y la institucionalización de jerarquías raciales y culturales que explicaban la diferencia<sup>38</sup>.

Por citar apenas un ejemplo, la legislación antialcohólica de principios del siglo XX en Bogotá confirma que existía una preocupación porque *el pueblo* conservara la salud, la moral cristiana, las costumbres sanas y sencillas<sup>39</sup>, y porque los ratos libres de los obreros no se dilapidara en cantinas, sino se destinaran a la familia, a la iglesia

---

<sup>36</sup> *Ibíd.* Págs. 1- 28.

<sup>37</sup> Nancy Appelbaum. *Muddied Waters. Race, region, and local history in Colombia. 1846-1948.* Duke University Press. Durham and London. 2003. Pág. 107-114.

<sup>38</sup> Julio Arias. *Obcit.* Pág. 33.

<sup>39</sup> En el Acuerdo 14 de 1916, se hace la siguiente consideración: “Que es deber imperioso del Concejo velar por la salud y moralidad del pueblo, para que en él reinen la moral cristiana y las costumbres sanas y sencillas y para que no degenere el vigor de la raza ni se perviertan sus buenos sentimientos.” Nótese el carácter paternalista de la ley y el interés porque el pueblo adopte determinados valores que son asociados con la bondad. Concejo Municipal de Bogotá. *Acuerdos y Actas de 1916.* Bogotá, 1916. Acuerdo 14, 16 de junio de 1916.

o al buen descanso, elementos que conjugaban con una disciplina adecuada del tiempo industrial<sup>40</sup>. Así, el principio de diferencia, que complementaba la noción de homogeneidad, multiplicó los valores de la modernidad capitalista en tanto contribuyó a formar una clase social productiva que obedecía las exigencias del progreso –sus ritmos, tiempos, costumbres, comportamientos y apariencias- mientras aseguraba la acumulación de capital y la perpetuación de las contradicciones que emanan de ella.

Por eso, en los albores del siglo XX, los dirigentes se empeñaron en fomentar los símbolos del progreso mundial para aspirar a la libertad y la prosperidad de la nación entera. Bajo esta perspectiva, la expansión de los ferrocarriles y las líneas telegráficas, la importación de los primeros automóviles, el desarrollo de la infraestructura caminera y el impulso del sector industrial eran, además de factores que fortalecían los lazos con el capitalismo internacional, símbolos de un tiempo que identificaba la máquina y la técnica como el logro máximo al que podía aspirar cualquier sociedad. Esto era importante para las elites colombianas en la medida que tales logros representaban la transición hacia un nuevo orden, y llevar a la nación hacia la novedad parecía ser, para estos actores, el mejor legado que podían ofrecerle a las próximas generaciones.

Desde mi punto de vista, las circunstancias que surgieron en Colombia durante los últimos años del siglo XIX y las primeras décadas del XX, contribuyeron a que ese proyecto nacional que resultó dicotómico en sus efectos –y que no era nuevo ni inédito-, se arraigara con fuerza y penetrara contundentemente en la sociedad. La adopción de un modelo económico afín a los movimientos del mercado mundial; el fortalecimiento del estado central y de su capacidad administrativa; los planes educativos y las leyes orientadas a civilizar al pueblo; el proceso de industrialización y urbanización; y los anhelos de unidad y reconciliación que emergieron al finalizar el siglo, fueron producto del encuentro entre los procesos sociopolíticos y económicos

---

<sup>40</sup> Mauricio Archila. *Cultura e identidad obrera. Colombia 1910 – 1945*. Cinep. Bogotá. 1991. Pág. 167.

que tuvieron lugar en el plano internacional desde finales del siglo XIX, y las perspectivas e intereses de las elites gobernantes colombianas. Mi percepción es que la narrativa nacional y la estrategia de difusión que la sustentó, se constituyeron desde las aspiraciones que tenían los sectores dirigentes de ingresar en la *senda de la civilización*, y sirvieron para promoverla.

Para que este discurso alcanzara un nivel de operatividad relevante, fue necesario el compromiso de los sectores dirigentes, pues eran ellos los encargados de emprender las acciones que buscaban consolidar la modernización del país. En este contexto, el general Rafael Reyes<sup>41</sup>, presidente de la república durante los primeros años del siglo, emergió como una figura representativa, comprometida con los valores modernos y con la profundización del ideal industrial como motor de una sociedad atrasada. Desde su particular punto de vista, Colombia necesitaba consolidar la paz social, el desarrollo de las fuerzas productivas y su relación con los procesos económicos internacionales, pues sólo ellos podían garantizar la civilización y el progreso de la nación.

Los discursos que el general Reyes pronunció en los primeros años de su gobierno le anunciaban al país el comienzo de una época de prosperidad, progreso y bienestar; eran estas, promesas fundadas en la confianza que se le tenía a la técnica, a la educación utilitaria y al capital, como factores eficaces de transformación social.

“Todo asegura –decía el presidente Reyes en uno de sus pronunciamientos– que la senda por donde hemos entrado nos llevara definitivamente á la consolidación de la paz, el engrandecimiento de la Nación con el desarrollo de todas las oportunidades naturales y al afianzamiento de la unidad entre los individuos y los pueblos que la forman, á la sombra de la concordia, fundada en el respeto mutuo y en el acatamiento de la autoridad.”<sup>42</sup>

---

<sup>41</sup> No sólo Reyes encarno el imaginario del *hombre* moderno entre las elites colombianas. Personajes como Rufino Cuervo y Miguel Antonio Caro, representaron el ideal ilustrado e hispanizado presente en la concepción de la nación colombiana. Su dedicación al estudio de la gramática española y su cercanía al doctrinario católico de finales del siglo XIX, fueron factores fundamentales para que estos *prominentes ciudadanos* encarnaran los valores positivos de lo nacional: educación, civilidad, masculinidad, blancura y moralidad.

<sup>42</sup> Reyes. ob.cit. Pág. 52.

Claramente se trata de un discurso caracterizado por la idea del orden, la paz social y el desarrollo natural propios del positivismo, y por la concepción de Nación moderna como la entidad político social que garantizaba el progreso ascendente.

A principios del siglo XX, no era extraño que un dirigente político y empresario como Rafael Reyes se identificara con el discurso que fomentaba el progreso lineal ascendente. Muchos de quienes decidían, tenían negocios prósperos o percibían los beneficios del sistema económico emergente, creían que el bienestar era una consecuencia inmediata del establecimiento de un orden legitimado en las ideas del tiempo social progresivo, la razón, la ciencia objetiva, la sociedad liberal –con las contradicciones propias del término- y los demás preceptos que constituyeron la narrativa de la modernidad. Por eso, quiero examinar algunos episodios de la vida de Reyes y así, ilustrar elementos y matices de este discurso que se convirtió en el proyecto civilizatorio favorito de las elites colombianas.

De origen provinciano, Rafael Reyes no puede ser considerado un representante tradicional de la oligarquía que gobernó al país a lo largo del siglo XIX. Fue, más bien, un personaje que encontró en el comercio y en las nuevas posibilidades que ofrecía el mercado mundial, una fuente de prosperidad y ascenso social; y quien posteriormente, tras la decadencia de sus negocios, se convirtió en militar, político y diplomático, cerrando así una exitosa carrera que lo llevó a las más altas esferas del estado. Desde finales de los década de 1860, el joven Reyes – que había nacido en 1849- se involucró con la explotación de la quina, un negocio boyante que ofrecía buenas posibilidades ante las demandas del mercado internacional. Para desarrollar esta actividad era necesaria una constante labor de exploración, extracción y transporte del producto, lo que suponía, la constitución de una amplia red comercial que se extendía desde el Amazonas, hasta Europa y Estados Unidos.

Como consecuencia de dichas demandas surgió la Casa Elías Reyes y Hermanos –de la que Rafael era socio-, una empresa que se dedicó a la extracción y transporte de la quina a través de los ríos Putumayo y Amazonas. Gracias a las ganancias que generaba el producto, la compañía logró establecer amplias rutas de

navegación que se extendían hasta el Brasil imperial y que cruzaban miles de kilómetros de selvas y ríos inhóspitos; su objetivo era “explorar la alta y abrupta cordillera oriental de los andes, donde crece el árbol de quina, las selvas ardientes, [...] sondear esos ríos y hacer amistad con los salvajes que habitan sus márgenes, explorar las riquezas vegetales y exportarlas por el Puerto del Pará, importando en cambio mercaderías extranjeras, abriendo caminos de herradura de Pasto a los puertos navegables...”<sup>43</sup>

Estaba emergiendo, además de un prospero negocio, la imagen que el colonialismo moderno forjó de los pueblos colonizados, aunque esta vez, en la cabeza de un explorador colombiano que más tarde llegaría a ser presidente. Las descripciones de Reyes y sobre Reyes, como las de Joseph Conrad en sus viajes al *corazón de las tinieblas*, estaban impregnadas por el espíritu civilizatorio occidental en el cual la selva y sus habitantes –los otros coloniales- eran un mundo salvaje, pagano, incestuoso, desnudo y mágico, rodeado por un halo de misterio y romanticismo. Un mundo que se convertía en la contradicción de una sociedad establecida sobre el poder de la razón, las mercancías, las máquinas, y las fuerzas productivas en pleno desarrollo. Bajo esta perspectiva, los exploradores colombianos eran también civilizadores que con el hacha, los barcos a vapor, el motor del comercio y la ciencia, buscaban trasladar el progreso y la modernidad a las tierras bárbaras que subsistían en su propia nación<sup>44</sup>. Así, Reyes no sólo se convenció de que la civilización occidental, industrial y científica era la encargada de guiar al mundo y a su país hacia el lugar donde se alojaba la excelencia que prometía la narrativa del progreso, sino que además, su imagen se convirtió en la de un civilizador en sí, capacitado para dirigir a una nación amenazada por la desintegración y la barbarie. Como lo describió un cronista en 1907, cuando Reyes ya era presidente, a propósito de su pasado como explorador: “[la expedición de los hermanos Reyes], en lucha constante con las fieras

---

<sup>43</sup> Descripción de Rafael Reyes sobre el proyecto de la compañía de navegación Elías Reyes y Hnos. En: Alfredo Vásquez Carrizosa. *El poder presidencial en Colombia*. Enrique Dobry Editor. Bogotá. 1979. Págs. 244-245.

<sup>44</sup> Michael Taussig. *Shamanism, colonialism, and the wild man. A Study in terror and healing*. The University of Chicago Press. Chicago. 1991. Págs. 93 – 99.

y las tribus salvajes caníbales, durmiendo sobre los árboles, atormentada por el hambre y las privaciones de todo género [...] llegó hasta el gran río y reivindicó los derechos de Colombia sobre aquella región opulenta y salvaje”<sup>45</sup>.

Posteriormente, con la caída del precio internacional de la quina, la compañía de los hermanos Reyes se vino a pique, y Rafael, debió buscar otras actividades en que ocuparse. Se hizo militar, combatió contra los ejércitos liberales en los años de la Regeneración y fue enviado al exterior como diplomático para tratar asuntos de interés nacional. Estuvo en París, Estados Unidos y México, entre otros lugares, y en este último, conoció y admiró el gobierno de Porfirio Díaz: un símbolo americano en la lucha por alcanzar el orden social anhelado.

Cuando asumió la presidencia, Reyes tenía claro que el progreso, entendido como la obra civilizatoria que garantiza la prosperidad y la paz social en detrimento de la barbarie y el salvajismo, era el principio que debía regir su mandato. Por eso, y quizás recordando sus años de explorador en las selvas y lo precario de la infraestructura del país, se dedicó a fomentar los ferrocarriles –la máquina de la modernidad-, los caminos, las escuelas de artes y oficios, la enseñanza industrial y diversas labores prácticas y positivas<sup>46</sup>. Se consolidaba así un proyecto orientado a garantizar la concordia entre los partidos, el reinado de la ley y la administración y el tránsito hacia un estado en el que la sociedad colombiana se convertía –al menos idealmente- en el reflejo de las sociedades liberales e industriales modernas.

Para este trabajo la figura de Rafael Reyes representa más una forma de ilustrar la ideología de las clases dirigentes colombianas, que la condensación de todas las

---

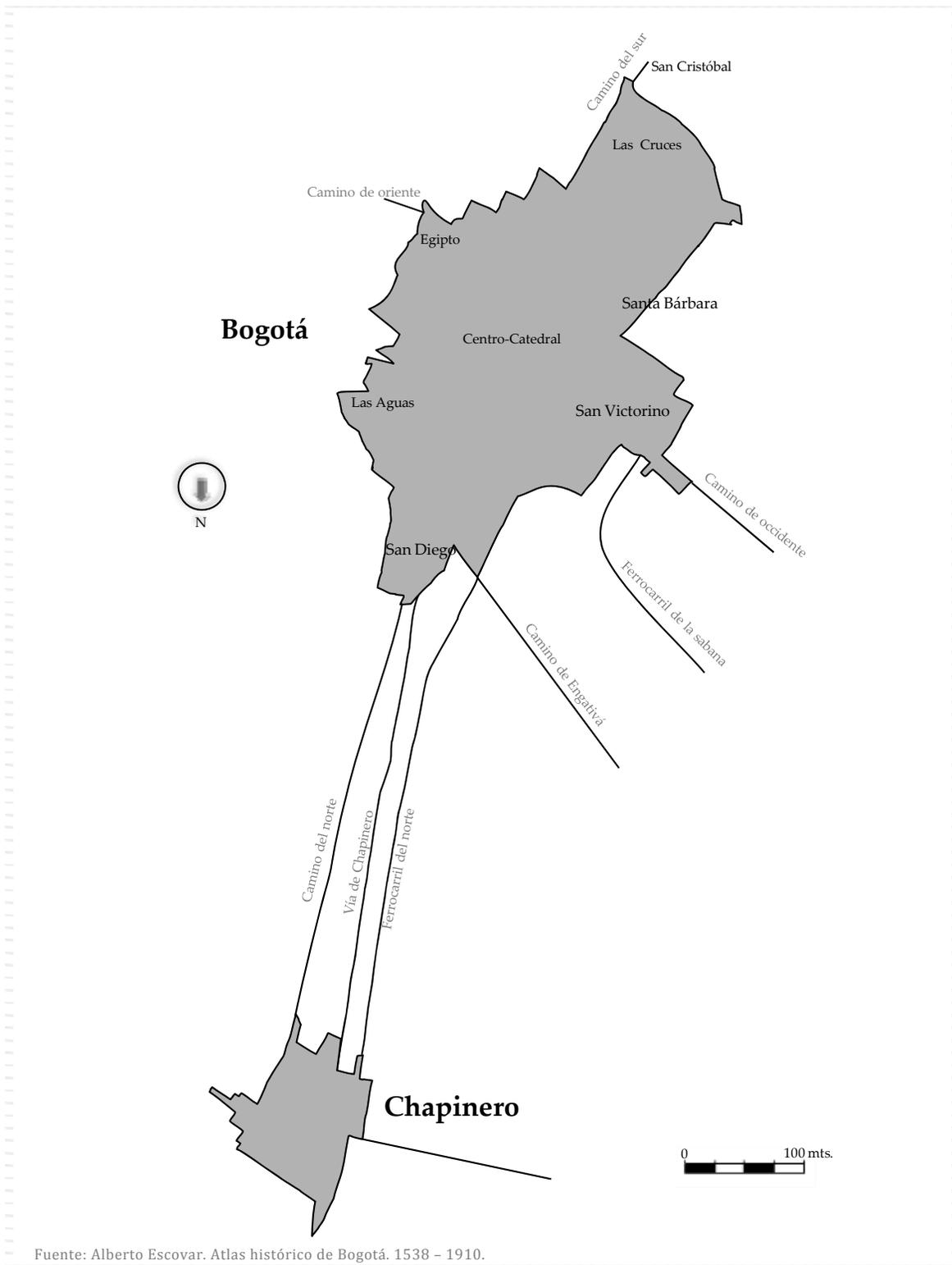
<sup>45</sup> No hay que pasar por alto que este tipo de descripciones hacen parte de un proceso de promoción de la imagen del presidente en el marco de la contienda política colombiana de principios de siglo. Sin embargo, es dicente para ejemplificar la idea de que la figura de Reyes era la de civilizador, con la que se identificaban las elites colombianas de entonces. Lisímaco Palau. *Colombia en 1907 bajo la administración del Sr. General Rafael Reyes*. Imprenta Nacional. Bogotá. 1907. Pág. 16.

<sup>46</sup> Uno de sus pronunciamientos hacía la siguiente referencia al respecto de la educación: “Nuestra educación profesional ha sido siempre considerada como defectuosa, porque en ella nos hemos preocupado casi exclusivamente de las profesiones como la jurisprudencia y la medicina, [...] y no hemos dado a los estudios de las profesiones útiles y productivas como el comercio, la minería, la agronomía y la ingeniería civil la importancia que necesariamente deben tener en un país nuevo como el nuestro”. En: Valencia. ob.cit. Pág. 7.

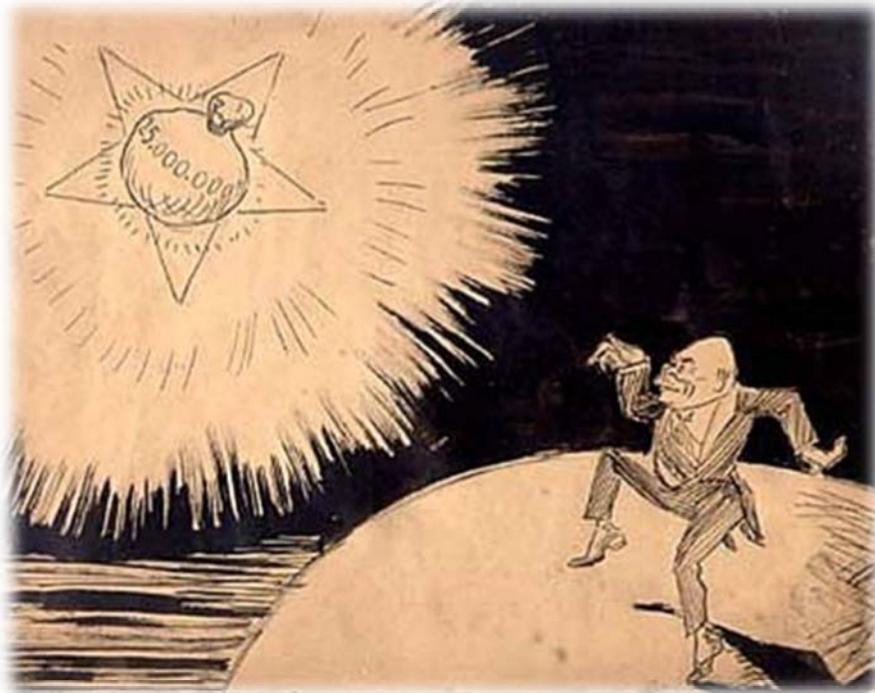
orientaciones políticas, culturales o ideológicas de quienes tomaron las decisiones en el país a principios del siglo XX. Sin embargo, este rápido recorrido por su propia experiencia nos muestra cómo muchas de las transformaciones que tuvieron lugar entre las décadas de 1880 y 1920 –y de las cuales se ocupó este capítulo- fueron el resultado de amplios procesos sociales y económicos de orden nacional e internacional.

En este período el capitalismo internacional logró consolidar una relación mucho más estrecha con Colombia, las clases sociales se diversificaron y aparecieron algunos sectores prósperos, vinculados al comercio y dependientes del mercado mundial. Las elites asumieron que este panorama era una señal de que los tiempos habían cambiado y que ellos, como dirigentes que eran, estaban en la obligación de conducir a sus pueblos por el sendero por el que transitaban los demás pueblos del mundo: el de la modernidad. Sin embargo, este proyecto nunca tuvo un carácter verdaderamente emancipatorio; se basaba en la configuración de una sociedad nacional contradictoria cuyo principal objetivo era actualizar las costumbres bárbaras del *pueblo* para adaptarlas a las exigencias de un nuevo tiempo industrial y civilizado.

## **BOGOTÁ Y SUS BARRIOS A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX**



Mapa 3  
**“La danza de los millones”. El capital internacional y la ilusión de progreso de las elites colombianas**



**Ilustración 1:** “El perigeo de la Estrella Polar”. Caricatura de Ricardo Rendón, 1921. Fuente: Biblioteca Luis Ángel Arango.

### Los medios de transporte modernos simbolizaron la irrupción de los “nuevos tiempos”



**Ilustración 2:** Primer camión que realizó recorrido entre Tunja y Bogotá. Principios del siglo XX. Fuente: Fundación Misión Colombia

### CAPÍTULO 3. LA ESCENIFICACIÓN DE LOS VALORES MODERNOS: ESPACIO, CAPITAL Y SÍMBOLOS DE DISTINCIÓN

---



Mientras transcurrían las primeras décadas del siglo XX, tanto en Colombia como en el resto América Latina se advirtieron las consecuencias del acercamiento paulatino a lo que acá he descrito como el discurso de la modernidad capitalista. El desarrollo económico estaba orientado hacia la profundización de una relación de subordinación con el mercado mundial, mientras que la política y la ideología que practicaban los sectores dirigentes, se nutría de una narrativa civilizatoria que asumía la lógica de occidente como universal y verdadera. Como parte de un mismo proceso, fenómenos culturales, simbólicos, artísticos y estéticos sufrieron las modificaciones propias del giro que la sociedad dio hacia un reconocimiento de los valores de una *modernidad más efectiva*, capaz de intervenir sobre tantos aspectos de la vida de los individuos<sup>1</sup>. Con esto quiero insistir en el hecho de que las transformaciones que tuvieron lugar entre finales del siglo XIX y principios del XX, no sólo actuaron sobre el ámbito de la producción, la acumulación y la administración política, sino que también, impregnaron las modas, los valores artísticos, los estilos arquitectónicos y los símbolos de distinción de una sociedad que necesariamente, tiene que pensarse como heterogénea.

En este capítulo me propongo indagar, precisamente, por ese momento en el que el discurso de la modernidad hizo presencia en el espacio urbano de Bogotá. Mi objetivo es analizar cómo los principios de un orden que se tenía por novedoso, fueron transferidos al ámbito de la ciudad, especialmente, a partir de la consolidación de lugares que reproducían los valores de una sociedad aburguesada con aspiraciones nacionales. Este proceso, que no fue inmediato y que estuvo lleno de matices, tuvo en las fortunas e iniciativas de los capitalistas y de los grupos dirigentes su principal

---

<sup>1</sup> Aquí retomo el término de Bolívar Echeverría. Ver Introducción.

motor, siendo estos los encargados de fijar los parámetros de un orden urbano que reemplazó diversos aspectos de la ciudad colonial.

### ***3.1. Leyendo la ciudad: El caso de Bogotá***

Como sede del poder y del capital, como punto donde emerge la industria, y como escenario donde se debaten las ideas que dan cuenta de la sociedad, la ciudad puede ser considerada un lugar –no el único pero sí el más idóneo– en el cual convergen las manifestaciones políticas, culturales, económicas y estéticas que caracterizan a la modernidad. Tal condición, nos sugiere que un espacio físico como el urbano, sometido a factores tan dinámicos, posee una activa dimensión social que refleja la estructura y las contradicciones que lo caracterizan. El establecimiento de espacios materiales destinados a la reproducción de las sociedades –como las ciudades–, requiere la elaboración de límites, toponimias y símbolos que ordenen y le impriman una lógica y un sentido al territorio. Esto se traduce en una constante actualización y resignificación del espacio, procesos definidos por el modo en que la sociedad se estructura, y por las tensiones y modificaciones que surgen como consecuencia de un determinado orden.

Es basándome en este argumento que propongo un análisis de la configuración del espacio urbano bogotano –o al menos de determinados elementos– durante la última década del siglo XIX y las primeras del XX; análisis que se da en términos de entender cómo la adopción del discurso de la modernidad capitalista, principalmente entre los círculos dirigentes, impactó de manera particular en la vida de la sociedad, y en el mundo en la que ésta se reproducía. La ciudad es un producto histórico recurrente en el cual coinciden prácticas, seres humanos, ideas, bienes, rutas de comercio, instituciones, y capitales financieros; bajo esta óptica, estudiar el caso de Bogotá es un ejercicio que contribuye a entender la configuración de determinados grupos sociales en Colombia, y sus cambios a lo largo del periodo en cuestión. Con esto no quiero insinuar que Bogotá, como capital de la república, integre cada uno de los elementos que le dan forma al país –en realidad, ningún espacio logra hacerlo–

sino que su complejidad, y el hecho de ser la sede de un poder centralizado, la convierten en un escenario privilegiado para analizar el impacto de la modernidad capitalista, y de su discurso en un lugar definido de América Latina<sup>2</sup>.

Ubicada en una planicie de las alturas andinas, lejos de los puertos que servían de enlace con el comercio internacional, Bogotá fue durante la colonia y buena parte del siglo XIX una ciudad remota y aislada, a la que sólo se accedía después de un penoso trayecto por caminos de herradura, ríos y abruptas cordilleras. Su imagen era la de una aldea recatada, incomunicada y melancólica, apartada de muchas de las dinámicas que tenían lugar en el *mundo exterior*<sup>3</sup>. Sin embargo, y a pesar de esta condición, el hecho de ser la capital, y de alojar los principales poderes civiles, militares y eclesiásticos, además de los círculos intelectuales y sus instituciones, contribuyó a que la ciudad emergiera como un referente indiscutible para el país y para las élites, que la veían como una estación necesaria dentro del camino que conducía al progreso. Por eso, cuando las transformaciones políticas, económicas y culturales empezaron a ser mas evidentes al transitar hacia el siglo XX, Bogotá se tornó en el espacio donde hicieron presencia las relaciones de poder que habrían de moldear la república contemporánea, donde aparecieron los símbolos de estatus y los bienes derivados del orden capitalista, donde irrumpieron las modas de la burguesía, y donde los grupos ilustrados reprodujeron su ideal de sociedad civilizada, afín a los principios modernos.

Por lo tanto, leer la ciudad es preocuparse por entender los cambios políticos, económicos y culturales desde una mirada que privilegia la territorialización de los hechos sociales. En la medida en que este periodo significó el ascenso de un discurso que enaltecía los valores de la civilización occidental, y la penetración de un sistema capitalista más desarrollado, la Bogotá de entonces fue un escenario donde paulatinamente irrumpieron las imágenes y los enunciados de los nuevos tiempos. Por sus calles, plazas, parques y edificios emergió el principio de civilidad y buen

---

<sup>2</sup> Germán Rodrigo Mejía Pavony. *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá. 1820 – 1910. 2ª Edición.* Editorial CEJA / ICANH. Bogotá 2000. Págs. 16 – 17.

<sup>3</sup>Ibíd. Pág. 132.

trato como símbolo de jerarquía y distinción; se asomaron las letras y los letrados para constituir el relato de la ciudad culta; aparecieron representados los signos de la autoridad nacional y patriótica, y del orden industrial ascendente; y se propagaron los bancos, las fábricas, los políticos, los poetas y los burócratas, pero también el proletariado, la pobreza, la exclusión, el desalojo derivado de la valorización del suelo, y las epidemias. En resumen, Bogotá fue, en esta época, un espacio que vio transitar cada vez con más frecuencia los prototipos de la modernidad capitalista: sus individuos, sus ideas y sus contradicciones<sup>4</sup>.

### **3.2 Acercar un lugar “perdido en las montañas”. Un paso necesario hacia el desarrollo del capitalismo**

Promediando la década de 1870, cuando Buenos Aires y Ciudad de México avanzaban en su acelerada incursión a los circuitos económicos mundiales, apoyados en un aumento demográfico considerable, en la ampliación de las rutas comerciales, y en la presión del capital internacional, en Bogotá un articulista se asombraba por el precio del azúcar, al que consideraba un artículo de lujo, y por los costos de los transportes que traían frutos y plátanos de tierra caliente<sup>5</sup>. En realidad, lo que a este personaje le inquietaba, era el hecho de que entonces, en pleno auge del mercado exportador latinoamericano, y mientras que los países de la región invertían en ferrocarriles, puertos y carreteras, la capital de la república contaba apenas con algunas trochas, camellones y senderos macadamizados como vías de comunicación, y que estas, resultaban insuficientes para satisfacer las exigencias que imponía *el ritmo del progreso mundial*.

Hay que tener en cuenta que durante buena parte del XIX, los cuatro caminos principales que iban a Bogotá conservaban notables características coloniales, por lo que todavía en la década de 1900, las recuas de mulas eran imprescindibles dentro del circuito de transportes que comunicaban a la ciudad con el afuera. El más importante

---

<sup>4</sup> Ver: Ángel Rama. *La ciudad letrada*. Ediciones del Norte. Hanover, USA. 1984.

<sup>5</sup> Aníbal Galindo. Diario de Cundinamarca. 10 de Agosto de 1874. Citado en: Fundación Misión Colombia. *Historia de Bogotá*. Tomo I – Siglo XIX. Villegas Editores. Bogotá. 1988. Pág. 74.

de todos, el camino de occidente, unía a la capital con Facatativá, y a ésta, con Honda: el puerto sobre el Río Magdalena desde el cual se establecía la comunicación con Barranquilla y el Mar Caribe (Ver Mapa 2). Si bien el tramo entre Facatativá y Bogotá era plano, y fácil de sortear desde el punto de vista técnico, el ascenso desde Honda resultaba una pesadilla para el viajero pues era necesario remontar la escarpada cordillera oriental; tal era la dificultad que en la década de los 60 se pagaban sumas similares por un flete entre Londres y Honda, que por uno entre Honda y Bogotá<sup>6</sup>. El segundo camino, el del sur, comunicaba a la capital con Soacha, una población que servía de enlace con otras regiones del país, y cuyos alrededores se volvieron parajes de recreo y estancia para muchos de los habitantes de la ciudad. Por el norte, cruzando el caserío de Chapinero, se extendía el tercer camino, que luego de abandonar la capital, continuaba hacia Zipaquirá, Vélez y Tunja, importantes centros comerciales que hicieron parte del itinerario de la sal, pero que se fueron estancando llegados los años republicanos<sup>7</sup>. Por último, estaba el camino de oriente, una ruta que muchos gobernantes y empresarios imaginaron como alternativa de integración entre Bogotá y el océano Atlántico, pasando por las poblaciones de Cáqueza y Quetame, y remontando el río Meta a través de los llanos colombo-venezolanos hasta el Orinoco. A pesar de los esfuerzos invertidos y de la expectativa que generó, esta vía nunca llegó a consolidarse como ruta de comercio intensivo y quedó muy limitada al tránsito local<sup>8</sup> (Ver Mapa 3).

No obstante las dificultades económicas, topográficas y tecnológicas, era claro que a Bogotá le urgía acondicionar mecanismos óptimos para comunicarse con el país

---

<sup>6</sup> Fundación Misión Colombia. ob.cit. Pág. 73.

<sup>7</sup> Germán Mejía. ob.cit. Págs. 110 -111.

<sup>8</sup> Varios de los esfuerzos realizados por consumir esta iniciativa demuestran el empeño de dirigentes y comerciantes por superar el relativo aislamiento en el que se hallaba Bogotá, y por integrarla definitivamente a los circuitos del comercio mundial, usando las tecnologías modernas. Hacía 1870, para citar apenas un ejemplo, el gobierno nacional encargó un puente de hierro a unos fabricantes de Nueva York para emplazarlo a lo largo del camino que conduciría a los llanos. Después de un par de años, el puente llegó a Bogotá por la vía de Honda, desarmado y empacado en 72 cajas; cuando los trabajadores se disponían a ensamblarlo, los sorprendió el hecho de que el puente no alcanzaba a unir las dos orillas por lo que tuvieron que recurrir a la ingeniería local para finalmente instalarlo. Jane Raush. *La frontera de los llanos en la historia de Colombia. 1830 – 1930*. El Banco de la República / Ancora editores. Bogotá. 1999. Pág. 141.

y el mundo. El hecho de que un viajero suizo se preguntara, por 1881, cómo “era posible que tan penosos caminos condujeran a una de las más importantes ciudades de Suramérica, donde habitan tantas personas ricas y cultas y donde se acumulan tantos capitales”<sup>9</sup>, significaba que en términos comparativos, la capital colombiana permanecía rezagada dentro del ámbito regional. Los esfuerzos de políticos e inversionistas, impulsados por la aspiración de acceder a la era del progreso, consolidaron un proceder que empezó a dar frutos significativos promediando la década de 1880; a partir de este periodo la ciudad inició un dilatado proceso de desarrollo que introdujo nuevas tecnologías, que aumentó los flujos de información, bienes y capital, y que modificó leyes que contradecían el espíritu de *los nuevos tiempos*; todo, con el fin de diluir esa relación de aislamiento con un afuera que percibía a la ciudad en un lugar remoto y alejado.

Gracias a la inversión que se hizo para mejorar la infraestructura, particularmente durante el gobierno de Rafael Reyes, y a los proyectos orientados a componer la red de transportes del país, en el ocaso del siglo XIX y en los albores del XX se habían obtenido avances en lo que respecta a caminos y transportes. Sin embargo, de acuerdo con las descripciones de principios de siglo, en Bogotá aun era mucho lo que faltaba por hacer para acondicionar el sistema a las demandas existentes; para entonces, las carreteras y vías que accedían a la ciudad lucían incompletas o en mal estado, consecuencia de contratistas incumplidos, gobernantes inexpertos y un clima caprichoso que de cuando en cuando destruía lo difícilmente alcanzado<sup>10</sup>. Esta circunstancia hizo pensar a numerosos ciudadanos, políticos, e inversionistas, que la verdadera solución al problema de la incomunicación era la construcción de un ferrocarril entre Bogotá y Honda, un viejo sueño alimentado por las imágenes de las locomotoras y los trenes: unas máquinas humeantes que además

---

<sup>9</sup> Ernest Röthlisberger. *El Dorado*. Biblioteca Quinto Centenario. Bogotá. 1993. Pág. 97.

<sup>10</sup> “de la Sabana [de Bogotá] arrancan caminos para todos los rumbos del horizonte, más o menos malos, salvo contadas leguas de medianas carreteras, y aun en ellas no es mejor la red [...] ni al Magdalena ni a los llanos guían caminos racionales, a pesar de grandes sumas invertidas, por el pésimo sistema de variar los trazos a cada rato, suspender las obras cuando aun no se han concluido, y querer a un tiempo hacerlo todo.” Descripción de Francisco Vergara y Velasco publicada en la Nueva Geografía de Colombia de 1901. Citada en: Germán Mejía. ob.cit. Pág. 113.

de transportar personas y mercancías, y llevar la civilización a las regiones de frontera, cargaban con el progreso y la industrialización a costas<sup>11</sup>.

A pesar de que desde los años 70 del siglo XIX la necesidad “de establecer un camino de rieles entre la ciudad y el Magdalena” ya se había tornado un tema recurrente<sup>12</sup>, no fue sino hasta 1889 que se inauguró un primer tramo de 40 kilómetros entre Bogotá y la vecina Facatativá. Si bien ya existían otros corredores férreos en el país, este primer esfuerzo se convirtió en la piedra angular de un proyecto más ambicioso que en 1908 logró conectar a Girardot -un puerto del Río Magdalena al sur de Honda- con la capital de la república, y que consiguió extender una red de más de cien kilómetros a lo largo de la sabana de Bogotá, sustentándose principalmente, en la inversión de compañías inglesas, en el financiamiento público, y en las fortunas de capitalistas emergentes<sup>13</sup>.

Aunque de una dimensión menor, si se le compara con la de otras capitales latinoamericanas, la ampliación de la red ferroviaria de la sabana significó un cambio substancial para la sociedad; además de brindar la posibilidad de que un viaje entre la ciudad y el Mar Caribe, que antes tardaba hasta tres meses, se redujera a una semana, permitió que Bogotá fortaleciera su papel de centro político y fuente de poder económico en un plano local y nacional. Ciertamente, la constitución de rutas frecuentes de comunicación con poblaciones vecinas durante los primeros años de 1900, favoreció la consolidación de un mercado regional mucho más dinámico que se extendió por las provincias de Cundinamarca y Boyacá, dentro del cual surgieron fábricas, talleres y núcleos urbanos populosos, factores determinantes dentro del proceso de transición hacia un capitalismo más pronunciado.

---

<sup>11</sup> El empresario antioqueño Santiago Pérez Triana, involucrado con el negocio de los ferrocarriles, escribió lo siguiente en 1909: “De las modificaciones introducidas en la vida civilizada durante el siglo XIX, los ferrocarriles son los que mayor diferenciación han establecido sobre la faz del planeta en comparación con los siglos anteriores. Esta diferencia, tan de bulto en lo material, es de mayor alcance en el desarrollo moral de la humanidad.” Citado en: Adriana Suárez. *La ciudad de los elegidos*. Editora Guadalupe. Bogotá. 2006. Pág. 54.

<sup>12</sup> Municipalidad de Bogotá. *Acuerdos y Actas*. Acuerdo 13 de 1874. Bogotá.

<sup>13</sup> Juan Carlos del Castillo. *Bogotá, el tránsito a la ciudad moderna. 1920–1950*. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. 2003. Pág. 55 y Fundación Misión Colombia. ob.cit. Pág. 75.

### Red de Ferrocarriles de la Sabana de Bogotá (1881 – 1930)

Ruta	Cronología según tramos. (años de inicio y finalización)	Observaciones
Ferrocarril de Girardot	Girardot – Apulo: 1881 – 1888. Apulo – Facatativa: 1895 – 1909.	Primer ferrocarril en conectar a Bogotá con el Río Magdalena.
Ferrocarril de la Sabana y Cundinamarca.	Bogotá - Facatativa: 1882 – 1889. Facatativa – Puerto Salgar: 1921 – 1925.	
Ferrocarril del Norte.	Bogotá – Zipaquirá: 1889 – 1898. Zipaquirá – Chiquinquirá: 1906 – 1926.	Hizo parte del proyecto del Ferrocarril del Carare; se intentó prolongar hasta Bucaramanga pero nunca llegó a finalizarse.
Ferrocarril del Sur.	Bogotá – Soacha - Sibaté: 1895 – 1903. Prolongación al Salto del Tequendama: 1912 – 1927.	
Ferrocarril de Oriente	Bogotá – Usme: 1914 – 1935.	Buscaba conectar a Bogotá con el Río Meta. Nunca llegó a concluirse. Los rieles fueron desmontados en 1935.

Fuentes:

1. Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República. Exposición *Imagen del ferrocarril en la numismática colombiana* Publicación digital en la página Web de la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República. <<http://www.lablaa.org/blaavirtual/humboldt/bio.htm>>  
Búsqueda realizada el 10 de septiembre de 2007.
2. Fundación Misión Colombia. *Historia de Bogotá*. Tomo I – Siglo XIX. Villegas Editores. Bogotá. 1988.
3. Juan Carlos del Castillo. *Bogotá, el tránsito a la ciudad moderna. 1920 – 1950*. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. 2003.

Es cierto que como medio de comunicación y como símbolo del progreso, el ferrocarril contribuyó a superar la condición y la imagen de asilamiento que padeció Bogotá a finales del siglo XIX. Sin embargo, la implementación de otras tecnologías como el tranvía y el telégrafo, y el mejoramiento de los servicios de correos y de las

frecuencias de los transportes terrestres, también fueron esenciales en ese esfuerzo por vencer las distancias, y dinamizar la comunicación hacia y dentro de la ciudad.

Las carretas de tracción animal, las mulas y los cargueros fueron los transportes que predominaron en los caminos de la sabana de Bogotá decimonónica, hasta que el ferrocarril y el posterior arribo de vehículos de motor en los primeros decenios del siglo XX, propiciaron su desaparición paulatina. En la década de 1870 ya existían empresas dedicadas al servicio de transporte entre las poblaciones vecinas a la capital del país; éstas, constituían magníficos negocios pues resultaban la forma más rápida y eficaz de conectar la ciudad con puntos estratégicos de abastecimiento como Fontibón, Bosa, Usaquén o Suba<sup>14</sup>. La llegada del primer automóvil despuntando el siglo XX, no pudo significar otra cosa que un impulso a esa dinamización del transporte.

Según se desprende de la normatividad sobre el tránsito en la ciudad, desde finales de los años 1870 y hasta la década de 1920, el cabildo capitalino se preocupó por estructurar una legislación que definiera las obligaciones de los distintos vehículos que circulaban por la ciudad: los lugares de locomoción, las tarifas que debían pagar, las cargas que podían transportar, las multas por infracciones y hasta la conducta de los conductores. Así, por ejemplo, mientras que en 1882 un acuerdo de ley consideraba “que los dueños de carros y carruajes no destinan siempre animales mansos y convenientemente adiestrados para el tiro; que los carreteros y cocheros no cumplen con el mandato de la ley, bien porque no la conocen, por torpeza, mala costumbre o ignorancia del oficio”<sup>15</sup> y ordenaba una serie de tarifas y prohibiciones para regular a estos vehículos; en 1912 otra ley reglamentaba el tráfico general de la ciudad y establecía, detalladamente, la dirección, la velocidad, las licencias, las señales, las estaciones, la numeración, la prelación, y toda una serie de normas que debían cumplir los coches, los automóviles, las bicicletas y las motocicletas que circulaban por la ciudad<sup>16</sup>.

---

<sup>14</sup> Luís Enrique Rodríguez Baquero. *Empresas públicas de transporte en Bogotá. Siglo XX*. Alcaldía Mayor de Bogotá. Bogotá. 2003. Pág. 32.

<sup>15</sup> Municipalidad de Bogotá. *Acuerdos y actas*. Acuerdo 7 de 1882. Bogotá.

<sup>16</sup> Concejo Municipal de Bogotá. *Acuerdos y actas*. Acuerdo 54 de 1912. Bogotá.

La emergencia de una legislación sobre el tema del transporte en la ciudad nos indica, primero, que en los albores del siglo XX era claro un crecimiento de la circulación de vehículos, apoyada en la diversificación de las tecnologías y en el aumento de los flujos comerciales. Y segundo, la implantación de una lógica especializada y detallada que buscaba coordinar un fenómeno novedoso a partir de multas, tarifas, permisos, rentas y actas; un procedimiento muy propio de las sociedades modernas, basado en una disciplina orientada a constituir el código en norma, en regla natural<sup>17</sup>.

El tranvía fue otra de las tecnologías que imprimió dinámica al comercio y al transporte en Bogotá; y aunque su operación no rebasó significativamente los límites del casco urbano tradicional, con excepción de la línea que se extendió a la vecina localidad de Chapinero, su significado como símbolo de progreso contribuyó enormemente a diluir la percepción sobre las distancias que se tenía en la ciudad<sup>18</sup>. Cuando se firmó el convenio para establecer el servicio de tranvías con William Randall, quien además de negociante ejercía las funciones de cónsul de los Estados Unidos, se especificó que consistía en “un ferrocarril urbano por el sistema y el modo usados en Nueva York”<sup>19</sup>. Evidentemente, para el público de entonces, y a pesar de que los carros instalados no fueron para nada del tipo establecido -eran carros tirados por mulas que corrían sobre un riel de madera-, se trataba de un adelanto similar al de las grandes capitales del mundo, y una señal de que a Bogotá estaban arribando las tecnologías modernas.

---

<sup>17</sup> Michel Foucault. *Defender la sociedad*. Fondo de Cultura Económica. México. 2002. Pág. 45.

<sup>18</sup> En 1912 el señor Francisco de P. Rueda, quien se presentaba a si mismo como representante único en Colombia de la compañía inglesa *The south american development Ltda.*, le hizo al concejo de Bogotá un ofrecimiento para implementar en la ciudad el tranvía eléctrico sin rieles. “Tengo la mayor confianza en que -decía Rueda en una misiva- después de un estudio concienzudo y detenido sobre la materia, bien podríamos llegar a establecer aquí, dentro de poco tiempo, este admirable invento que causa en la actualidad la atención de las municipalidades europeas como fuente de verdadera riqueza y progreso”. Ya que su labor era la de un vendedor, este representante le decía a los miembros del cabildo municipal lo que ellos querían oír: que las tecnologías europeas, que allá tenían tan buen resultado, eran necesarias para abatir los signos de atraso que aquejaban a la sociedad colombiana. Con este ejemplo quiero enfatizar el carácter transformador que se le otorgaba a las tecnologías del mundo industrial, y la creencia de algunos sectores dirigentes, que sólo imitando esos procedimientos era posible acceder a la era del progreso. Concejo Municipal de Bogotá. *Acuerdos y Actas*. Folio 601, 1912. Bogotá.

<sup>19</sup> Municipalidad de Bogotá. *Acuerdos y actas*. Acuerdo 22 de 1882. Bogotá.

La empresa *The Bogotá City Railway Company*, fundada por varios capitalistas norteamericanos a los que Randall les vendió el privilegio, fue la encargada de tender los rieles, contratar los ingenieros, y armar los carros que fueron importados desde Filadelfia. En 1884 se inauguró oficialmente la primera línea del tranvía, que tirado por mulas, salía de la Plaza de Bolívar, en el centro de la ciudad, a San Diego en el norte, para posteriormente, continuar hasta Chapinero<sup>20</sup>. Aunque la ampliación del servicio se vio interrumpida por el incumplimiento del concesionario, por la falta de inversión, y por las mejoras técnicas limitadas, en 1910 el tranvía ya contaba con cinco líneas que cruzaban la ciudad en diferentes direcciones, una de ellas alimentada con electricidad. Ese año, después de un prolongado boicot contra la empresa norteamericana que poseía el privilegio, el servicio fue municipalizado y al menos hasta la década de los 30, se mantuvo como una prospera fuente de recursos, que transportaba millones de personas al año<sup>21</sup>.

La relevancia del fenómeno del tranvía para el problema que nos ocupa estuvo, además de en su importancia simbólica, en el estímulo que su expansión le dio al desarrollo urbano de Bogotá. Gracias al establecimiento de rutas entre el centro y puntos como las Cruces, San Cristóbal, San Victorino y Chapinero, las zonas rurales ubicadas en la periferia experimentaron un proceso de urbanización que generó la ampliación del perímetro de la ciudad, en especial hacia el norte, en los terrenos que se encontraban entre Chapinero y San Diego. Esto fue un factor determinante en el aumento demográfico y en la transformación del uso del suelo, pues representó uno de los primeros momentos de expansión de la ciudad en el sentido sur - norte<sup>22</sup>.

Lo cierto es que en lo referente a los transportes y a las tecnologías que permitían trasladar personas y mercancías, la ciudad se dinamizó significativamente entre 1880 y 1920. Mientras que a finales del siglo XIX eran las carretas y los carruajes los que

---

<sup>20</sup> Fundación Misión Colombia. ob.cit. Pág. 76.

<sup>21</sup> El boicot al tranvía tuvo lugar durante los primeros meses de 1910 y se tornó uno de los sucesos más significativos de la historia bogotana. Sin embargo, no es mi intención profundizar al respecto. Una revisión del trabajo de Luís Enrique Rodríguez (2003) puede servir como punto de partida para involucrarse con este tema.

<sup>22</sup> Juan Carlos del Castillo. ob.cit. Pág. 54.

dominaban el escenario urbano, transcurridas dos décadas del siglo XX ya se veían transitar ferrocarriles, tranvías, automóviles *Cadillac* y camiones de pasajeros, cada vez, con mayor frecuencia. Igualmente, y en respuesta a estos movimientos, se mejoraron los pavimentos y empedrados de la ciudad, y ante la dificultad que representaba importar materiales para el mantenimiento del tranvía, se lograron desarrollar talleres donde se fabricaban ornamentos, y se reparaban los vehículos averiados<sup>23</sup>.

Los correos y el telégrafo también desempeñaron una labor fundamental dentro del proceso que significó un mayor contacto intelectual con el mundo, y con las dinámicas económicas que tenían lugar más allá de las alturas andinas. Los servicios postales, principal fuente de comunicación de los bogotanos durante la colonia, ampliaron sus servicios y sus itinerarios desde la segunda mitad del siglo XIX, gracias a lo cual, aumentó la frecuencia de la informaciones que llegaban a la ciudad, tanto del exterior, como de las numerosas poblaciones situadas a lo largo del país. Si bien su efectividad se vio socavada por las malas condiciones de los caminos y por las guerras que interrumpían los transportes, su papel como transmisor de noticias, entre la capital y el afuera, tuvo que ser más que relevante<sup>24</sup>. El impacto del telégrafo, por su parte, fue mucho más significativo en lo que a la celeridad de las comunicaciones se refiere. La red telegráfica de Bogotá, de 40 kilómetros en 1865, alcanzaba en 1905 10.421 kilómetros, y se extendía hasta el océano Pacífico, el mar Caribe, los llanos de San Martín, las poblaciones fronterizas de Ocaña e Ipiales, y se conectaba al cable submarino que cruzaba el Atlántico hacia Europa y los Estados Unidos.<sup>25</sup>

Una ciudad que desde finales del siglo XIX había logrado establecer comunicación casi inmediata con aquello que se ubicaba por fuera de su entorno, era entonces, una ciudad que iba adquiriendo las conquistas del progreso y la modernización. Si por 1866, a propósito de los postes y cables del telégrafo, las personas se inquietaban con

---

<sup>23</sup> Fundación Misión Colombia. ob.cit. Tomo I - Siglo XX. Pág. 83.

<sup>24</sup> Germán Mejía. ob.cit. Pág. 121.

<sup>25</sup> *Ibíd.* Pág. 128.

lo que parecía ser un acto de hechicería<sup>26</sup>; en los albores del siglo XX el envío y recepción de telegramas constituía una práctica normal –al menos para ciertos individuos- que permitía hacer negocios rápidos con lugares remotos, realizar consultas bursátiles en Nueva York y Londres, estar al tanto del movimiento de los mercados, y compartir puntos de vista sobre política, literatura y arte. Por un cable, que posteriormente se convirtió en onda con las comunicaciones inalámbricas, llegaron a Bogotá más imágenes de una sociedad modernizada y dinámica, afín a las transformaciones tecnológicas de un mundo que agilizó los intercambios de capital, de mercancías y de información, y que se convirtió en paradigma de lo que se suponía, debía ser el orden universal.

Los correos, los caminos, el telégrafo, el tranvía y el ferrocarril, fueron elementos claves dentro del proceso que, finalizando el siglo XIX, acercó a Bogotá al país y al mundo. Las nuevas tecnologías, que habían nacido como una respuesta a las necesidades de las sociedades industriales, cumplieron un papel que permitió, primero, el abatimiento progresivo de obstáculos materiales propios de la geografía andina; y segundo, una aproximación a prácticas y costumbres que tenían lugar allende las fronteras. En la medida que los recorridos se hicieron más rápidos y cómodos, que las mercancías importadas se popularizaron, y que los circuitos comerciales se diversificaron, los habitantes de la ciudad y sus visitantes tuvieron que modificar los límites del territorio imaginado, y desplazar así, los lugares de referencia que definían lo accesible de lo inaccesible, lo cercano de lo lejano, lo inmediato de lo lento. Esto es relevante en la medida que la efectividad de la comunicación y de los intercambios, fueron factores fundamentales dentro del proceso de modernización de las sociedades, pues según lo veo, tal capacidad permitió consolidar la noción universalista que imperó en el pensamiento moderno. Por eso, promediando la década de 1920, era coherente que un artículo de prensa se cuestionara por la capacidad de la ciudad para asumir las “rapidísimas

---

<sup>26</sup> Ese año un diario publicó un comunicado en el que el alcalde de la población de Fontibón se quejaba porque las “gentes ignorantes” destruían la infraestructura telegráfica, creyendo que se trataba de un “acto de hechicería o arte diabólico”. En: Fundación Misión Colombia. ob.cit. Pág. 78.

transformaciones” que estaban teniendo lugar<sup>27</sup>, y no, por la dificultad que suponía traer unas cargas de plátanos de tierra caliente, como le sucedía a su colega años antes.

### ***3.3 Las sedes de lo moderno: Fábricas, bancos y pasajes***

Una ciudad más cercana, que gradualmente asumía la tarea de establecer sistemas de comunicación eficientes, se tuvo que volver una ciudad más accesible y dinámica. En la medida que llegar y salir de Bogotá se convirtió en una actividad frecuente, los flujos de población y los intercambios debieron aumentar en dimensión y velocidad, generando prácticas y condiciones capaces de modificar las maneras en que se distribuía la población, el carácter de los negocios, y el uso que se le daba al suelo. Esto supone un proceso de redistribución espacial en el cual los edificios, las fábricas, y las áreas comerciales que florecieron gracias a la inyección de capital, jugaron un papel significativo en tanto redefinieron determinadas funciones y símbolos dentro de la urbe.

Siguiendo esta argumentación, me parece pertinente explorar esos espacios que, producto de la irrupción de la modernidad, se convirtieron en la reproducción de la imagen del progreso y paralelamente, generaron dinámicas económicas y sociales que impactaron el desarrollo urbano en Bogotá. Me refiero a lugares que como las fábricas, los bancos y los pasajes comerciales, sintetizan el sistema de producción y el mercado capitalistas, además de las modas, signos y tipologías que articulan la estética moderna. En ese sentido es que propongo, a continuación, un análisis que considere a estos tres espacios como lugares de la modernidad, en tanto en ellos, y a través de ellos, se propagaron la producción, el dinero y las imágenes que nutrieron al capitalismo. Vale señalar que tomar estos tres ejemplos no significa imaginar que sólo allí se reprodujeron tales valores, ni tampoco, que no existieron espacios vinculados a la tradición y al pasado dentro del ámbito de la ciudad; su elección constituye más

---

<sup>27</sup> Periódico El Espectador, 25 de mayo de 1925. En: Fundación Misión Colombia. ob.cit. Tomo I – Siglo XX. Pág. 51.

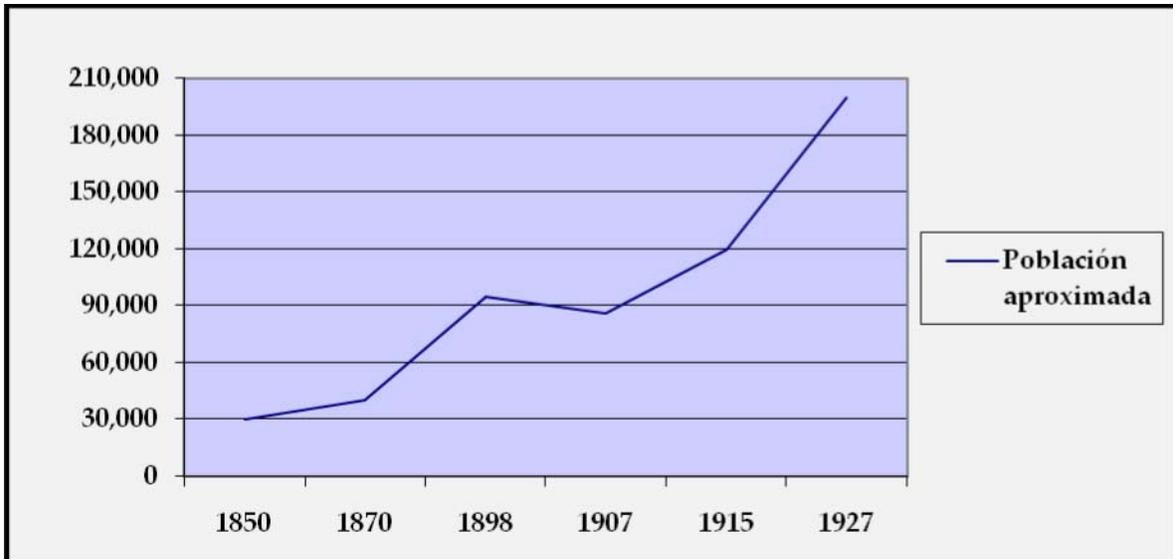
una manera de aproximarse al problema aquí planteado, que la intención de clausurar, definitivamente, la discusión entorno a la modernización de Bogotá.

En la medida que los servicios que ofrece la ciudad están determinados por las personas que los construyen, los usan y los mantienen funcionando, la aparición de industrias, entidades financieras, de más talleres, y de una serie de negocios inéditos en la ciudad, tuvo que estar relacionada con un crecimiento importante de la población. Según se desprende de los censos y de los análisis historiográficos que se detienen en el tema, la dinámica demográfica de Bogotá durante el siglo XIX fue bastante irregular, y se caracterizó por periodos de oscilación, generados por el aumento y la disminución del número de habitantes. Estos mismos análisis también muestran como, a partir de la década de 1900, esas oscilaciones cesaron, dando paso a un periodo de crecimiento ininterrumpido que continúa hasta nuestros días. Mientras que en 1880 la ciudad contaba con aproximadamente 85.000 habitantes, en 1898 ese número se redujo a unos 78.000, volviendo a acrecentarse hacia principios de la década de 1900, cuando se estima que en Bogotá vivan unas 86.000 personas. A partir de ese momento se nota un incremento acelerado que indica 120.000 habitantes en 1912 y al menos 200.000 en 1927<sup>28</sup>.

### **Dinámica demográfica de Bogotá (1850 – 1930)**

---

<sup>28</sup> En relación al tema demográfico son muchas las inconsistencias e interpretaciones que existen. En primer lugar, hay que tener en cuenta que los métodos censales variaban dependiendo de cada época; así, en ciertas ocasiones se contaba a la población flotante, y en otras, sólo se consideraban a los residentes o a los propietarios. De igual manera, en mucha de la historiografía sobre Bogotá, se tienen en cuenta las aproximaciones realizadas por cronistas o viajeros, o la información de guías que al parecer no resultan del todo exactas. En este caso tomo cifras aproximadas de los trabajos que encuentro más completos sobre este problema. Ver: Germán Mejía, ob.cit. Págs. 229–256. Fundación Misión Colombia. ob.cit. Tomo I – Siglo XX. Págs. 23–49.



Fuentes:

1. Germán Mejía Pavony. *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá. 1820 – 1910*, 2ª Edición. Editorial CEJA / ICANH, Bogotá 2000. Pág. 229 – 256.
2. Fundación Misión Colombia. *Historia de Bogotá*. Villegas Editores. Bogotá. 1988. Tomo I – Siglo XX. Págs. 23 – 49.
3. Instituto Distrital de Cultura y Turismo. *Bogotá CD*. Publicación multimedia. IDCT / Icono Multimedia. Bogotá. 1998.

Estas variaciones dan cuenta de un fenómeno que merece ser considerado. El aumento que se registra al iniciar el siglo XX fue el resultado, no del exceso de nacimientos, sino de un proceso de absorción de población proveniente de zonas rurales y de la capacidad que tuvo la ciudad para retenerla. La relación entre nacimientos y defunciones demuestran que Bogotá no pudo generar tal cantidad de población por si sola, sino que esta tuvo que provenir de movimientos migratorios originados en la condición de polo de atracción de la ciudad, y como consecuencia de los procesos de expulsión que se dieron en sectores rurales tras las guerras civiles, y por la presión del capital sobre la tierra<sup>29</sup>.

El crecimiento demográfico puede entenderse como una expresión paralela a otros fenómenos que, en muchos sentidos, fueron el resultado de la transición hacia el tipo de modernidad que acá se ha planteado. Como se mencionaba, la diversificación

<sup>29</sup> Germán Mejía. ob.cit. Págs. 230 – 240.

del mercado y de los servicios en la ciudad fue determinante en el aumento de la población –pues eso se torna un factor de atracción-, y al aumentar la población, también se generaron nuevas demandas de servicios, vivienda y comercio que debieron ser suplidas.

En el primer capítulo se mencionó el vínculo que existió entre el auge de un mercado primario exportador, y el desarrollo de un proceso interno de industrialización dispersa, de ampliación de mercados y diversificación de servicios. En el caso de Bogotá, este fenómeno tuvo un impacto importante en el desarrollo urbano, pues no sólo significó la aparición de fábricas, oficinas y agencias bancarias, sino que también, jalonó una reformulación de los usos del espacio y de los símbolos que buscaban reafirmar la condición de una ciudad que se estaba modernizando.

Durante la transición hacia el siglo XX se crearon en Bogotá varias industrias con características modernas que funcionaban bajo un esquema que privilegiaba el sistema de producción capitalista. Muchas de ellas, fundadas por aristócratas, oligarcas e inversionistas, se constituyeron de acuerdo a un modelo empresarial, con jerarquías laborales fijas y especializadas, y con una administración orientada a garantizar la eficiencia y la ganancia; dentro de ese sistema, la adopción de maquinaria que utilizaba el vapor y la electricidad para producir artículos en serie, la construcción de instalaciones y locales con especificaciones técnicas e higiénicas, y el adiestramiento de los trabajadores en funciones específicas se convirtió en un paradigma de la producción en la ciudad.

Aunque en términos comparativos las iniciativas industriales de Bogotá pueden parecer tímidas, las fábricas fundadas a partir de la década de 1880 debieron sorprender a los bogotanos por las características que las diferenciaban de los numerosos talleres artesanales a los que estaban acostumbrados. La fábrica de loza Faenza, por ejemplo, establecida en 1900 por José María Saíz, tenía un amplio edificio que, según una reseña de 1912, era cómodo e higiénico, con habitaciones para trabajadores, y sus métodos de fabricación estaban divididos por departamentos, “donde por la especialización llegan los obreros á [sic] perfeccionarse en las

respectivas manipulaciones”<sup>30</sup>. Igual de novedosa debió resultar la fábrica de Chocolates Chávez que en 1898, disponía de una construcción de casi 3000 metros cuadrados que incluía: “la casa del propietario, un departamento de máquinas y oficinas, y depósitos para cacao y azúcar”; además, según puntualiza una descripción de la época, “contaba con aparatos y máquinas como motores, calderas, una limpiadora de cacao, tostadoras, mezcladoras, molinos, refinadores, prensas, moldes y repuestos” que funcionaban con la fuerza del vapor<sup>31</sup>. La fábrica de cervezas Bavaria también se constituyó en una novedad, no sólo desde el punto de vista tecnológico, sino administrativo. La empresa, fundada en 1891 por el alemán Leo Kopp, se preocupó “porque la maquinaria, el utillaje, las materias primas y las fuentes de energía figuraran desde un principio en términos de su valor monetario”, un esquema que resultaba novedoso en el contexto industrial de la ciudad. Igualmente, la compañía consideró mejorar las condiciones de los obreros tanto dentro como fuera del lugar de trabajo, dotándolos de lotes para vivienda y ciertas prestaciones que entonces resultaban impensables<sup>32</sup>.

En relación a los sectores obreros hay que mencionar que algunos de los propietarios de las fábricas promovieron la construcción de barrios exclusivos para trabajadores, lo cual, contribuyó al desarrollo de procesos de urbanización y habitación que funcionaban de acuerdo a los tiempos industriales. Aunque más adelante se profundizará al respecto, cuando se analice el fenómeno de la higiene y las clases populares, vale la pena señalar que las industrias generaron a su alrededor nuevas dinámicas de población y ocupación del espacio, al tiempo que crearon una variedad de *distritos fabriles* que paulatinamente se fueron diferenciando del centro tradicional de la ciudad.

Así, como empresas que incursionaban en un terreno desconocido, emergieron fábricas de cemento, de vidrio, de fósforos, de velas, de jabones, de ladrillos, de tubos

---

<sup>30</sup> Citado en: Alberto Escovar. *Atlas histórico de Bogotá. 1538–1910*. Alcaldía Mayor de Bogotá / Corporación la Candelaria. Bogotá.2000. Pág. 444.

<sup>31</sup> *Ibíd.* Pág. 454.

<sup>32</sup> *Ibíd.* Pág. 451.

vitrificados y de tejidos en diferentes zonas de la ciudad (Ver Mapa 4); eran iniciativas que, apoyándose en procesos productivos tecnificados, distintos del meramente artesanal, buscaron mayor eficiencia y márgenes de ganancia más amplios, reafirmando una ética de la empresa privada que competía en el mundo del mercado. Hay que tener en cuenta que desde el siglo XIX, la industria y las actividades que giraban a su alrededor fueron concebidas como fuerzas con la capacidad de transformar a la sociedad, por lo que estos primeros intentos debieron significar un avance dentro de la lógica que aspiraba a la supremacía de la ciencia y al control de la naturaleza; la validez de semejante anhelo reposaba en la institución de los valores y técnicas modernas como instancias superiores, y en la constitución de una masa trabajadora disciplinada, sin ansias de rebeldía.

Esa imagen moderna asociada a la industria se percibe en los anuncios publicitarios de principios del siglo XX, en los cuales, algunas empresas promovieron el consumo de productos higiénicos y elegantes, elaborados bajo los últimos estándares científicos. En dichos anuncios aparecían reproducidos los arquetipos estéticos y los símbolos que identificaban a Europa y a Estados Unidos: amas de casa elegantes barriendo un piso de cemento, chimeneas humeantes similares a las de Inglaterra y figuras con atavíos como los de las burguesías londinenses<sup>33</sup>. Todas ellas, imágenes de una civilización que reproducía prototipos destinados a instituirse en una oposición categórica del pasado inmediato.

Mencionaba antes que el telégrafo se convirtió en una herramienta que mejoró la eficiencia de las transacciones bursátiles, y también, que en el desarrollo de esta industria dispersa y de la infraestructura, fue fundamental la mediación de nutridos capitales privados que por esos días, fluían y se invertían con celeridad en la ciudad. Esto supone, necesariamente, la existencia de un sistema financiero sintonizado con la dinámica de los negocios de principios de siglo, que como vimos, no eran para nada despreciables.

---

<sup>33</sup> *Ibíd.*

Los primeros intentos por establecer negocios bancarios en la ciudad, datan de la década de 1860, cuando el gobierno nacional le otorgó el privilegio al *London County Bank* para que abriera una sucursal en el país. Aunque terminó siendo un fracaso por la poca confianza del público hacia el papel moneda, y porque sus servicios no suplieron las necesidades existentes, el ánimo de constituir una institución de esta índole en épocas tan tempranas, da a entender que en Bogotá se estaba constituyendo un mercado que exigía prestamos, giros y seguridad para los capitales. Fue en 1871, con la fundación del Banco de Bogotá, que verdaderamente se inició la constitución de un sistema financiero moderno con capacidad para emitir dinero, conceder préstamos, pagar intereses sobre los capitales y costear el comercio, la infraestructura y el propio funcionamiento del estado<sup>34</sup>. A partir de ahí, se organizaron más de 34 bancos en el país, de los cuales 8 estaban ubicados en Bogotá; fue un periodo de crecimiento para los grupos financieros, estancados entre los años 80 y 90 como consecuencia de las guerras y las reformas económicas, pero igual fructífero pues al ingresar al siglo XX, se consiguió estructurar una banca vigorosa y dinámica, especialmente con la instauración del Banco de la República en 1923 y la ampliación de las instituciones privadas.

Además de señalar el nacimiento de la banca en la Bogotá finisecular, me interesa destacar la relación de ésta con nuevas dinámicas espaciales y con el desarrollo arquitectónico de la ciudad. La existencia de un sistema financiero permitió que las propiedades expropiadas a la iglesia durante los años de la desamortización, así como las que fueron vendidas o parceladas, nutrieran un mercado hipotecario capitalista que se convirtió en un respaldo frente a la desconfianza e inestabilidad que suponía el papel moneda; desde ese momento, los negocios relacionados con la propiedad y con la urbanización se encontraron mucho más atados a las transformaciones y dinámicas de un capital mediado por el mundo financiero. Si analizamos, por ejemplo, cómo al incrementarse los préstamos y los créditos para la inversión en bienes raíces, la ciudad fue testigo de cambios en su estructura urbana,

---

<sup>34</sup> Fundación Misión Colombia. ob.cit. Tomo III – Siglo XIX. Pág. 34.

podemos entender el vínculo entre el desarrollo de una banca en la ciudad y su espacio. Como lo demuestra el estudio de Germán Mejía, con el aumento del flujo de dinero, producto del financiamiento, la ciudad experimentó un proceso de densificación, en la medida en que los espacios que antes servían de huertas, dehesas, o que se encontraban vacíos en el casco tradicional, fueron urbanizados para satisfacer la demanda de habitaciones, locales comerciales y en general, edificaciones que alojaran los nuevos negocios del siglo XX<sup>35</sup>; a su vez, como se señaló en un párrafo anterior, la aparición del eje norte entre el centro y Chapinero, abrió el lugar construido y permitió nuevos frentes de urbanización, aprovechados por los sectores pudientes para establecer quintas y construir barrios exclusivos. Esto le dio a Bogotá un aspecto más congestionado, en el cual se identificaban estilos y materiales novedosos, una arquitectura de más altura y un ambiente que, si lo comparamos con el de principios del siglo XIX, podríamos tildar de efervescente.

Gracias a que contaban con el capital suficiente para importar tecnologías y estilos arquitectónicos –al menos para contratar a los diseñadores sintonizados con las modas- las sedes de bancos, fábricas y algunos comercios, construidos en Bogotá en el tránsito hacia el siglo XX y durante él, materializaron imágenes de una época por venir. Walter Benjamin señaló, en relación al hierro y a las arcadas de París, como estos materiales se convirtieron en una aspiración para la burguesía francesa, pues representaban un rompimiento con el pasado inmediato, con lo anticuado<sup>36</sup>. Aunque parte de un proceso diferente, las fachadas y los interiores de las oficinas bancarias bogotanas pudieron tener un efecto similar en sus capitalistas y políticos, y simbolizar una promesa de tiempos modernos. Las columnas, los paneles de vidrio y determinados adornos clásicos eran formas que diferenciaban a estos nuevos edificios de las viejas casonas coloniales, y ese contraste, relucía como un triunfo de las capacidades de una sociedad progresista, impregnada por el lujo y el esplendor de la era del capital. Bajo esta lógica, el hecho que un cronista de finales del siglo XIX

---

<sup>35</sup> Germán Mejía. *ob.cit.* Págs. 319–320.

<sup>36</sup> Walter Benjamin. *Paris, capital del siglo XIX*. Editorial Madero. México. 1971. Pág. 16.

escribiera, refiriéndose a la sede del Banco de Colombia, que la edificación poseía una elegante fachada de piedra arenisca, “cuyo primer cuerpo tiene cinco puertas, y sostiene un peristilo coronado por azotea, sostenida por cuatro columnas de orden corintio, elegante frontis, que recuerda más la fachada de un teatro que el de una casa en la que habita el **dios del siglo**”<sup>37</sup>, indica que la estética de la modernidad podía identificarse, bien con un pasado primigenio europeo, como con un presente dónde el dinero y la acumulación eran asumidos como deidad.

Es de suponer que ante el incremento de los flujos de dinero y de mercancías, la ciudad tuvo que acondicionar escenarios que alojaran las nuevas expresiones del comercio. Aunque las plazas públicas y las calles mantenían una función relevante dentro de los movimientos comerciales de Bogotá, los parámetros de la era del capital reclamaban la construcción de lugares para albergar las novedades y los negocios que emergían a medida que se ingresaba al siglo XX. La idea de reunir grupos de tiendas alrededor de pasajes y bazares, con diseños arquitectónicos vanguardistas, se constituyó entonces en una respuesta a ese requerimiento; allí, además de instituirse espacios destinados a una circulación mercantil afín a las aspiraciones del comercio finisecular, se reprodujeron ambientes cómodos y elegantes, sintonizados con los gustos estéticos de los tiempos modernos.

Varios comerciantes y capitalistas de la ciudad, inspirados quizás en las estructuras arquitectónicas de París, Londres y Nueva York<sup>38</sup>, intuyeron que la centralización de negocios en un local cómodo, decorado, protegido del sol y la lluvia, pero iluminado, podía atraer buena clientela. Era una época en la que los arquitectos y sus promotores buscaban establecer diferencias con estilos anticuados que reflejaban un orden obsoleto; bajo esa lógica, las fachadas de estilo francés, con capiteles y vanos

---

<sup>37</sup> Citado en: Alberto Escovar. ob.cit. Pág. 404. El subrayado es mío.

<sup>38</sup> Los pasajes parisinos fueron descritos de la siguiente manera: “Estos pasajes eran una de las novedades de la época. Eran galerías cubiertas, debidas a la iniciativa privada, donde se instalaron tiendas que prosperaron gracias a la moda”. Aunque entiendo que se trata de un proceso diferente al colombiano, esta descripción sirve como punto de referencia para entender la naturaleza de los pasajes: tiendas cómodas, que se nutren del capital particular y que obedecen a las modas de turno. Para una revisión profunda del fenómeno de los pasajes en la modernidad europea ver: Walter Benjamin. *Libro de los pasajes*. Ediciones Akal. Madrid. 2005.

amplios, y las edificaciones de dos o tres pisos, como las de los pasajes que se inauguraron en Bogotá desde finales del siglo XIX, eran una materialización de la fuerza transformadora del capital, y una evidencia de que ciertos individuos tenían la facultad de superar el rezago histórico que afectaba a la sociedad.

Las galerías Arrubla (1846)<sup>39</sup>, los pasajes Rivas (1891¿?), Navas Azuero (1891), Hernández (1918) y Cuervo (1888 – 1921) y el Bazar Veracruz (1898), fueron los ejemplos representativos de este aliento transformador que contagió a la iniciativa pública y privada<sup>40</sup>. En su interior funcionaron las oficinas de compañías de servicios, agencias de profesionales y tiendas de variedades que ofrecían sombreros, vestidos y accesorios; las características de estos espacios excluían los productos tradicionales del mercado semanal –carnes, frutos, hierbas, tejidos y animales- y optaban, más bien, por especializarse en las mercancías y servicios novedosos que aludían al avance material que se le quería imprimir a la ciudad.

Las fachadas simétricas, el uso del vidrio, del hierro y del cemento, y las novedades morfológicas de arquitectos como Mariano Sanz –quién había estudiado en la escuela real de Weimar-<sup>41</sup>, le imprimieron a los pasajes bogotanos un sentido de armonía y racionalismo; la arquitectura de altura y los materiales que “vencían a la gravedad” demostraron el triunfo del hombre sobre la naturaleza. Así mismo, la exhibición de las mercancías, la elegancia e iluminación de tiendas y oficinas, y el lujo

---

<sup>39</sup> Hay que destacar esta iniciativa por su fecha tan temprana. Efectivamente estas galerías fueron el primer esfuerzo por establecer una arquitectura distinta a la colonial. Una crónica de prensa de 1846 señalaba, que “...la galería... nos da muestra de lo que son los bellos edificios de Europa”. Por muchos años fue el único construcción “moderna” de la capital; fue destruido por un voraz incendio en mayo de 1900. Alberto Escovar. ob.cit. Pág. 396.

<sup>40</sup> Vale la pena indicar que algunos de estos proyectos tuvieron el apoyo financiero del gobierno. El Pasaje Cuervo, por ejemplo, contó con diversas partidas presupuestales de la Asamblea de Cundinamarca y del ministerio de obras públicas, lo cual no impidió que su construcción se dilatara por más de treinta años. En cuanto a la iniciativa privada, cabe mencionar la intervención reconocidos empresarios, como Leo Kopp, quien financió la culminación del Bazar Veracruz, y Pedro Navas Azuero, fundador de la Compañía Colombiana de Seguros quien construyó el paseo que llevó su nombre. Acá es interesante resaltar el hecho de que tanto el estado, como los personajes más acaudalados de la ciudad, estaban sintonizados con esa *renovación arquitectónica necesaria*, lo cual confirma, desde mi punto de vista, la amalgama entre los círculos dirigentes y los capitalistas –si es que se puede establecer tal diferencia-. Algunos datos históricos y morfológicos de estas edificaciones se pueden encontrar en: Alberto Escovar. ob.cit., Págs. 392 – 399 y Juan Carlos del Castillo. ob.cit. Págs. 45 – 48.

<sup>41</sup> *Ibíd.*

que se podía percibir al transitar por estas construcciones, ratificaron el papel central del capital -mercantil y financiero- en el proceso de modernización de la ciudad. Esto significa, desde mi perspectiva, que los pasajes se tornaron en espacios donde convergían la ciencia, la industria, el arte y el capital, y en ese sentido, se volvieron el escenario de los fundamentos primordiales del progreso<sup>42</sup>.

En Bogotá, durante las primeras décadas del siglo XX, era sencillo percibir las manifestaciones de un orden moderno que reposaba en el vigor del capitalismo. Los regímenes productivos tecnificados, el dinamismo del comercio y la consolidación de un sistema bancario que le suministraba capital a la iniciativa privada y al sector público, irrumpieron en la ciudad de la mano de la estética y de las imágenes del progreso, configurando así las bases de un orden *deseado* desde el ocaso decimonónico. Efectivamente, no fue un proceso equivalente al vivido por ciertas sociedades europeas –tampoco había que esperar que fuera así- en la medida que no hubo una industrialización profunda, ni una expansión de la burguesía y del capital con alcances tan ambiciosos; sin embargo, la presencia de un flujo de comunicaciones más eficiente, y de símbolos y estructuras materiales asociadas a esa modernidad con pretensiones universalistas constituyen, entre otros aspectos, una prueba fehaciente de que dichas manifestaciones estaban teniendo lugar <sup>43</sup>.

---

<sup>42</sup> Para profundizar en la relación entre imágenes del progreso y arquitectura ver: Mauricio Tenorio Trillo. *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880–1930*. Fondo de Cultura Económica. México. 1998. Pág. 14.

<sup>43</sup> Marshall Berman sugiere que la modernidad adquiere un carácter particular en los espacios *subdesarrollados*, particularidad que no deja de reproducir la contradicción inherente de la modernidad. Considero acertados aspectos de su interpretación en la medida que rescata el carácter dual de la modernidad universal, y se esfuerza por entender sus particularidades en contextos de *subdesarrollo*. Sin embargo, me parece que Berman establece una oposición muy categórica cuando plantea que “en los países relativamente atrasados, dónde el proceso de modernización todavía no se ha impuesto, el modernismo, allí dónde se desarrolla, adquiere un carácter fantástico, porque está obligado a nutrirse no de la realidad social, sino de fantasías, espejismos, sueños”. Hay que entender a la modernidad, no como un esquema monolítico que es trasladado de un lado a otro, sino como una estructura compleja compuesta por elementos que se transforman. En ese sentido, la modernidad que tiene lugar en Bogotá, o en América Latina, no esta compuesta de fantasías, sino de una realidad social que está cambiando, que es dinámica. Ver: Marshall Berman. *ob.cit.* Pág. 243–244.

### ***3.4 La escenificación de la estética y los valores del tiempo del progreso***

Para reafirmar el argumento de que desde finales del siglo XIX y especialmente, a principios del XX, Bogotá experimentaba un dilatado proceso de modernización que afectaba diversos aspectos de la vida de sus habitantes, me parece conveniente revisar elementos que no necesariamente estuvieron relacionados con el ámbito de la producción o el mercado. Así como considero que el surgimiento de un sistema financiero o el despegar de una industrialización dispersa y tímida pueden tomarse como señales que indican la presencia del relato moderno, también creo que analizar los gustos y los símbolos de jerarquía de quienes se esforzaban por implementar el orden y el progreso, puede servir para comprender mejor la discusión aquí planteada.

Con la evolución paulatina de una lógica que argumentaba la supremacía del capital, y que se debía a la riqueza y al progreso técnico, emergieron también ciertas manifestaciones culturales dirigidas a constituir una conducta ejemplarizante que reprodujera los gustos y valores de quienes compartían esa visión del mundo. En el caso de Bogotá, las elites buscaron convertirse en los portadores de ese comportamiento idealizado que sirvió para trazar los límites de la civilización; a través de la moda, la lúdica y las manifestaciones estéticas, las clases acomodadas establecieron una jerarquía cultural –que definía lo culto– que si analizamos con cuidado, podemos ver reproducida en el espacio urbano. Esta categorización de las costumbres se convirtió en una forma de establecer la diferencia entre quienes compartían los paradigmas de la modernidad, y quienes se encontraban rezagados y sometidos a prácticas primitivas.

La jerarquización de la población según sus hábitos y comportamiento es un fenómeno cuyos orígenes se remontan a tiempos coloniales, cuando el estatus era definido por la pertenencia a una nobleza que heredaba títulos y abolengo. En el siglo XIX, con el surgimiento de una elite con pretensiones nacionales, la distinción se redefinió en términos de linaje, es decir, desde “la pertenencia a un grupo social de

claro origen hispánico, asociado a marcadores racializados como la blancura y las facciones, y con una serie de rasgos y virtudes que hacía a sus miembros propicios para el ejercicio del gobierno”<sup>44</sup>. Con tales aspiraciones, las elites decimonónicas desarrollaron un modelo de individuo que se reconocía, en primer lugar, por su buen gusto, por su condición moral y por su civilidad; y en segundo lugar, por la condición ilustrada que le daban su capital cultural y sus pergaminos académicos, los cuales, simbolizaban un distanciamiento con los analfabetos o con las clases emergentes que accedían a la educación básica<sup>45</sup>.

No obstante que ya se habían establecido los límites sociales, y fijado las características de distinción, no fue sino hasta finales del siglo que los avances materiales y la acumulación de riqueza permitieron transferir esa jerarquización al espacio urbano. Durante gran parte del siglo XIX el ámbito privado sirvió de escenario para reproducir los símbolos de estatus de las clases dirigentes, ante lo cual la lúdica, las expresiones artísticas y los eventos de los privilegiados se encerraron mayoritariamente en las casonas y quintas de la ciudad<sup>46</sup>. Aunque había eventos que convocaban a diversos sectores de la población, fue con la creación de parques, teatros, clubes y alamedas –también de bancos y pasajes, entre otros componentes urbanos- que se exteriorizaron las señales que advertían la irrupción de un orden en el cual las burguesías empezaban a ocupar un escalafón cardinal de la jerarquía social.

Un informe de la Sociedad de Embellecimiento de Bogotá, una organización creada por las elites de la ciudad para velar por la conservación de lugares públicos, anunciaba a principios de 1924 que, en el marco de sus actividades, se habían logrado importantes mejoras en los jardines y parques municipales los cuales, según explicaba el citado informe, contaban con elegantes prados y frondosos árboles, y con ornamentos como candelabros de luz eléctrica, enrejados y kioscos para las “retretas

---

<sup>44</sup> Julio Arias. ob.cit. Pág. 29.

<sup>45</sup> *Ibíd.*

<sup>46</sup> El escritor argentino Miguel Cané describió así una casa de la elite bogotana, donde fue invitado a un evento en la década de 1880: “Llegaba al frente de una casa de pobre y triste aspecto, en una calle mal empedrada, por cuyo centro corre el eterno caño; salvado el umbral, que transformación! Miraba aquel mobiliario lujoso, los espesos tapices, el piano de cola Erhard o Chickering, y sobre todo, los inmensos espejos, de lujosos marcos dorados...” Citado en: Germán Mejía. ob.cit. Pág. 426.

que se organizaban los viernes”<sup>47</sup>. Si alguien hubiera realizado una descripción similar en la década de 1870, habría notado que los mencionados parques, eran entonces plazas con características coloniales, en las que escasamente aparecían los rostros del orden republicano; muchas conservaban la pila pública que servía para el abastecimiento de agua, mientras que otras, apenas advertían las primeras estatuas que evocaban a los héroes nacionales.

Este contraste entre plazas y parques, además de aludir a una transformación urbana, revela que a partir del último cuarto del siglo XIX los espacios que alojaban los mercados itinerantes y que servían de lugar de encuentro a un gran porcentaje de la población bogotana, empezaron a ser objeto de intervenciones para adecuarlos a una estética que, además de elegancia, exigía la reproducción del sentimiento patriótico. Así sucedió, por ejemplo, con las dos principales plazas de la ciudad: la de Bolívar y la de Santander. En ambas se prohibió la realización del mercado tradicional, y de su centro, se retiraron las pilas que proveían a la población; en su lugar aparecieron las estatuas de los próceres respectivos, las cuales fueron adornadas con jardines y encerradas con verjas para protegerlas de posibles daños<sup>48</sup>. En la nomenclatura de la ciudad, las dos plazas principales se volvieron también parques, como reafirmando que los lugares más tradicionales de Bogotá estaban adecuándose a los parámetros de las ciudades modernas.

Este fenómeno de renovación urbana sugiere que el intento por embellecer la ciudad con una decoración en la que resaltaran los valores patrióticos y los signos de elegancia promovidos por las elites, supuso la constitución de barreras físicas que limitaron el uso que la gente hacía del espacio. Aunque no he encontrado evidencias que indiquen que determinadas personas no podían ingresar a estos parques, la existencia de rejas –que en ocasiones permanecían cerradas por largo tiempo- y la

---

<sup>47</sup> Raimundo Rivas. *Informe del presidente de la sociedad de embellecimiento*. Imprenta Municipal. Bogotá. 1924. Págs. 1-7.

<sup>48</sup> En el caso de la Plaza de Bolívar (antes Plaza Mayor y de la Constitución) el mercado y la pila fueron retirados en 1846, año en que fue erigida la estatua del libertador. Sin embargo, no fue sino hasta 1881 que se plantaron los jardines y se levantó la cerca protectora. La Plaza de Santander (antes de las Yervas) fue adornada con jardines y fuentes hacia 1877, cuando también se instaló la estatua y se ordenó el cerramiento respectivo. Germán Mejía. ob.cit. Pág. 177.

presencia de celadores<sup>49</sup>, aluden a una política de jerarquización en donde los espacios que alojaban los símbolos del cambio –los kioscos, las bombillas eléctricas, los jardines, las estatuas- tenían que ser protegidos y cuidados de los robos o el vandalismo, comportamientos asociados a las clases pobres de la ciudad. En esta instancia aparece la inquietud de los sectores acomodados por constituir escenarios abiertos, en los cuales se pudieran apreciar los avances técnicos y las formas arquitectónicas afines al gusto de la burguesía. Sin embargo, tal exteriorización requirió de un esquema de control, encaminado a establecer una relación donde los lugares se volvían objetos exhibidos ante la gente.

Claro que el ánimo transformador no se limitó a los espacios abiertos, a aquellos lugares que irradiaban un cierto sentido de lo público. Para las elites capitalinas fue fundamental establecer escenarios que acogieran las actividades propias de su clase, en un contexto en que las novedades y las prácticas asociadas a las burguesías europeas resultaban, gracias al dinamismo de las comunicaciones, mucho más familiares que antes. Fue así como desde los años 80 del siglo XIX, algunos inversionistas privados –en ocasiones con el apoyo del estado- promovieron la construcción de teatros, clubes y campos deportivos, que sirvieron de sede a la ópera, al cine, a juegos de polo, y como centros de reunión de los ciudadanos más prestantes. Quienes buscaron exhibir las bondades de los avances técnicos y crear lugares para las prácticas que conferían estatus, hallaron en estos sitios espacios para reproducir sus aspiraciones de una sociedad con características modernas.

En la transformación que experimentaron los teatros, por ejemplo, se puede apreciar el interés por adecuar los espacios a los gustos de la burguesía emergente; en la medida en que los espectáculos se refinaron y tecnificaron, y ciertas manifestaciones culturales adquirieron un carácter más elitista, los escenarios que los acogían también tuvieron que modificarse. La construcción del teatro Colón en 1892, en predios que ocupaba el demolido teatro Maldonado, anunció en qué términos se

---

<sup>49</sup> El acuerdo 4 de 1913 reglamentó la existencia de un inspector de parques, quien tenía entre sus funciones el nombramiento de un ayudante celador y nueve celadores de segunda clase para cuidar estos espacios. Concejo Municipal de Bogotá. *Acuerdos y actas*. Acuerdo 4 de 1913. Bogotá.

estaban dando las propuestas de renovación: el viejo escenario<sup>50</sup>, de origen colonial, fue reemplazado por un edificio de estilo italiano con fachada de piedra, adornado con capiteles dorados, pinturas al fresco y palcos que determinaban las jerarquías existentes al interior del público. La edificación de otros teatros y cinematógrafos, como el Municipal (1881) y el Olimpia (1912), la aprobación de un contrato para la construcción de un “hipódromo al estilo europeo” (1891) y la proliferación de sedes para clubes sociales de estilo inglés, reafirman la idea de que existía la inquietud por modernizar el conjunto urbano<sup>51</sup>.

La capacidad que tuvieron las elites de invertir una riqueza que se incrementaba, y su interés por exhibir en el espacio urbano los signos que remitían a un orden capitalista, confluyeron a finales del siglo XIX en Bogotá de tal manera, que establecieron las bases de una nueva geografía de la distinción. Si en tiempos coloniales era el orden divino el que fijaba las normas de urbanización a través de las ordenanzas reales –para reproducir un sistema igual de jerárquico–, desde el ocaso del siglo XIX fue la lógica capitalista la que se encargó de orientar la distribución espacial según las exigencias de su sistema productivo y su ideología; la diferenciación de lugares asociados a las burguesías significó una fragmentación urbana que delató la existencia de clases sociales con rasgos cada vez más antagónicos<sup>52</sup>. Así, recintos que alojaban las actividades lúdicas y culturales de las elites, se volvieron espacios de

---

<sup>50</sup> En una visita a Bogotá, promediando el siglo XIX, el inglés Isaac Holton calificó el teatro Maldonado (antes Coliseo) como “posiblemente la construcción más fea que hay en Bogotá” y un lugar “donde los vendedores, los empleados y las guarichas se convierten en actores los domingos y otros días festivos por la noche...” Isaac Holton. *La nueva granada: veinte meses en los Andes*. Ediciones del Banco de la República. Bogotá. 1981. Pág. 198

<sup>51</sup> Alberto Escovar. ob.cit. Pág. 202; Concejo Municipal de Bogotá. *Acuerdos y actas*. Acuerdo 21 de 1891. Bogotá.

<sup>52</sup> Acá es útil la reflexión que hace Henri Lefebvre sobre la relación entre espacio y capitalismo. Su postura plantea que la existencia de una ciudad obrera y una burguesa es el resultado de una fragmentación urbana que responde a las exigencias del sistema de producción capitalista; es decir, que allí donde se reproducen las relaciones basadas en la acumulación de capital, la arquitectura y la planeación funcionan siguiendo su lógica. En el caso de Bogotá no sería prudente establecer una división tan tajante entre una ciudad de burgueses y una de obreros, pues no se percibe una distinción de clases tan marcada. Sin embargo, el esquema utilizado por Lefebvre para explicar la incidencia del capitalismo en el orden urbano resulta adecuado para comprender el caso bogotano. Henri Lefebvre. *Espacio y política*. Ediciones Península. Barcelona. 1976.

prestigio, y por lo tanto, sedes de la civilización, la moral, la buena conducta y los demás valores que, desde los parámetros de la modernidad, definían las jerarquías

Para ilustrar lo anterior quisiera recurrir a un ejemplo que muestra, desde mi punto de vista, cómo se construyó una percepción discriminatoria de los lugares, dependiendo si sus asistentes pertenecían o no a las elites capitalinas.

En una misiva de 1912, un grupo de ciudadanos, entre los cuales se cuentan algunos políticos reconocidos, levantaron la siguiente denuncia:

De manera muy respetuosa nos permitimos llamar la atención del Honorable Consejo hacia el gravísimo peligro que entraña para la juventud y para la sociedad en general la existencia de ciertos establecimientos en los cuales [...] se juegan juegos de suerte y azar terminantemente prohibidos por la ley. Alarmante es la manera como han venido aumentando estos focos de perdición: cada día aparece uno nuevo en las calles más centrales de la ciudad... [...] A estos establecimientos verdaderas casas de juego disfrazadas con el título de Clubs de esparcimiento, en donde se tallan con los nombres de “Bolita”, “Caballitos”, “Rolete” [...] concurren estudiantes, empleados y obreros que van á (sic) dejar en las cajas de los empresarios el fruto de su labor, adquiriendo, en cambio, perniciosos hábitos de holgazanería.<sup>53</sup>

Finalizando la denuncia, los firmantes le pedían al consejo que cerrara estos inmuebles por el bien de la sociedad. El mismo año, el presidente del Jockey Club, le escribió al alcalde para que este tuviera en cuenta el siguiente caso:

Pido a usted respetuosamente se sirva eximir a dicho centro (al Jockey Club) el pago de derechos municipales y por consiguiente de las visitas de inspección que se practican en las casas de juego. Me fundo para hacer esta petición en las razones siguientes [...] En que este club es una casa particular que tiene estatutos privados, los cuales prohíben en absoluto todo juego de suerte y azar, y á (sic) la cual no pueden entrar sino sus socios. Además los derechos que la administración **cobra a los jugadores** no constituyen en absoluto un negocio, sino que sirven únicamente para el sostenimiento de esta. [...] El Club tiene el honor de contar entre sus socios honorarios al Presidente de la República, al Gobernador de Cundinamarca, al mismo Sr (sic) Alcalde de la ciudad [...] por cuya razón nada podría pasar en él que no estuviera de acuerdo con la más

---

<sup>53</sup> Concejo Municipal de Bogotá. *Acuerdos y Actas*. Folio 444, 1912. Bogotá.

completa corrección y cultura. Además sus comedores y salones son frecuentados por señoras de la alta sociedad<sup>54</sup>

Hay acá un claro contraste entre dos espacios que lucen similares. La distinción que se establece no radica en que en uno se apueste y en otro no, pues queda claro que en ambos casos está presente el juego y el dinero. El problema está planteado en términos de quienes frecuentan esos lugares y cómo, a partir de ese parámetro, uno puede ser sede de perdición y el otro sede de virtud. Aquel que aloja los gustos, las modas y la conducta de la elite, es presentado como escenario de los valores positivos que exige la era del progreso, mientras que el otro, al que asisten los obreros y los empleados, se convierte en su contradicción, y por lo tanto, en un obstáculo para alcanzar la civilización. Esa condición torna a este último en un espacio de lo marginado, y por lo tanto, lo hace susceptible de la intervención estatal que pretende garantizar un orden anhelado; además, establece una clara diferencia entre las sedes que alojan manifestaciones vinculadas con el pasado y con lo popular, y aquellas que representan el porvenir y el futuro donde se aloja la excelencia. No conozco una respuesta a la primera solicitud, pero en lo referente a la segunda, se determinó que “un centro social, de la categoría del Jockey Club, no podía estar sometido ni al pago de impuestos, ni a la vigilancia por parte de la policía”<sup>55</sup>.

### ***3.5 Especialización del espacio, un análisis***

Es coherente suponer que si las estructuras económicas y culturales de la sociedad sufrieron una transformación paulatina, las dinámicas espaciales tuvieron que soportar un proceso de ordenamiento que redefinió los lugares, sus límites y sus funciones. El acercamiento de Bogotá a los principios que delineaban la modernidad favoreció, como ya vimos, la consolidación de espacios dedicados a la reproducción del capitalismo en los cuales se escenificaron los valores de las burguesías; esto jalonó un proyecto urbano particular que modificó el panorama que tenía la ciudad hasta ese

---

<sup>54</sup> Concejo Municipal de Bogotá. *Acuerdos y Actas*. Folio 106, 1912. Bogotá. El subrayado es mío.

<sup>55</sup> *Ibíd.*

momento. Por eso, me parece significativo aportar una interpretación que analice los términos de esa transición, especialmente, desde las políticas de exclusión y la dialéctica del progreso<sup>56</sup>, dos elementos que considero recurrentes dentro de las dinámicas espaciales que tuvieron lugar en Bogotá a lo largo del periodo en cuestión. Mi propósito es mostrar cómo la modernización, que dejó su marca en el paisaje de la ciudad, estuvo atravesada por las contradicciones propias del orden social existente.

Quienes han analizado el desarrollo urbano de Bogotá coinciden en afirmar que durante buena parte del siglo XIX la ciudad experimentó un proceso de densificación que no alteró significativamente los límites existentes desde tiempos coloniales; es decir, que antes que expandir la mancha urbana, Bogotá experimentó un crecimiento hacia dentro, que puede ser denominado como *centrípeto*<sup>57</sup>. Esto nos revela un escenario abigarrado, en el que el conjunto de los habitantes de la ciudad tuvo que compartir un mismo espacio que se estima, era de 250 manzanas en 1881<sup>58</sup>; allí debían convivir los burgueses, los pobres, los migrantes, los burócratas, el clero, y también las formas arquitectónicas que hasta ese momento conservaban muchos de los rasgos coloniales<sup>59</sup>.

Pero a partir de los años 80 y 90 este panorama empezó a transformarse a favor de un espacio más diferenciado que auspició la expansión urbana. Después de la desamortización de los bienes de la iglesia, el estado asumió la propiedad de numerosas tierras ubicadas en la periferia de la ciudad, las cuales, fueron rematadas

---

<sup>56</sup> Me refiero a una dialéctica entre la tradición y el progreso. Una interpretación sobre el ánimo progresista de ciertos sectores bogotanos, señala que tal interés “estuvo condicionado por la dicotomía entre el deseo de recuperar el pasado perdido y la necesidad incansable de renovar, destruir”. Esta postura refirma el carácter dual del discurso del progreso y evidencia cómo, ya por convicción o por falta de recursos materiales, los espacios asociados a la tradición convivieron con los de la modernidad. Adriana Suárez. ob.cit. Pág. 61.

<sup>57</sup> Germán Mejía. ob.cit. Pág. 359; Juan Carlos del Castillo. ob.cit. Págs. 35 – 41.

<sup>58</sup> Francisco Javier Vergara y Francisco José de Vergara. *Almanaque y guía ilustrada de Bogotá para el año 1881*. Imprenta de Ignacio Borda. Bogotá. 1881. Págs. 53 – 54.

<sup>59</sup> En el siglo XIX, las diferencias entre las casas eran bastante notorias a pesar de compartir espacios aledaños; al respecto, vale la pena hacer un comentario sobre la tipología de las viviendas bogotanas. En el siglo XIX se identificaban cinco tipos: las casas de una y dos plantas; las tiendas de habitación, que eran cuartos pequeños sin ventanas ubicadas generalmente dentro de casas mas grandes; las chozas o ranchos, construcciones humildes cubiertas con pajizas o ramadas; y las quintas, lugares asociados a las clases más acomodadas. Germán Mejía. ob.cit. Pág. 373 – 377.

posteriormente como una fórmula para obtener rentas, quedando en su mayoría en manos de personajes acaudalados que las aprovecharon como haciendas o como bienes especulativos. Paralelamente, y gracias al capital financiero, se aceleró la urbanización y la renovación urbana que derivó en un aumento de la demanda del suelo, y del precio de la propiedad y los arriendos. A todo esto habría que agregarle un proceso de migración, que como ya se señaló, favoreció un crecimiento demográfico en los albores del siglo XX.

Como consecuencia de la mediación directa del capital, se configuró un escenario en el que las clases acomodadas asumieron el control de las transformaciones urbanas planeadas, y bajo esa lógica, fueron ellas las principales promotoras de renovaciones inmobiliarias, construcción de nuevos barrios y venta de predios. Esto significó que los sectores empobrecidos, tuvieron que adaptarse a estas condiciones que los expulsaron a zonas periféricas poco apetecidas en el mercado, lo que también supone la creación de una dinámica espacial particular, producto de la exclusión<sup>60</sup>.

Inclinados por una estética moderna y con la capacidad económica para transformar el espacio, los dueños del capital convirtieron las manzanas cercanas a la Plaza de Bolívar –que era el centro político y religioso de la república- en la sede de las expresiones del lujo y la ostentación; los bancos, los pasajes, las oficinas y los clubes de caballeros se mudaron allí para reafirmar la aspiración burguesa de que el antiguo casco urbano alojara los paradigmas del progreso (Ver Mapa 4). Así mismo, la

---

<sup>60</sup> Existe una discusión historiográfica acerca de los factores que generaron esta jerarquización del suelo urbano. La postura más tradicional sostiene que este cambio fue el resultado de la movilización que hicieron las elites a partir de la década de 1930 en busca de hábitats afines a sus intereses, es decir, distintos a los de las zonas coloniales. Una posición más novedosa, refuta que las elites hayan sido el motor de esa jerarquización, y plantea que sus gestores fueron los sectores marginales, en tanto ellos iniciaron un desplazamiento por fuera del casco tradicional a principios del siglo XX. Creo que si hay que ubicar esa jerarquización en los albores del siglo pasado, pero no se puede pasar por alto que fue por la presión del capital sobre la zona centro y norte de la ciudad, que los grupos empobrecidos tuvieron que adelantar ese desplazamiento. En ese sentido, considero que este proceso sólo puede entenderse a partir de una mirada dialéctica que entienda que la constitución de espacios privilegiados genera espacios marginados. Para remitirse a la discusión historiográfica ver respectivamente: Peter Amato. *An analysis of the changing patterns of elite residential areas in Bogotá, Colombia*. Cornell University. New York. 1968; Adriana Suárez. ob.cit.

franja entre San Diego y Chapinero en el norte de la ciudad, se transformó en un apetecido lugar de recreo para la alta sociedad, que situó allí los predios del Polo Club, el colegio del Sagrado Corazón y el hipódromo de la Magdalena, este último, convertido en una alternativa a la fiesta de los toros que tenía un amplio sentido popular<sup>61</sup>. Esta distribución particular del espacio le permitió a los sectores dirigentes exhibir ante los inversionistas y banqueros extranjeros, así fuera someramente, señales que indicaba la presencia de una sociedad que avanzaba, en la cual era rentable invertir<sup>62</sup>.

Como parte de ese mismo proceso de diferenciación los tradicionales barrios de las Aguas en el oriente, San Victorino en el occidente, y las Cruces en el sur, se convirtieron en espacios relacionados con la industria, el desarrollo de los medios de producción y la marginación. En la primera se ubicaron las fábricas de cerveza, vidrios y loza, y a su alrededor aparecieron barrios obreros y arrabales habitados por los pobladores empobrecidos. En el occidente, respondiendo a la presencia de la estación del ferrocarril, se establecieron negocios vinculados al comercio, mercados de abastos, y empresas de transporte y comunicaciones. En las Cruces, reafirmando una tradición colonial, tomaron fuerza las canteras y los molinos, aprovechando los recursos que brindaba el pie de monte sur oriental. En esta porción de la ciudad se incrementaron las viviendas de artesanos y de gente humilde, se construyó el asilo de indigentes, de locas, el orfanato, y posteriormente, el barrio obrero de Villa Javier<sup>63</sup>.

Aunque hay que asumirlo como un proceso lleno de matices, la especialización del espacio según su función dentro del orden capitalista emergente fue un fenómeno que se empezó a percibir en Bogotá desde finales del siglo XIX<sup>64</sup>. El centro de la ciudad se reafirmó como la sede del poder político y económico, convirtiéndose en el espacio encargado de reproducir los símbolos que remitían a la supremacía del capital

---

<sup>61</sup> Juan Carlos del Castillo. ob.cit. Pág. 60.

<sup>62</sup> Adriana Suárez. ob.cit. Pág. 60.

<sup>63</sup> Alberto Escovar. ob.cit. Págs. 421 – 426; Juan Carlos del Castillo. ob.cit. Págs. 59 – 60.

<sup>64</sup> No busco argumentar que los procesos de producción son los únicos factores que determinan el orden del espacio urbano, en el caso bogotano hay que tener en cuenta, elementos como la topografía, la herencia colonial y el clima. Sin embargo, me detengo en un análisis que privilegia la relación entre el espacio y los signos capitalistas para mostrar la presencia de aspectos que remiten al discurso moderno.

y al progreso de la civilización; igualmente, la periferia norte, ubicada entre Bogotá y Chapinero, se tornó en un lugar de esparcimiento y residencia para las clases altas agobiadas con el ajetreo del centro. Por su parte, la periferia urbana de las Cruces, Santa Bárbara, las Aguas y Egipto, acogió los escenarios de la producción, en donde las contradicciones que emanaban de la modernización eran más notorias; alrededor de las fábricas aparecieron los arrabales en los que habitaban obreros, empleados, artesanos y familias pobres, dándole cuerpo a la ciudad temida, desaseada y oscura que se convirtió en objeto de políticas higienistas y medidas orientadas a civilizar a la población.

La consolidación de espacios que alojaban los valores y los principios modernos provocó una fragmentación urbana caracterizada por el establecimiento de límites entre una ciudad que marchaba por la senda del progreso y una retrasada, rústica y en ocasiones “bárbara”. Tal ordenamiento desató una política de segregación en la que los individuos que pertenecían a las clases bajas, fueron paulatinamente desalojados hacia escenarios marginados, cuya imagen negativa fue reforzada desde la estigmatización que hacían los sectores acomodados. De esta manera, los beneficios que se desprendían del orden burgués no llegaron al conjunto de la sociedad, sino que por el contrario, se convirtieron en marcadores de distinción; la población relegada, en su mayoría indígena, negra y mestiza, resultó entonces excluida de las bondades que traía el capitalismo, y también de sus espacios<sup>65</sup> –o mejor, se trasladaron a los espacios que constituían su contradicción necesaria-.

Vale la pena señalar, para concluir con esta discusión, que el espíritu progresista que contagió a las elites bogotanas desde finales del siglo XIX, tuvo que convivir con la tradición presente, tanto en las costumbres, como en el espacio. De la misma manera que se buscaba la renovación para adecuar a la sociedad a los parámetros de la civilización, existió un interés por conservar ciertos elementos que

---

<sup>65</sup> Reafirmo que se trata de un proceso lleno de matices, que no supone la inexistencia de espacios donde pudieran mezclarse las elites y los marginados. Este análisis, por lo tanto, constituye un esfuerzo por abstraer un fenómeno de una realidad bastante heterogénea. En el siguiente capítulo profundizaré sobre el carácter de estos espacios contradictorios.

servieran de enlace con un pasado revaluado, básicamente hispánico y católico. Para diferentes sectores de la población bogotana era necesario establecer un equilibrio entre la modernización y la conservación de los templos, los edificios históricos y todo aquello que remitiera a un antes glorioso, habitado por oidores de “golilla al cuello y tizona al cinto”<sup>66</sup>; semejante petición establecía, sin embargo, una jerarquización de los símbolos antiguos, en donde parecían no tener cabida ni las tradiciones indígenas, ni las costumbres de los sectores populares. Ante esto, la ciudad de la década de 1920 siguió albergando espacios contradictorios que daban cuenta de un orden social que se debatía entre la dialéctica de la tradición y el progreso; realidad que se profundizó con las limitaciones económicas y materiales que impidieron adelantar todas las transformaciones requeridas de manera más contundente.

---

<sup>66</sup> En un boletín publicado por la Sociedad de Embellecimiento se planteó la búsqueda de un equilibrio entre “lo nuevo y lo viejo”. Allí se argumentaba, precisamente, que la ciudad debía conservar aquellas edificaciones que aludían a un pasado colonial glorioso, habitado por figuras distinguidas; pero al mismo tiempo, postulaba que se debía procurar por adelantar las transformaciones necesarias, acordes con el progreso de los nuevos tiempos. Sociedad de Embellecimiento de Bogotá. *Boletín*. Año 1, Número 4. Bogotá, 25 de junio de 1918.

**LA ESPECIALIZACIÓN DEL ESPACIO  
BOGOTÁ A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX**



*Fábricas e industrias*

- 1A Materiales de construcción Ricardo Castro
- 2A Tubos Moore
- 3A Ladrillos Calvo
- 4A Loza Bogotana
- 5A Cerveza la Rosa Blanca
- 6A Cerveza C. Cuervo
- 7A de Velas
- 8A Fósforos Vargas y Montenegro
- 9A Chocolates Chávez
- 10A Chocolates la Equitativa
- 11A Velas Joaquín Umaña
- 12A Cementos Samper
- 13A Máquina de Aserrar Joaquín Salazar
- 14A Loza Faenza
- 15A Jabón la Libertad
- 16A Jabón y Velas Ricardo Duarte
- 17A Vidrios Fenicia
- 18A de Cerveza
- 19A Cerveza Bavaria

*Bancos*

- 1B Crédito Hipotecario
- 2B Internacional
- 3B Prendario Municipal
- 4B de la Unión
- 5B Nacional
- 6B de Bogotá
- 7B de Colombia
- 8B Compañía Colombiana de Seguros
- 9B Popular
- 10B Hipotecario

*Pasajes*

- 1P Rivas
- 2P Navas Azuero
- 3P Galería de la Plaza Mayor (Arrubla)
- 4P Hernández
- 5P Veracruz
- 6P Rufino Cuervo

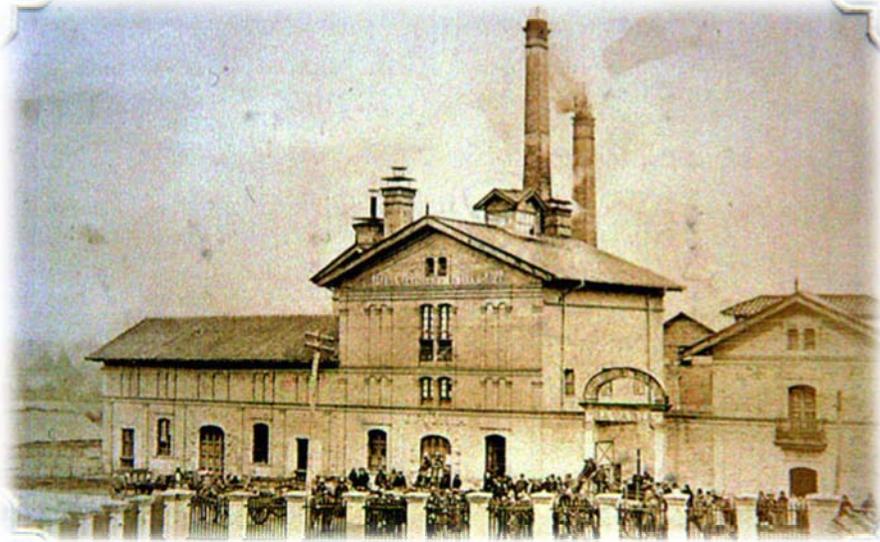
 *Zona cobijada por el decreto 35 de 1907*

 *Zonas de canteras*

Fuente: Alberto Escovar. Atlas histórico de Bogotá. 1538 - 1910.

Mapa 4

**La imagen de la industria con sus chimeneas humeantes**



**Ilustración 3:** Fábrica de Bavaria. Principios del siglo XX. Fuente: Museo de Bogotá.

**En los teatros aparecieron los símbolos de distinción de la modernidad**



**Ilustración 4:** Teatro Municipal. ca. 1905. Fuente: Atlas Histórico de Bogotá. 1538-1910.

## CAPÍTULO 4. LAS CONTRADICCIONES DEL ORDEN. CURACIÓN, REPRESIÓN Y RECHAZO

---



La proliferación de espacios dedicados a la reproducción del capitalismo y al enaltecimiento de los valores y la estética que lo convirtieron en un estado anhelado por ciertos sectores de la sociedad, puso de manifiesto que durante algo más de tres décadas (1890 – 1925) Bogotá sufrió un proceso de modernización cuyas implicaciones se percibieron en diferentes ámbitos. En primer lugar, la ciudad estableció un contacto más inmediato con las dinámicas del mercado internacional, lo que significó un desarrollo de las fuerzas productivas y de los flujos comerciales. Y en segundo lugar, en respuesta a este acercamiento, sus habitantes sintieron la presencia de las manifestaciones culturales y materiales que se identificaban con los principios del progreso, entendidos como elementos que garantizaban la riqueza y la prosperidad.

Como consecuencia de esta transición, inscrita en un proceso general que tendía hacia la internacionalización de las relaciones económicas y hacia la adopción del discurso universalista de la modernidad occidental, las elites bogotanas asumieron el papel de agentes con la capacidad y el deber de transformar a la sociedad; gracias al control que ejercían sobre los órganos de gobierno y al poder derivado de su potencial económico, pudieron insistir en la idea de construir un mundo que respondiera a sus necesidades y expectativas. La reorganización del entorno de acuerdo a los gustos y cánones burgueses que se imponían en los centros industriales contribuyó, bajo esta óptica, a la pretensión por transformar un contexto que lucía atrasado una vez se le miraba con los ojos del paradigma liberal de progreso.

Sin embargo, tales proyecciones no pudieron ocultar que con el desarrollo de un sistema capitalista más pronunciado se desarrollaron también sus contradicciones inherentes. El hecho que los sectores dirigentes promovieran una idea de individuo y de sociedad delineada por valores burgueses, no significó que sus contrapartes

definidas como anticuadas y “bárbaras” desaparecieran por completo; por el contrario, al establecerse parámetros más rígidos desde los cuales se calificaba la pertenencia a la civilización, aquellas prácticas y personas asociadas con el atavismo fueron marginadas de los escenarios privilegiados, y señaladas como un obstáculo que era indispensable superar. Si a esto le sumamos las condiciones sociales desfavorables derivadas de la migración, la industrialización, la competencia comercial y la especialización del espacio urbano, podemos suponer que en los albores del siglo XX Bogotá era una ciudad que buscaba modernizarse sobre una aglomeración de pobreza.

Y las elites bogotanas eran conscientes de ello. Sabían que el incremento de la miseria y el deterioro de las condiciones de vida en la ciudad marginada constituían una amenaza al orden que buscaban establecer. Daban por sentado, desde su perspectiva positivista e ilustrada, que aquellos lugares donde habitaba *el populacho* estaban sentenciados a reproducir los males de una raza considerada inferior, susceptible a asumir posturas políticas que terminarían convirtiéndose en un serio obstáculo de la transición hacia el progreso. Convencidos de que su tarea era garantizar la redención de la civilización, los sectores dirigentes bogotanos tomaron medidas, no para contrarrestar las contradicciones manifiestas, sino para asegurar un *statu quo* jerárquico establecido dentro de los parámetros del discurso moderno.

#### **4.1 Una amenaza social: la ciudad oscura y sus habitantes pobres, primitivos y revolucionarios**

Aunque desde la colonia Bogotá había albergado la pobreza, la marginación y una multitud de espacios en los que proliferaban la suciedad, los malos olores y las enfermedades, y a pesar de que entonces se habían redactado decretos y medidas para solucionar un problema que ocasionaba el desaseo de las calles, plazas, viviendas y la propagación de epidemias, no fue sino hasta finales del siglo XIX que esta situación se tornó un tema de profunda preocupación para la sociedad, y especialmente, para las

elites y su nueva sensibilidad burguesa<sup>1</sup>. Lo que en la ciudad colonial parecía un tema vinculado con la costumbre, al que se le prestaba atención cuando ocasionaba plagas de algún tipo, se convirtió, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, en un peligro que amenazaba con atomizar el proyecto civilizatorio, y por lo tanto, en una razón de peso que justificaba la puesta en marcha de medidas para supervisar la ciudad, y especialmente, a sus habitantes más pobres.

Para entender cómo se constituyó esta *amenaza social*, que como discurso animó las políticas de intervención sobre el espacio urbano, hay que tener en cuenta al menos dos factores vinculados con las dinámicas del siglo XIX. El primero tiene que ver con un deterioro significativo de las condiciones materiales de una población en crecimiento, en un contexto en el que la acumulación y el desarrollo de un régimen de trabajo capitalista acentuaron los contrastes socioeconómicos de los habitantes de la ciudad. El segundo factor, por su parte, puede definirse como un giro en la percepción que las elites tenían de los sectores marginados, a los que empezaron a concebir como un otro que representaba la antítesis de sus propósitos, y por lo tanto, como una anomalía dentro de la sociedad que pretendía construir un estado nacional. Bajo esta perspectiva, atravesada por una óptica científicista, las “gentes del pueblo” constituían un sujeto colectivo susceptible de ser corregido desde la legitimidad que se le concedía al paradigma moderno<sup>2</sup>. Así mismo, y gracias a la aceptación que entre ciertos círculos letrados tuvieron el naturalismo y la crónica como géneros literarios, muchos de los retratos sociales se tornaron más crudos y desesperanzadores, cargados de denuncias y enseñanzas morales; esto significó un contrapunteo con las posturas

---

<sup>1</sup> Carlos Noguera. ob.cit. Pág. 47.

<sup>2</sup> Así como los marginados de las ciudades, las comunidades indígenas, negras y campesinas que habitaban las zonas de frontera interna también se convirtieron en blanco de la intervención estatal. Estas poblaciones representaban, desde el paradigma científico, la barbarie frente a la civilización, y los otros distantes del progreso; como tal, permanecían al margen de los intereses nacionales y ese factor justificaba la acción gubernamental. Rafael Uribe Uribe, por ejemplo, hizo advertencias en el sentido de que los indígenas existentes amenazaban con multiplicarse y poner en peligro la nacionalidad colombiana, lo cual hacía urgente la implementación de una política de reducción. La ley 89 de 1890 buscó responder tales súplicas. Para profundizar en el tema ver: Roberto Pineda. “La reivindicación del Indio en el pensamiento social colombiano”. En: Jaime Arocha y Nina Friedeman. *Un Siglo de Investigación Social*. Editora Etnos. Bogotá, 1998; Julio Arias. ob.cit. Págs. 52–56.

románticas y sus descripciones idealizadas del mundo, y por lo tanto, el surgimiento de una perfil de la ciudad amenazante y tenebrosa.

Numerosos artículos de prensa de finales del siglo XIX y principios del XX coinciden en describir a Bogotá como un lugar repelente, apestoso y contaminado; como una ciudad colmada por la inmundicia, impregnada con un tufo a estiércol, orines, alimentos podridos y toda clase de olores nauseabundos que corrían por sus calles y plazas<sup>3</sup>. Uno de ellos, resaltaba que “la gran cantidad de sustancias de origen animal-vegetal que los aguaceros arrastran, es un laboratorio permanente de gérmenes”, y señalaba como los vallados de la ciudad lucían repletos de aguas sucias, espesas, en plena descomposición y llenas de excrementos que impedían el desagüe de las cañerías<sup>4</sup>. Otro artículo, a propósito de la devastadora epidemia de gripe de octubre de 1918, titulaba que la ciudad estaba en “manos del microbio” y a continuación, desplegaba descarnados retratos que revelaban en sus páginas un cuadro desolador<sup>5</sup>. Parecía que Bogotá apestaba, y ante este escenario, los periodistas y las personas dedicadas a la crónica no podían ocultar su desagrado.

Aunque deben ser comprendidas dentro del contexto histórico-social que supone la emergencia del discurso higienista –del cual me ocuparé más adelante-, estas imágenes revelan un panorama en el que las condiciones de vida en la ciudad lucen supremamente deterioradas. Con el aumento de la población sin acceso a tierras, sin capacidad de costear un arriendo, ni de recibir financiación para construir una casa propia, Bogotá soportó un crecimiento significativo de los arrabales ubicados en la periferia. Las personas que llegaron en busca de trabajo, expulsados de sus lugares de origen por las guerras civiles o por la presión agraria, encontraron una ciudad saturada y hacinada, en la que la mayoría de las propiedades rurales, las casas

---

<sup>3</sup> Es una imagen recurrente de las ciudades colombianas de finales del siglo XIX –aunque también puede ser la imagen de otras ciudades del mundo-. En *El amor en los tiempos del cólera*, por ejemplo, Gabriel García Márquez hace una descripción similar de Cartagena; aunque dentro de la narrativa literaria, su retrato nos remite igual a una ciudad asfixiada por la insalubridad, los muladares y las epidemias. Gabriel García Márquez. *El amor en los tiempos del cólera*. Editorial Diana. México. 1985. Págs. 118 – 129.

<sup>4</sup> Josué Gómez. “Las epidemias en Bogotá”, en, *Repertorio Colombiano*. Vol. XVIII. Bogotá, 1898. Citado en: Carlos Noguera, ob.cit. Págs. 52 -53.

<sup>5</sup> “En manos del microbio”. *Revista Cromos*. Vol. VI. Número 138. Bogotá, Noviembre 2 de 1918.

y las edificaciones estaban habitadas, o hacían parte de un encarecido mercado inmobiliario al que les era imposible acceder<sup>6</sup>. Ante tal realidad, su única opción fue la de construir chozas o alquilar devaluadas tiendas de habitación en las zonas del pie de monte oriental y el sur, una franja de terreno que no se encontraba tan sometida a las dinámicas del mercado, como si lo eran las tierras planas y productivas del occidente y el norte<sup>7</sup>.

Este fue el detonante de un proceso de urbanización irregular que se extendió, principalmente, por los barrios de Las Aguas, Las Cruces, Santa Bárbara y San Victorino; a partir de ese momento, las características de las viviendas, su entorno y sus habitantes convirtieron a estos lugares en el prototipo de la ciudad despreciada y condenada, a la que era urgente señalar y corregir. Las tiendas, que se volvieron las viviendas más populares del siglo XIX<sup>8</sup>, eran habitaciones que rara vez superaban los dos metros cuadrados, con una puerta, una ventana pequeña y escasa ventilación; su interior servía como cocina, comedor, salón y cuarto de cama<sup>9</sup>, constituyendo un espacio indiferenciado que invitaba al “desaseo y a la promiscuidad”. El área externa, que con las lluvias se volvía fangosa y con el sol polvoriento, carecía de cualquier tipo de infraestructura sanitaria y su función era más la de corral, huerta y baño público<sup>10</sup>. Sus habitantes, las clases más pobres, eran asociados con costumbres primitivas, con la delincuencia y con el ocio, lo que ameritaban la acción de las medidas civilizatorias que estaban en manos de las autoridades.

---

<sup>6</sup> Germán Mejía señala que a partir de 1870 una mayor cantidad de personas tuvo como única opción de vivienda las tiendas y las chozas, pues el incremento demográfico de esos años, y el que se produjo al iniciar el siglo XX, desbordó significativamente la oferta de casas y habitaciones mínimamente dignas. Germán Mejía. ob.cit. Págs. 380 – 381.

<sup>7</sup> Eran productivas en varios sentidos: Permitían el desarrollo de la ganadería extensiva y la agricultura, pero también, la especulación para una urbanización futura.

<sup>8</sup> Germán Mejía. ob.cit. Pág. 380.

<sup>9</sup> William Scruggs. *The Colombian and Venezuelan republics*. Little Brown and Company. Boston. 1910. Pág. 68.

<sup>10</sup> Pese a que no se puede afirmar que a principios del siglo XX los barrios prestantes de la ciudad contaran con un sistema de acueducto y alcantarillado extendido y eficiente, la prioridad de las empresas privadas, y posteriormente del municipio –al menos hasta bien entrado el siglo XX-, si estuvo orientada a remediar las carencias de las zonas donde estaban los comercios, los edificios del gobierno y las familias que podían costear la instalación del servicio. Ver: Fundación Misión Colombia. ob.cit. Tomo I – Siglo XIX. Págs. 37 – 69.

Además de enfrentarse a la escasez de viviendas adecuadas, la población pobre de la ciudad tuvo que buscar fuentes que le garantizaran la supervivencia. Si bien algunos hallaron oportunidades laborales en el sector industrial emergente y otros se emplearon como sirvientes, jornaleros, o en algún oficio remunerado, muchos no tuvieron más opción que la mendicidad, las actividades proscritas o el delito. Según se percibe en las fuentes históricas del periodo en cuestión, la presencia de ladronzuelos, de vagos, de indigentes y de prostitutas aumentó en Bogotá desde finales del siglo XIX, lo que representaba, para uno de estos cronistas, una clara evidencia de los efectos de la pobreza y la miseria en la ciudad<sup>11</sup>.

Para contemplar mejor este panorama sombrío sería útil reproducir algunas de las descripciones que nos remiten a la apariencia de estos arrabales y a su contexto. La siguiente hace parte de una tesis de medicina de 1915 que se presentó en el marco de un proyecto para construir viviendas exclusivas para trabajadores:

Sale el obrero del taller o del edificio en construcción donde ha permanecido todo el día respirando una atmósfera cargada de humo, ceniza o polvo, se dirige a su hogar y [...] (*lo que*) halla es un cuarto estrecho mal ventilado y sucio donde están amontonados en completa confusión utensilios de toda especie con los escasos víveres de la familia. [...] Para completar la escena de miseria, tenemos también que son huéspedes de aquella habitación tres, cuatro o seis gallinas y su correspondiente gallo, uno o dos gatos, por lo menos dos perros y alguna que otra paloma. Y no sólo esto: [...] hace pocos días los periódicos dieron cuenta de que en el mismo cuarto en que había muerto una mujer de disentería gangrenosa y permaneciendo todavía el cadáver en la habitación, un hombre estaba desollando un carnero. [...] ¿Dónde se arrojan las deyecciones de los habitantes y las basuras de esta insalubre habitación? [...] la mayor parte son arrojadas a la calle donde con el agua llovida, los orines y el agua sucia que han servido a los habitantes forman charcos....<sup>12</sup>

A pesar de que en ese mismo periodo se hacían esfuerzos por constituir espacios consagrados a la riqueza, al lujo, a la comodidad, al desarrollo de las fuerzas

---

<sup>11</sup> Germán Mejía. *ob.cit.* Págs. 277–286.

<sup>12</sup> La descripción se extiende y conserva un tenor similar. José Gaitán Hurtado. *Higiene de barrios obreros. Tesis para doctorado en medicina y cirugía.* Tipografía Salesiana. Bogotá. 1915. Págs. 7-8.

productivas y al progreso, estas imágenes revelan un deterioro paulatino de las condiciones materiales de los bogotanos, especialmente de los humildes. El aumento de la pobreza, la pauperización y el crecimiento de los arrabales, la profundización de la crisis sanitaria y la emergencia de conflictos asociados a la delincuencia y a la indigencia, confirman como en el tránsito hacia el siglo XX la ciudad tuvo que enfrentarse con situaciones de marginalización cada vez más penosas y generalizadas. Al parecer, el proceso de proletarización y la mediación del capital en el acceso a la vivienda, a la tierra, a los servicios y a los bienes, perjudicó a más gente de la que benefició, lo que resulta paradójico si tenemos en cuenta que fueron precisamente estos factores los que convirtieron a Bogotá en un polo de atracción. Con este fenómeno se esboza, desde mi punto de vista, el carácter contradictorio de un orden socioeconómico incapaz de distribuir la riqueza y sus beneficios, orientándose más bien hacia la definición de procesos excluyentes destinados a diferenciar a la población y sus espacios.

La profundización de la miseria no fue el único factor que contribuyó a consolidar la idea de una *amenaza social*; como lo mencionaba anteriormente, tuvo que existir una transformación en la percepción y en el discurso de las elites sobre los sectores marginados para que un problema, que no era del todo novedoso, se convirtiera en foco de acciones y políticas gubernamentales como las que se aplicaron en Bogotá.

Con la emergencia del discurso científico y de los valores morales de la sociedad burguesa a finales del siglo XVIII en Europa, las cuestiones medicas y biológicas se convirtieron en asuntos políticos, y las costumbres, el cuerpo y la intimidad, en blancos del quehacer institucional que buscó su regulación. El aseo, la incidencia del clima, el comportamiento de los individuos, la arquitectura diseñada para la circulación del aire, de la luz y para la supresión de los olores, se fundieron en

un mismo planteamiento que se volvió prioritario cuando se establecieron los parámetros de la tarea civilizatoria<sup>13</sup>.

La vigencia del positivismo y del evolucionismo allanó el camino para que estas posiciones políticas y filosóficas tuvieran acogida en Colombia, especialmente, durante la segunda mitad del siglo XIX; a través de manuales, publicaciones médicas, cartillas y tratados editados en Europa, la dirigencia nacional asumió el discurso higiénico como propio y lo combinó con su percepción racista de la sociedad. Si tenemos en cuenta que a diferencia de otros países latinoamericanos, Colombia no desarrolló una política eugenésica tan amplia, orientada a intervenir la composición genética de la mayoría de la población, la higiene pública y el control sobre la población resultó la forma más apetecida de contrarrestar lo que era percibido como un obstáculo para el progreso<sup>14</sup>. A partir de ahí, la idea de que el país necesitaba superar las condiciones adversas que le imponía su pasado bárbaro y su geografía, y la noción de que era urgente promover la higiene física y moral del *pueblo* se tornaron responsabilidades de las elites<sup>15</sup>: los poseedores de las herramientas científicas que aseguraban la cura de aquello que se tenía por una enfermedad colectiva.

Tras valorar la situación sanitaria y social en que se encontraba Bogotá a finales del siglo XIX, no resulta descabellado pensar que los argumentos políticos y biológicos del discurso higienista adquirieran un carácter casi paradigmático. Desde la mirada de las elites, la ciudad oscura, contaminada y poblada por mestizos, indios y negros, se convirtió en el contenedor de un germen que atentaba contra la civilización, la urbanidad y la disciplina. Al identificar la presencia de espacios indeseados y peligrosos, este discurso también reconoció la existencia de una población que habitaba y frecuentaba esos lugares proscritos; bajo este planteamiento,

---

<sup>13</sup> Aquí son útiles los aportes de Michel Foucault, en especial, los referentes al “biopoder” y “al buen encauzamiento”. Su argumento sostiene que entre los siglos XVIII y XIX, la política de las sociedades modernas asumió la función de supervisora y adiestradora de los individuos, constituyendo una técnica de racionalización encaminada a “hacer vivir y dejar morir”. Ver: Michel Foucault, *Defender la sociedad*. ob.cit. Págs. 217-237; *Vigilar y castigar*. Fondo de Cultura Económica. México. 2005. Págs. 175-198.

<sup>14</sup> Carlos Noguera. ob.cit. Pág. 98.

<sup>15</sup> Zandra Pedraza. *En cuerpo y alma. Visiones del progreso y la felicidad*. Universidad de los Andes. Bogotá. 1999. Págs. 110-118.

la imagen en la que *el populacho* aparecía como una masa indistinta con rasgos de barbarie y atraso se convirtió en la representación del *otro*; el mismo *otro* imaginado por el presidente Rafael Reyes en sus viajes por la amazonía, pero esta vez, vinculado al ámbito de la ciudad.

A partir del reconocimiento de un sujeto colectivo al que se asociaba con la antítesis del hombre moderno proyectado, una importante porción de los políticos, médicos e intelectuales colombianos promovieron una imagen de los sectores marginados en la que se destacaba una clara tendencia hacia la degeneración<sup>16</sup>. Desde el punto de vista biológico se consideraba que la presencia de una raza enferma, ignorante, débil y atada a costumbres primitivas, delataba la ausencia de un hombre apto para la producción, que fuera afín a las exigencias del progreso<sup>17</sup>; se pensaba también que los climas tórridos, el aire viciado y los “territorios salvajes”, que constituían la mayor parte de la geografía nacional, determinaban negativamente a la población, reforzaban su estado de inferioridad y permitían la propagación indiscriminada de enfermedades<sup>18</sup>. Bajo esta lógica, las elites bogotanas que se percibían blancas, y circunscritas a un clima frío y sano, similar al europeo, vieron en los indios, en los mestizos, en los negros, en los pobres y en los migrantes de tierra caliente a esa masa indiferenciada que constituía un obstáculo para sus intereses; con esa óptica, concibieron al *pueblo* como una raza que amenazaba el nuevo orden que buscaba la civilización, y lo convirtieron en el blanco de las políticas educativas y disciplinarias promovidas en el ocaso decimonónico.

Con el establecimiento de los caracteres biológicos que definían a los habitantes de la ciudad indeseada, también apareció la inquietud por regular la moral, las costumbres, y las tendencias políticas que podían vulnerar la obra civilizatoria.

---

<sup>16</sup> El planteamiento sobre la degeneración de la raza fue debatido por algunos médicos. Alfonso Castro, por ejemplo, sugería en la década de 1920 que los principales problemas de la población colombiana se debían a la pobreza y a la mala educación. Otros médicos buscaron defender la superioridad de la raza antioqueña a la que consideraban una acertada mezcla de las virtudes españolas, negras e indígenas. Sin embargo, entre los ilustrados y científicos bogotanos, el discurso de la degeneración del pueblo mantuvo un carácter preponderante. Ver: Carlos Noguera. ob.cit. Págs. 76-79; Julio Arias. ob.cit.

<sup>17</sup> Carlos Noguera. ob.cit. Pág. 75.

<sup>18</sup> Zandra Pedraza. ob.cit. Pág. 119.

Diversas actividades y prácticas como el consumo de alcohol, la prostitución, el crimen y la promiscuidad se convirtieron en males asociados a las clases más pobres de la ciudad, pues desde la óptica positivista estos individuos eran propensos a la degeneración y al vicio. De acuerdo con las publicaciones y los “documentos científicos” de finales del siglo XIX y principios del XX, la apariencia, la idiosincrasia y los espacios de los sectores populares, junto con las actitudes delincuenciales y las conductas anómalas, constituían un mismo “cuadro pavoroso” en el que se reflejaban los principales recelos de una elite que parecía temerle al *pueblo*<sup>19</sup>.

Las cartillas antialcohólicas de principios de siglo, por ejemplo, argumentaban que las desgracias que ocasionaba la embriaguez, como la mendicidad, la estupidez y el delito, eran padecidas en su mayoría por los comensales de las *chicherías* de la periferia de la ciudad. Una de esas publicaciones, refiriéndose al consumo de alcohol, planteaba que era “un factor poderoso en el aumento de la morbilidad y de la mortalidad que disminuía la natalidad y anulaba al alcoholizado y a su descendencia, privando de su concurso a la sociedad y al estado para los cuales se convertía en causa de incesantes perjuicios”; la cartilla concluía el párrafo asegurando que era “entre las clases obreras y trabajadoras, las realmente productoras, donde el alcohol hacía sus mayores estragos”. Sin embargo, esta embestida era matizada por la tolerancia hacia el consumo y la fabricación de cerveza, vinos y sidras –por no hablar de la importación de whisky o brandy-, y hacia los expendios manejados por “personas honorables” que garantizaran el cumplimiento de las leyes y el orden<sup>20</sup>; semejante contradicción revela que eran las clases populares y sus costumbres tradicionales las que constituían un peligro para la sensibilidad de las elites, pues estas últimas no tenían problema en adquirir, producir y promocionar las bebidas que los complacían.

Además de vincular al *pueblo* con ámbitos oscuros y contaminados, con costumbres primitivas y con comportamientos delincuenciales, el discurso positivista

---

<sup>19</sup> Carlos Noguera. ob.cit. Pág. 65.

<sup>20</sup> Anselmo Gaitán. *Exposición de motivos y proyecto de ley sobre lucha antialcohólica*. Imprenta Nacional. Bogotá. 1919. Págs. 8-11; Luis Cuervo Márquez. *Estadística de Consumo de Alcohol en Colombia*. Imprenta y Litografía de J. Casís. Bogotá. 1913. Págs. 20-21; Zandra Pedraza. ob.cit. Págs. 137-141.

de la dirigencia bogotana difundió la noción de que las clases populares, especialmente los obreros y los artesanos, servían de caldo de cultivo al socialismo, al anarquismo y al ateísmo, posiciones ideológicas que agredían directamente sus intereses en cuanto desafiaban el orden burgués, el estado y a la iglesia católica. Efectivamente, a principios del siglo XX las luchas y reivindicaciones obreras, próximas a planteamientos marxistas, liberales y anarquistas, ganaron notoriedad dentro del escenario político de Bogotá, lo que las convirtió en un tema de reflexión y preocupación de los círculos poderosos; aunque no se trataban, en todos los casos, de actitudes plenamente revolucionarias, su nexos con la imagen de masas populares devastadoras alimentó el temor existente<sup>21</sup>.

El acercamiento entre los movimientos artesanales que irrumpieron con fuerza a mediados del siglo XIX, y los sectores obreros vinculados al régimen fabril emergente, posibilitó la aparición de diversas asociaciones mutuales, obrero-patronales y sindicales que aspiraban mejorar las condiciones de miseria en que vivía un gran porcentaje de la población bogotana. Estas organizaciones, sin un mismo horizonte político, mezclaban convicciones socialistas, jacobinas, anarquistas y cristianas, constituyendo una gama ideológica amplia que transitaba entre la convicción por la revolución y la acción social como deber cristiano<sup>22</sup>.

Sin embargo, ante la notoriedad del fenómeno, un importante sector de la elite, afín al régimen conservador y a la iglesia católica, reconoció en esta diversidad un enemigo común al que era necesario neutralizar. No les bastaba con imaginar a un pueblo enfermo y degenerado que amenazaba el orden moral y racial de la nación, sino que ahora, lo asimilaban con un agente revolucionario aterrador, dispuesto a acabar con toda la civilización. “Permanezcamos mano sobre mano”, decía un

---

<sup>21</sup> El imaginario y el temor que la dirigencia bogotana tenía de las masas puede percibirse en discursos como el siguiente: “¿qué otra cosa sino manifestaciones socialistas esos tumultos populares que poseídos del triple odio característicos de aquella agrupación –odio al hombre, a la sociedad y a Dios– recorren plazas y calles, campos y caminos, asaltan, hieren, matan, roban, agitan la tea incendiaria, y consecuentes con la idea socialista, que palpita al estado latente en esos millares de cerebros, quieren transformar la sociedad destruyéndola de raíz?” Carlos Alberto Lleras. *La acción social y los barrios obreros*. Imprenta de la Cruzada. Bogotá. 1913. Pág. 7.

<sup>22</sup> Mauricio Archila. ob.cit. Págs. 89-93.

sacerdote denunciando la aparente indiferencia de la dirigencia bogotana ante el fenómeno socialista, “mientras el enemigo avanza, toma posiciones, emplaza su artillería y se prepara tranquilamente a ametrallarnos sin misericordia y a destruir la sociedad”<sup>23</sup>.

Al parecer, no era la existencia de una ciudad marginada, habitada por pobres, indios, locos, ebrios y prostitutas, lo que asustaba a las elites de Bogotá a principios del siglo XX, sino el hecho de que esa ciudad y sus pobladores se desbordaran para ocupar los lugares consagrados a la era de la modernidad. Visto a través del lente civilizador del discurso científico, el *pueblo*, entendido como un sujeto colectivo, se volvió racialmente inferior, degenerado, sucio, revolucionario, inmoral y por lo tanto, un factor desequilibrante que podía perjudicar los valores sociales y el régimen de acumulación. Entre tanto, los espacios que habitaba se convirtieron en nidos indeseables, colmados por las epidemias y el crimen, donde proliferaban aquellos males que desafiaban el orden. Esa misma óptica los convirtió también en una *amenaza social* que debía ser sometida al cuidadoso examen de la medicina, la ingeniería, la arquitectura y la política, las instancias encargados de guiar a la ciudad y a sus pobladores más desafortunados por la senda del nuevo paradigma.

#### ***4.2 Trabajando por una geografía saludable***

El reconocimiento que las elites bogotanas hicieron de ciertos factores como elementos constitutivos de una amenaza social, motivó algunas disposiciones cuyo principal objetivo fue educar, ordenar y restringir a una población asociada con la imagen de una ciudad en decadencia. Los barrios pobres, las actividades proscritas y las costumbres ancestrales, que desde el planteamiento de la dirigencia representaban signos de atraso y epicentros de infección<sup>24</sup>, reñían con los principios simbólicos y morales de las aspiraciones de la burguesía, y con las formas arquitectónicas que

---

<sup>23</sup> Carlos Alberto Lleras. ob.cit. Pág. 11.

<sup>24</sup> En este caso, el término “infección” no se refiere solamente a su denominación médica, sino que se extiende a la idea de que cualquier *mal* (la inmoralidad, la revolución, las epidemias) ya sea social, moral o físico, es susceptible de invadir un ente sano (la sociedad o el estado) y multiplicarse en su interior hasta destruirlo.

enaltecían el poder del capital, el lujo y los adelantos de la técnica. Esta incoherencia fomentó la convicción por establecer una geografía que atendiera a los postulados de la higiene, y de esa manera, garantizar un control más riguroso de la población y un ejercicio pleno del gobierno.

Pensar que las disposiciones que condicionaron la relación entre el espacio urbano y sus habitantes hicieron parte de una misma política coordinada, que actuó en diferentes ámbitos de la vida social, puede resultar una hipótesis apresurada, sobre todo si se tienen en cuenta las discrepancias ideológicas y las limitaciones materiales que existieron en Bogotá en la transición hacia el siglo XX. Sin embargo, el hecho que muchas de ellas respondieran al principio de “liberar” a la ciudad de los núcleos que amenazaban el orden, revela que al menos se había trazado un horizonte que definía el tono de las acciones que buscaban evitar un desastre sanitario y moral. La existencia de un consenso en torno a este problema permitió, ante la ausencia de una política integral, que los esfuerzos por construir una *geografía saludable* se convirtieran en un objetivo común de la clase dirigente bogotana; la ciudad proyectada debía crear mecanismos para suprimir las epidemias, el crimen, la vagancia y la obscenidad, o por lo menos, para confinarlas a lugares especializados que se encargaran de su tratamiento. A partir de ese momento se dictaron numerosas leyes y reglamentos para aislar, proscribir o eliminar elementos anómalos y peligrosos, que eran vistos como una amenaza para la sociedad en tanto atentaban contra la civilidad, la higiene y las buenas costumbres.

La reglamentación del ejercicio de la prostitución, un oficio que muchos sectores consideraban una amenaza moral e higiénica, es un buen ejemplo de cómo operó el control de la población en el espacio, y también, de cómo las políticas que guiaban estas acciones estuvieron mediadas por un discurso médico y científico que les concedía legitimidad. La proclamación de la sífilis a la categoría de amenaza social y el papel preponderante que se le dio como factor de degeneración racial, contribuyeron a que durante el último cuarto del siglo XIX la prostitución se convirtiera en un asunto de salud pública, y en un tema de controversia por los

perjuicios que le ocasionaba a la sociedad. Para los médicos y políticos bogotanos era evidente la relación entre el aumento de las enfermedades venéreas en la ciudad, la inmoralidad, y la presencia frecuente de prostitutas: la antítesis del modelo impuesto por una cultura católica y paternalista que imaginaba a la mujer en el hogar, casta y sumisa<sup>25</sup>.

Aunque existió un consenso alrededor del carácter nocivo de la prostitución, hubo discrepancias entre quienes la consideraban un “mal necesario”, que requería de un tratamiento específico; y quienes la percibían como un cáncer social: una plaga generadora de enfermedades que había que extinguir a toda costa<sup>26</sup>. Cercana a la segunda postura, la decisión de perseguir, capturar y desterrar a las meretrices, consagrada en un decreto del municipio de 1886<sup>27</sup>, fue una de las primeras y más drásticas medidas para acabar con el oficio; esta política partía de la lógica que eliminar a las prostitutas del espacio urbano era un acto de profilaxis que terminaría por librar a la ciudad de otros males peores. Sin embargo, las dificultades operativas y las críticas que recibió este modelo deslegitimaron las acciones puramente represivas, dando paso a procedimientos de control más especializados, enmarcados en el discurso de la medicalización y el derecho.

El decreto 35 de 1907, cercano a la posición del “mal necesario”, fue quizás uno de los reglamentos más completos sobre prostitución elaborado por la gobernación de la provincia de Bogotá; ante la imposibilidad de acabar con el oficio, se determinó obligar a las prostitutas a portar un carné, impedir la participación de menores de 15 años, levantar un registro minucioso para ejercer el control médico y policial, y autorizar el funcionamiento de casas de lenocinio en zonas específicas (Ver Mapa 4)<sup>28</sup>. Como era de esperarse, el mandato prohibió la presencia de prostíbulos en el centro de la ciudad y en la zona del norte que empezaba a perfilarse como un sector propio de las clases altas. Tal restricción circunscribió la actividad a los barrios populares de

---

<sup>25</sup> Zandra Pedraza. ob.cit. Pág. 14

<sup>26</sup> Diana Obregón. “Médicos, prostitución y enfermedades venéreas en Colombia (1886 – 1951)”. En: *História, ciências, saude – Manguinhos*. Vol. 9 (suplemento). Rio de Janeiro. 2002. Pág. 162.

<sup>27</sup> Carlos Noguera. ob.cit. Pág. 170.

<sup>28</sup> Diana Obregón. ob.cit. Pág. 168.

las Cruces, Egipto, las Aguas, San Victorino y Santa Bárbara, asegurando así el aislamiento, la ubicación y la individualización de los “focos corruptos” que agredían la sensibilidad de las elites<sup>29</sup>, pero también, generando un fenómeno de estigmatización de los sectores periféricos.

El caso de la prostitución fue apenas una de varias disposiciones orientadas a constituir lo que acá he denominado una *geografía saludable*. El acuerdo 7 de 1895, por ejemplo, prohibió el expendio de carnes dentro de un cuadrilátero de aproximadamente 160 cuadras<sup>30</sup>, continuando con la política que había ido desterrando los mercados de las plazas del centro de la ciudad (Ver Ilustración 7). El principal argumento fue que las carnicerías constituían un foco de insalubridad que era necesario trasladar a la periferia. Un acuerdo posterior, el 11 de 1907, condicionó su funcionamiento a la vigilancia e inspección de veterinarios e ingenieros expertos quienes debían verificar, entre otros detalles, que las paredes de los establecimientos estuvieran cubiertas con cal, que “las tasajeras fueran armadas con ganchos galvanizados” y que los pisos tuvieran “canales de lámina de cobre para recoger la serosidad y la sangre”<sup>31</sup>. Hay que tener en cuenta que estas determinaciones complementaron las iniciativas del gobierno y de inversionistas privados, quienes convencidos de la necesidad de higienizar la capital –y por ahí mismo hacer un buen negocio-, construyeron galerías y mercados, un edificio exclusivo para la venta de carne y un matadero municipal; obras respaldadas en modelos y estructuras modernas que se fueron culminando con el transcurrir de las décadas<sup>32</sup>.

---

<sup>29</sup> Germán Mejía. ob.cit. Pág. 284.

<sup>30</sup> El área dónde se prohibió el expendio de carnes estaba ubicada entre las carreras 4 y 13, y las calles 4 y 22. Se trata, prácticamente, del mismo cuadrilátero donde fue restringido el ejercicio de la prostitución. Municipalidad de Bogotá. *Acuerdos y Actas*. Acuerdo 7 de 1895. Bogotá.

<sup>31</sup> Consejo Municipal de Bogotá. *Acuerdos y Actas*. Acuerdo 11 de 1907. Bogotá.

<sup>32</sup> En 1864 se inauguró la primera etapa del mercado de la Concepción, el cual fue terminado hacia 1880; posteriormente, en 1893, se construyó un anexo para el expendio de carnes. En la década de 1920 se realizaron las obras del matadero municipal con la asesoría de la casa alemana *Ulen*, contratada por el gobierno para adelantar obras de ingeniería en el país. Ver: Consejo Municipal de Bogotá. *Memoria Municipal de Bogotá correspondiente al bienio de 1923 a 1925: mensaje del presidente del Consejo Municipal, señor Francisco Samper Madrid*. Imprenta Municipal. Bogotá, 1925; Germán Mejía. ob.cit. Pág. 219-220.

Similares fueron los pronunciamientos a favor de demoler los arrabales del oriente ubicados sobre el Paseo Bolívar, barrios empobrecidos a los que la Sociedad de Embellecimiento de Bogotá calificó de “terribles viveros de microbios” y “habitaciones mezquinas”; la explicación que sustentaba esta demanda era que aquellas viviendas, además de darle un “feísimo aspecto” a la ciudad, impedían la circulación del aire puro y contaminaban las cuencas hidrográficas<sup>33</sup>. Unos meses después de la publicación de esta propuesta y cuando la ciudad apenas se recuperaba de la devastadora epidemia de gripa de 1918, la Junta Central de Higiene determinó, mediante un acuerdo, que estas *chozas* debían reformarse para garantizar condiciones higiénicas óptimas, o de lo contrario, serían clausuradas<sup>34</sup>. Aunque la orden no fue acatada por ninguna de las dos partes –los habitantes no podían hacer las mejoras exigidas y las autoridades no podían dejar sin vivienda a tal número de población– resalta, en esta y en las demás determinaciones, el despliegue de procedimientos especializados que, apoyados en el discurso científico, se convirtieron en una pieza indispensable de las políticas que insistían en aislar los elementos peligrosos del epicentro de la vida urbana.

Claro que la consolidación de una *geografía sanitaria* no podía basarse, únicamente, en un proceso de exclusión que alejara todo lo indeseable. El discurso científico que avaló las determinaciones antes mencionadas también consideró necesario incorporar a la ciudad lugares consagrados al tratamiento de las anomalías, en los que fuera posible implementar un esquema de control que contribuyera al alivio de los males. Así, entre finales del siglo XIX y principios del XX, aparecieron en Bogotá varias instituciones hospitalarias y carcelarias con características modernas en las que la prioridad, antes que la reclusión de cuerpos amontonados e indistintos, fue el análisis, el diagnóstico y la curación de aquello que se consideraba enfermo.

Cuando los hospitales, los asilos, las escuelas y las cárceles se convirtieran en piezas significativas de los procesos disciplinarios, como consecuencia de la

---

<sup>33</sup> Boletín de la Sociedad de Embellecimiento de Bogotá. Número 4. Bogotá 25 de junio. 1918. Pág. 30

<sup>34</sup> Carlos Noguera. ob.cit. Pág. 68.

transformación de los métodos pedagógicos, médicos y penitenciarios a finales del siglo XVIII, la burguesía europea puso de manifiesto su convicción de que la ciudad apestanda sólo podía ser bien gobernada en la medida que se sometiera a la vigilancia y la inspección. Bajo esa lógica, las mazmorras y calabozos para recluir criminales y enfermos perdieron vigencia, dándole paso a instancias de control individual que respondían a los principios de *la división binaria* y *la distribución diferencial*<sup>35</sup>.

En el caso concreto de Bogotá, estas transformaciones fueron bastante pausadas, y aun después de construidas, las nuevas edificaciones y los métodos empleados para el control de enfermos y criminales tardaron en alcanzar un alto nivel de individualización, vigilancia y diagnóstico. Pese a esto, desde mediados del siglo XIX, se hizo manifiesto el interés por dotar a la ciudad de centros de reclusión y salud que substituyeran a los recintos coloniales, generalmente conventos y capillas que en virtud de la desamortización habían adquirido funciones civiles y militares.

La penitenciaría central de Cundinamarca, inaugurada parcialmente en 1881, fue el primer edificio que en Bogotá plasmó el rigor de esta nueva arquitectura disciplinaria. Diseñada por el arquitecto danés Tomas Reed en la década de 1850, la prisión sólo se concluyó en el siglo XX después de un dilatado proceso de construcción que supuso sucesivos cambios a la idea original; pese a ello, la estructura final, dotada de 205 celdas reforzadas, muros altos de calicanto, un salón para la guardia, almacenes para el servicio, una pequeña capilla y un hospital<sup>36</sup>, reprodujo la idea de aislamiento y vigilancia total sugerida en los primeros planos de Reed<sup>37</sup>. Es

---

<sup>35</sup> Tanto los términos subrayados como la interpretación anterior parten del trabajo de Michel Foucault. Refiriéndose a la *división binaria* y a la *distribución diferencial* apunta que “el asilo psiquiátrico, la penitenciaría, la correccional, el establecimiento de educación vigilada, y por una parte los hospitales, de manera general todas las instituciones de control individual, funcionan de doble modo: el de la división binaria y la marcación (loco–no loco; peligroso-inofensivo; normal-anormal); y el de la asignación coercitiva, de la distribución diferencial (quién es; dónde debe estar; [...]como reconocerlo)”. Michel Foucault. *Vigilar y Castigar*. ob.cit. Págs. 202-203.

<sup>36</sup> Francisco Javier Vergara. ob.cit. Pág.221.

<sup>37</sup> Aunque la prisión central fue denominada panóptico, su estructura de cruz no corresponde en rigor a la forma espacial anular propuesta por Jeremy Bentham, la cuál reproduce el principio del panoptismo: la vigilancia total. A pesar de ello, la prisión bogotana, si reprodujo una idea penal basada en la individualización y la supervisión constante, lo que supuso una novedad en relación con los dos centros de reclusión que entonces existían en la ciudad: la cárcel de detenidos y la municipal. Patricia Gómez.

cierto que los constantes problemas de hacinamiento y los malos tratos que afloraron durante los turbulentos años de la Regeneración y la guerra de los mil días, fortalecieron una idea de la penitenciaría llena de imágenes pavorosas, especialmente entre los círculos liberales que eran el principal blanco de la represión oficial. Sin embargo, al iniciar el siglo XX, con el clima político en aparente calma, la nueva penitenciaría se convirtió en un testimonio de los alcances de la ciencia penal y en un referente de progreso dentro del contexto arquitectónico de la capital.

En el terreno de la salud y la asistencia social las transformaciones fueron mucho más contundentes, básicamente, porque el patrocinio del sector privado y de las sociedades de beneficencia posibilitó la diversificación de las instituciones dedicadas al cuidado de enfermos e indigentes. Si se compara la cantidad y las características de los hospicios, asilos y hospitales que había en Bogotá en la década de 1880, con los que existían al iniciar el siglo XX, se puede percibir la creciente preocupación por dotar a la ciudad, no sólo de más recintos, sino de lugares que cumplieran los parámetros de funcionalidad que planteaba la ingeniería sanitaria.

De acuerdo con las fuentes históricas e historiográficas, hacia 1881 funcionaban en la capital dos asilos para indigentes y mendigos, un hospicio de niños huérfanos, y dos hospitales: el de caridad y el militar; eran en la mayoría de los casos, instancias para la población marginada y pobre que no tenía acceso a los médicos y especialistas particulares que atendían a los sectores acomodados. En contraste con este panorama, para los primeros años del siglo XX las condiciones del sistema sanitario habían cambiado significativamente. La ciudad contaba entonces con al menos ocho instituciones que se ocupaban, entre otros asuntos, del tratamiento de expósitos, de indigentes, de locos, de mendigos y de ancianos pobres; en ellas se recurría al principio de la diferenciación según el sexo, se formaba a los pacientes en “artes y

---

“Consideraciones sobre el origen tipológico del panóptico del estado de Cundinamarca”. *Revista Lámpara*. Vol. XXXI. No. 122. Bogotá. 1993. Págs. 24-34.

oficios”, y se aplicaba una rigurosa instrucción moral y religiosa cuyo objetivo primordial era erradicar los males asociados a la pereza, al vicio y a la obscenidad<sup>38</sup>.

Como parte de esta misma tendencia, las medidas que adoptó la ciudad a principios del siglo XX para mejorar las condiciones de los hospitales, y para establecer programas de salud colectivos, también contribuyeron a perfeccionar la transformación urbana con que soñaba un amplio sector de la dirigencia. Desde la década de 1900, en momentos en que las epidemias constituían un problema mayúsculo para Bogotá, se organizaron centros asistenciales que funcionaban bajo el principio de la *curación*: una idea novedosa que reñía con la noción tradicional del hospital como un simple asilo de moribundos. La casa de salud de Marly, un centro eminentemente privado, y las clínicas de la Misericordia y San Vicente de Paúl que ya funcionaban en 1910, fueron la materialización de estos primeros esfuerzos<sup>39</sup>. Luego, con la instalación de varios centros de emergencia durante la epidemia de 1918<sup>40</sup> y tras la construcción del moderno hospital de San José, quedó clara la intención de equipar a la ciudad con espacios consagrados a la salud en los que se atendía un mayor porcentaje de la población. Este último, inaugurado en 1925 después de sucesivos proyectos aplazados, fue reconocido como un referente de la vanguardia médica bogotana. Sus instalaciones privilegiaban la división en pabellones, la circulación del aire y la iluminación, ideas propias de la denominada ingeniería sanitaria<sup>41</sup>; además de eso, el centro contaba con un departamento de rayos X y una

---

<sup>38</sup>Germán Mejía. ob.cit. Pág. 438-439; Lisímaco Palaú. *Guía histórica y descriptiva de la ciudad de Bogotá*. ob.cit. Pág. 41.

<sup>39</sup> Germán Mejía. ob.cit. Pág. 439; Fundación Misión Colombia. ob.cit. Tomo III - Siglo XX. Pág. 22-23.

<sup>40</sup> Carlos Noguera. ob.cit. Pág. 61.

<sup>41</sup> Uno de los anteproyectos propuestos para la construcción de un nuevo hospital en Bogotá, el que posteriormente se convertiría en el San José, resumió de la siguiente manera el carácter que debían tener los centros de salud modernos: “El arte de construir un hospital cualquiera no es, hoy en día, el de hacer un bello edificio, sino el de hacerlo útil y que corresponda debida y prácticamente a su destino; además, el hospital moderno no es la morada del dolor y de la miseria, sino el laboratorio de la salud, y por consiguiente, todo en él debe concurrir a la consecución de un fin único, curar”. Benjamín Dussan. “Memoria descriptiva”. En: *El nuevo hospital de San Juan de Dios en “La Hortua”*. Informe que rinde la junta general de beneficencia del departamento a la asamblea de Cundinamarca. Bogotá. Imprenta del Departamento. 1922. Pág. 19.

sala de maternidad, lo que suponía la utilización de tecnologías que resultaban totalmente novedosas en el plano local.

Finalmente, el fomento de brigadas de salud, de jornadas de vacunación, de programas de nutrición y de campañas para prevenir males como el alcoholismo, la sífilis, la tuberculosis, la lepra y el paludismo<sup>42</sup>, se convirtieron en un excelente complemento a las medidas mencionadas. A través de ellas, las sociedades privadas y los organismos gubernamentales, que eran sus principales promotores, lograron ampliar su control sobre los asuntos de salud pública, mitigando los malestares que les causaba aquella ciudad indeseada, inmoral y enferma.

Si promediando el siglo XIX la imagen de los lugares para enfermos y criminales se nutría de escenas de dolor, miseria y tormento, al iniciar el siglo XX estos espacios empezaron a constituirse en sedes de la higiene, del orden y de los métodos científicos que concedían la curación, al menos desde la percepción de los ciudadanos. Para consolidar semejante cambio en el imaginario colectivo, los médicos, los ingenieros, los arquitectos y los políticos tuvieron que recurrir a las herramientas que les brindaba el conocimiento científico, que entonces ya se posicionaba como un nuevo paradigma que requería de la intervención de saberes expertos: la individualización de los cuerpos, la ventilación, la iluminación de los recintos, y la formulación de procedimientos minuciosos fueron señales inequívocas de la aplicación de esa tendencia.

Claro que esta transformación no consiguió solucionar las enormes contradicciones que se percibían en el contexto urbano, pues más que un plan para suprimir la insalubridad y las “anomalías sociales”, estas iniciativas y medidas constituyeron esfuerzos para garantizar un tratamiento moderno de estas; la falta de una atención adecuada de los sectores marginales y el deterioro de las condiciones de vida de los más pobres no dejaron de constituir realidades palpables, especialmente, en un escenario donde la migración, el hacinamiento y la pauperización seguían aumentando. Pese a esto, el anhelo de las clases acomodadas, de los círculos

---

<sup>42</sup>Zandra Pedraza. ob.cit. Págs. 135 – 151.

intelectuales y de las autoridades por constituir una geografía saludable empezó a adquirir un carácter más contundente, en la medida que se crearon mecanismos de exclusión y de tratamiento para los elementos que se consideraban nocivos para la ciudad.

### **4.3. “A educar al pueblo”**

La consolidación de un panorama urbano cada vez más próximo a los planteamientos de la estética burguesa, en el cual eran frecuentes las manifestaciones de un sector de la sociedad que se identificaba con el paradigma del capital y del progreso, originó cuestionamientos por aquel porcentaje mayoritario de la población que, viviendo en la ciudad, no procedía de acuerdo a los parámetros del sujeto moderno proyectado. Efectivamente, la imposibilidad de reemplazar comunidades que el discurso hegemónico calificaba de atrasadas, obligó a las elites bogotanas de finales de siglo a plantearse la necesidad de transformarlas para que sus conductas, sus costumbres y sus concepciones estuvieran sintonizadas con “los nuevos tiempos”. No bastaba la reproducción de espacios que enaltecieran la acumulación, el orden, la higiene y el progreso, también era indispensable promover la formación de individuos que se adaptaran al mundo y a la sociedad que emergía ante sus ojos.

Ante esta inquietud, el fomento de la educación y la implementación de métodos de instrucción concebidos para operar en diferentes ámbitos de la cotidianidad, se convirtieron en las estrategias preferidas por las autoridades para intervenir las rutinas y la idiosincrasia de los habitantes urbanos. Si tenemos en cuenta que los círculos intelectuales dominantes tenían sus esperanzas de progreso en los saberes experimentales, y en la instrucción generalizada de la población marginada<sup>43</sup>, podemos suponer que estas herramientas fueron bastante aceptadas entre quienes reconocían la superioridad de la ciencia y su rol como elemento transformador de la sociedad. De esta manera, las políticas para estimular la moral, la urbanidad, la higiene, y en general, cualquier factor que contribuyera con la

---

<sup>43</sup> Carlos Noguera. ob.cit. Pág. 37.

formación del individuo correcto y disciplinado, se volvieron parte fundamental del proyecto civilizatorio de las elites, quienes buscaba moldear un ciudadano que hablara, que trabajara, que se vistiera y que procediera de acuerdo al ideal proyectado por la modernidad.

Aunque la escuela fue considerada como un lugar privilegiado para la formación de ciudadanos, por ser un espacio en el que el alumno aprendía los contenidos necesarios para la vida “civilizada”, la idea de educar al pueblo fue una tarea que trascendió los centros de enseñanza, extendiéndose al ámbito del hogar, de la fábrica, del taller, de la cantina y a otros escenarios eminentemente privados donde se desenvolvía la vida cotidiana. Para las autoridades capitalinas no era suficiente educar al niño, pues a pesar de ser una labor importante, tal cosa limitaba la acción formadora al terreno del aula, descuidando todo un “mundo corrompido” que se encontraba por fuera de ella. Había que hacer lo propio con el padre, con la madre, con la familia, con el obrero, y en general, con todos los integrantes de la base social que de alguna u otra manera estaban asociados con comportamientos “atrasados”, y así completar una tarea que suponía sincronizar a una ciudad en transición y a sus pobladores. De esta manera, los planes de educación hicieron parte de un proyecto urbanizador que, como señala Carlos Noguera, fue “una acción por medio de la cual se pretendió controlar una masa poblacional determinada en función de la adquisición de unos hábitos y principios de convivencia. Parte importante del proceso de formación de estos nuevos hábitos tuvo que ver con el espacio y la manera como era habitado por la población pobre de las ciudades”<sup>44</sup>.

Para entender cómo operaron estas políticas, vale la pena analizar algunas de las determinaciones que buscaron, entre otras cosas, reglamentar el uso del tiempo libre, la convivencia familiar, la indumentaria y los patrones de consumo de los bogotanos. En todos estos casos se partió de un argumento en el que el sujeto aparecía representado como una dualidad que podía optar por dos comportamientos antagónicos: la maldad o la bondad, siendo este último el estado ideal que debía

---

<sup>44</sup> *Ibíd.* Pág. 149.

alcanzar la totalidad de la población urbana. Así las cosas, la estrategia de las elites consistió en identificar diferentes niveles de la estructura social para convertirlos en blanco de las medidas educativas; esto generó que además de los modales y la idiosincrasia de los individuos, la intimidad familiar, las relaciones que se establecían en el entorno de los obreros y las actividades que tenían lugar en el tiempo libre, también fueran objeto de las políticas institucionales.

En una nota de prensa publicada en 1918, un ciudadano que parecía gozar de buena posición social manifestó su preocupación por lo que él mismo consideraba un vicio arraigado entre el pueblo obrero: el uso de la ruana. Parte de su argumento señalaba lo siguiente:

La ruana no tiene nada de cómodo, porque maniata a quien la lleva. [...] no tiene nada de estético. Un hombre bajo la ruana parece enfermo. Da la impresión de un ser a quien le faltaran los brazos o que quisiera ocultar alguna enfermedad. [...] peca contra la moral [...]. Fuera de todas las desventajas que ofrece [...] el individuo que la usa se cree autorizado para toda clase de desmanes. [...] Si me permitieran una frase, yo diría que la ruana es el real manto del crimen<sup>45</sup>.

Más que una postura personal, esta petición da cuenta de una tendencia que se generalizó entre un amplio sector de la elite bogotana, a quienes ciertas costumbres tradicionales les parecían un signo de “comportamientos pretéritos”, y por lo tanto, un obstáculo para acceder al bienestar que prometía el progreso. El ataque reiterado contra una prenda, que según estos círculos fomentaba el crimen, la pereza, e impedía el óptimo desarrollo de las condiciones productivas de los trabajadores revela, en este caso, una posición de desprecio hacia la indumentaria de las clases populares, por ser esta la oposición a la moda burguesa que empezaba a imponerse en los escenarios privilegiados. Por eso, la petición que hacia este mismo articulista para que se prohibiera el uso de la ruana representa, desde mi punto de vista, el interés por moldear al *pueblo* de acuerdo con el individuo modelo, quien al vestir correctamente

---

<sup>45</sup>Boletín de la Sociedad de Embellecimiento de Bogotá. Número 3. Bogotá 10 de junio. 1918. Pág. 15.

podía adoptar también hábitos de aseo, desechar comportamientos criminales y adaptarse a una sociedad que exigía cambios específicos.

Las campañas contra el alcoholismo, y especialmente, contra la tradicional *chicha*, es otro ejemplo del espíritu transformador que circuló entre las elites capitalinas, promotoras tenaces de este tipo de iniciativas. Hecha de maíz fermentado y con procedimientos artesanales, su consumo fue considerado causa de degeneración racial, de embrutecimiento, de criminalidad y por lo tanto, denominado un problema social exclusivo de los sectores populares, quienes eran sus principales clientes. Ante esta alerta, la respuesta de la dirigencia y de la comunidad científica de la ciudad fue una doble estrategia que combinó la educación y las políticas coercitivas; desde la década de 1890 el gobierno patrocinó la publicación de folletos y cartillas en los que se ilustraban los efectos del “perjudicial líquido amarillo”, al tiempo que redactó leyes para prohibir o limitar su venta y fabricación. Al respecto, una publicación que promocionaba una bebida sustituta –llamada *maizola*–, “fabricada con parámetros modernos y científicos”, enfatizaba que no era suficiente con las medidas prohibitivas, sino que se requería “llegar a los oídos y a la inteligencia del pueblo por caminos adecuados, con palabras que él entienda por francas, dulces y sencillas”<sup>46</sup>. Esta es la muestra de que la batalla contra la *chicha* no fue solamente una estrategia para abrirle un mercado amplio a productos novedosos como la cerveza o la *maizola*, sino una “reacción moderna y urbana frente a costumbres y hábitos tradicionales, campesinos y por lo tanto, obsoletos y antihigiénicos”<sup>47</sup>, que recurrió a métodos de enseñanza y formación para imponerse como verdad<sup>48</sup>.

---

<sup>46</sup> Varios Autores. *Opiniones sobre la Maizola*. Casa editorial de Arboleda y Valencia. Bogotá. 1920. Pág. 10.

<sup>47</sup> Carlos Noguera. ob.cit. Pág. 156.

<sup>48</sup> La lucha contra la *chicha* resulta un tema extenso e interesante. Efectivamente este constituyó un problema para las autoridades desde tiempos coloniales; sin embargo, fue en el siglo XX, especialmente en los años 30, que las instancias oficiales lograron erradicarla casi por completo, después de una serie de campañas educativas y prohibiciones que paradójicamente, fomentaban el consumo de cerveza. En este caso me interesa resaltar el papel de la educación como factor determinante en la formación de un ciudadano urbano y moderno, el cual debía dejar de lado prácticas atávicas y obsoletas. Para profundizar en el fenómeno de la *chicha* ver: Oscar Iván Calvo. *La ciudad en cuarentena: chicha, patología social y profilaxis*. Ministerio de Cultura. Bogotá. 2002; María Clara Llano R. *La chicha, una bebida fermentada a través de la historia*. CEREC. Bogotá. 1994.

Al tiempo que se fomentó una imagen de individuo con hábitos modernos, se promovió también un retrato idealizado de lo que debía ser su entorno y su vida al interior de la vivienda. El hogar, conformado por una familia cristiana en donde los prototipos masculino y femenino aparecían bien definidos y asociados a actividades específicas, se convirtió en un estado necesario para acceder a la civilización, y en una instancia moral destinada a resguardar a sus miembros de un afuera colmado de amenazas. Dentro de esa idea de hogar, la mujer, concebida como madre y esposa, se convirtió en el elemento fundamental de la unidad al ser ella la encargada de mantener la vivienda en orden, garantizar el adecuado proceder de los hijos, y satisfacer a su esposo para que este no anhelara lugares corruptos y malsanos. Por su parte, el marido, elevado a la categoría de proveedor y modelo moral, debió adoptar un comportamiento ejemplar que suponía el distanciamiento de las cantinas, de las casas de juegos y de los prostíbulos. Bajo esta lógica, la rutina del hombre establecía que una vez finalizada la jornada laboral, era su deber dirigirse inmediatamente a su hogar, para de esta manera, no caer en distracciones corruptoras que terminarían por desintegrar el núcleo familiar. Por último, y para que esta distribución de roles tuviera éxito, era necesario contar con un espacio ventilado, iluminado y diferenciado para así evitar males como el desaseo la promiscuidad, la oscuridad y la estrechez<sup>49</sup>.

Para que “las personas del pueblo” asumieran este modelo familiar, las autoridades municipales, los empresarios, la iglesia y los sectores de clase alta comprometidos con la beneficencia, adelantaron una estrategia que combinó la educación, la instrucción y la construcción de espacios habitacionales exclusivos para obreros. Tal como lo muestra una popular cartilla antialcohólica distribuida por el gobierno a principios de la década de 1910, la consolidación de un núcleo familiar afín a la civilización pasaba por el cumplimiento de una serie de procedimientos relacionados con la disciplina laboral, la fidelidad, el ahorro, la religiosidad y la sobriedad. A partir de la comparación de un par de hermanos, Tomás el borracho y Luis el juicioso, esta cartilla planteaba una dicotomía moral entre dos estilos de vida:

---

<sup>49</sup> Carlos Noguera. ob.cit. Págs. 127-131.

el del borrachín y necio, lleno de desdichas, maltratos y ofensas; y el del juicioso y sobrio, rodeado por una esposa e hijos amorosos, sanos y con anhelos de progreso.

Daba gusto ver –decía la cartilla refiriéndose a Luis- como era recibido en su casa. María -su esposa, quien además tenía el nombre de la Virgen, lo que reafirmaba su pureza- lo esperaba con un abrazo y los niños corrían a su encuentro. -¡Amorcito! ¿Has trabajado mucho? Para que descanses tengo el proyecto de que vayamos el domingo, después de misa, a dar un paseo por el campo con nuestros hijos. Con lo que hemos ahorrado esta semana nos basta para darnos un paseo delicioso<sup>50</sup>.

De este modo, la idea de familia cristiana se reafirmó como un estado que, junto con la laboriosidad, la rectitud, la honestidad, el patriotismo y la sobriedad, tenía la capacidad de asegurar el progreso y la prosperidad material del pueblo y de la nación. Una amplia porción de las elites, liberales y conservadoras, coincidían en ver al catolicismo como un proyecto unificador necesario para salir del atraso, y como una doctrina moralizadora que contribuía a desarrollar el orden capitalista en la medida que inculcaba valores como el trabajo y la disciplina<sup>51</sup>. Por eso, la promoción de un modelo familiar ligado a principios religiosos fue también una apuesta por fortalecer el ideal de civilización y de progreso que circulaba entre la dirigencia nacional.

Paralelo al proceso de transferencia de principios morales y de pautas de comportamiento, la reproducción de espacios adecuados y modernos también jugó un papel cardinal en la consolidación de este modelo familiar y social. Como mencioné anteriormente, los patrones establecidos por la sociedad burguesa exigían la existencia de un hogar ventilado, iluminado y diferenciado que neutralizara comportamientos y anomalías asociadas con la promiscuidad, el desaseo, los vicios y el desperdicio del

---

<sup>50</sup> Martín Restrepo Mejía. *Cartilla antialcohólica*. Imprenta Nacional. Bogotá. 1913. Pág. 53.

<sup>51</sup> Hay que tener en cuenta que desde mediados del siglo XIX las principales críticas liberales se orientaron, más que contra el catolicismo, contra el clero. Eso explica que tanto liberales como conservadores aceptaran la religión católica como un poderoso factor de unidad nacional y como una fuente de progreso moral y material. El triunfo de la Regeneración a finales de siglo, reafirmó tal postulado y fortaleció la noción de que el catolicismo era una fuente inagotable de orden y progreso. Julio Arias. ob.cit. Pág. 15-17.

tiempo. Esta convicción, situada en un contexto de densificación urbana y de deterioro de las condiciones de vida de sus habitantes, llevó a varios empresarios privados y a círculos católicos, a promover la construcción de los denominados barrios obreros: se trataba, a grandes rasgos, de urbanizaciones y predios destinados exclusivamente para trabajadores, caracterizados por su planeación y por el establecimiento de cierta normatividad que regulaba su funcionamiento.

Uno de los primeros y más exitosos proyectos con estas características fue el barrio de Villa Javier<sup>52</sup>, construido en el suroccidente de la ciudad con el auspicio del padre jesuita Jose Maria Campoamor y su Circulo de Obreros de Bogotá<sup>53</sup>. Iniciado en 1913, Villa Javier se convirtió en un modelo para las estrategias que buscaban mejorar las condiciones de los sectores populares, pues además de ofrecer casas que respetaban ciertas especificaciones técnicas y sanitarias, el barrio contaba con un detallado código de conducta que establecía deberes y obligaciones a sus moradores. Escrito como un manifiesto, dicho reglamento empezaba reafirmando que Villa Javier era “el palacio de la pobreza” pues todos los que allí vivan se gloriaban de imitar a Jesucristo, quien había pasado su vida en “el honrado trabajo” y vistiendo como un “pobre artesano”<sup>54</sup>. Más adelante se señalaba que el aseo, la moralidad, la piedad, la vida en familia y la educación constituían requisitos insoslayables cuyo desacato podía representar la expulsión del barrio. En su parte final el reglamento señalaba, reafirmando la noción de que quienes allí moraban constituían un ideal en construcción, que:

Nadie se imagine que Villa Javier sea como un pasaje de arrendar piezas, o como una barriada para alquilar casas baratas. Villa Javier es una obra de

---

<sup>52</sup> En realidad, Villa Javier fue el único barrio de tales características. Otros proyectos como el de *La Perseverancia*, recurrieron a modelos distintos, que sin embargo, auspiciaban la idea de la disciplina y el esfuerzo del trabajador, como condición para mejorar sus vidas.

<sup>53</sup> El Círculo de Obreros de Bogotá, fundado por el sacerdote jesuita en 1911, nació de la lógica en la que los sectores católicos, consientes del auge de la miseria y la influencia de posiciones revolucionarias, promovieron obras y sociedades benéficas que defendían la idea de la pobreza digna como una virtud que emanaba del propio Jesucristo. Para sacar adelante esta iniciativa, el padre Campoamor buscó, no sólo la caridad de los ricos, sino que intentó inculcar el hábito del ahorro entre los pobres. Ver: Álvaro Ortiz Lozano. *La obra del Padre Campoamor S.J.* Círculo de Obreros de Bogotá. Bogotá. (sin fecha). Mauricio Archila. *Cultura e identidad obrera*. ob.cit.

<sup>54</sup> Álvaro Ortiz Lozano. Ob.cit. Pág. 67.

elevada acción social, donde se reúne un grupo **escogido** de familias obreras, dispuestas a procurar el mejoramiento moral, intelectual y económico de la clase obrera. Como no se puede tener de antemano un conocimiento completo de las familias que entran, es preciso hacer salir a las que por una causa o por otra no son **aptas** para realizar este ideal.<sup>55</sup>

De esta manera los individuos, las familias y las clases pobres, especialmente los obreros y artesanos, fueron incluidos dentro de un proyecto de homogenización que buscó adaptarlos al mundo y a las costumbres burguesas que, cada vez con más fuerza, circulaban entre las elites urbanas. La adopción de una disciplina capitalista obligó a los trabajadores a reorganizar los ritmos tradicionales para acomodarlos a las dinámicas modernas que exigían una optimización de los procesos de producción<sup>56</sup>. Este cambio estuvo acompañado por una redefinición de los valores, las modas y las costumbres, y por lo tanto, de una campaña de formación de la idiosincracia que pretendía erradicar los comportamientos que resultaban lesivos, o que ofendían, la nueva estética de la dirigencia. Sin embargo, los alcances de esta estrategia no dejaron de ser limitados, pues como lo señalé anteriormente, no existieron los recursos suficientes para poner en marcha semejante transformación, ni se trazó una política integral orientada a mejorar las condiciones de los sectores populares. Por eso, el intento por constituir una población afín a las exigencias de la modernidad no alcanzó todos los objetivos trazados inicialmente, y si resaltó las contradicciones propias de este periodo de la historia de Bogotá.

---

<sup>55</sup> *Ibíd.* Pág. 70. El subrayado es mío

<sup>56</sup> Mauricio Archila hace una interpretación del significado que el tiempo libre de los obreros tenía para los distintos estamentos de la dirigencia a principios del siglo XX: “Aunque en los primeros decenios era poco el tiempo libre que les quedaba a los obreros, ese escaso tiempo fue desde el principio motivo de conflicto. Para los asalariados varones era el momento de diversión, socializando las penas y esperanzas de la vida laboral. Para las mujeres trabajadoras era el comienzo de la segunda jornada de trabajo, en el hogar. En cambio para los empresarios era un tiempo dilapidado en diversiones que perjudicaban la disciplina laboral. Para la iglesia católica la inmoralidad amenazaba los ratos de ocio. Para el estado, era cuando se fraguaban las rebeliones y para los revolucionarios cuando se alienaba a las masas. Mauricio Archila. *Ob.cit.* Pág. 167.

### La ciudad temida



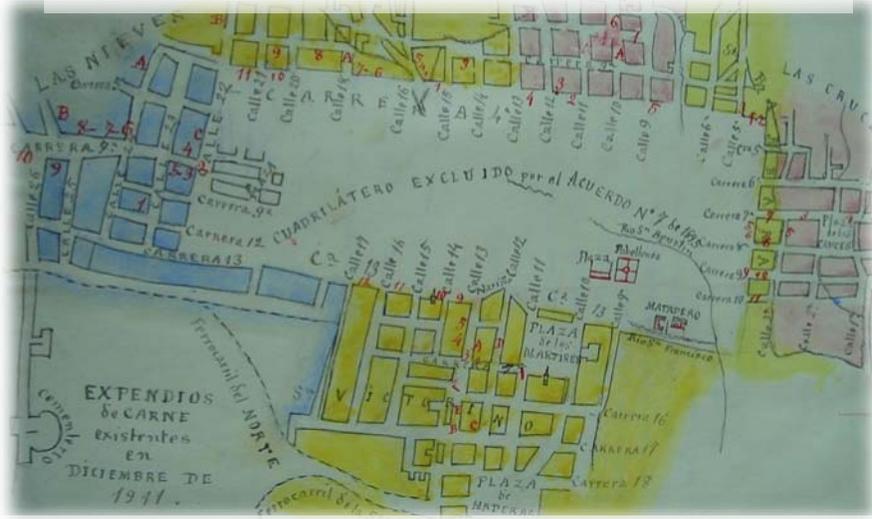
**Ilustración 5:** “Su excelencia la gripe”. Artículo publicado el 26 de octubre de 1918. Fuente: Revista Cromos.

### La ciudad anhelada



**Ilustración 6:** Polo Club de Bogotá. ca. 1900. Fuente: Atlas Histórico de Bogotá. 1538-1910.

## Una geografía saludable



**Ilustración 7:** Plano donde se detalla el área en la que se prohibió el expendio de carnes. Concejo Municipal 1911. Fuente: Archivo de Bogotá.

## Espacios modernos para “el pueblo”



**Ilustración 8:** Barrio de Villa Javier. ca. 1915. Fuente: Biblioteca Luis Ángel Arango

## A MANERA DE CONCLUSIÓN

---

La búsqueda de un orden sustentado en el desarrollo de las fuerzas productivas, en el poder del capital, en el progreso moral y material, y en una serie de principios que emanaban de los postulados de la modernidad, constituyó una de las principales preocupaciones de la elite que gobernó a Colombia, al menos, durante el periodo aquí estudiado. Efectivamente, gracias a la expansión de los mercados internacionales y a los alcances inéditos del capitalismo, muchas de las doctrinas que respaldaban el modelo de una sociedad liberal, industrial y científica se posicionaron como un paradigma, a partir del cual se tomaron varias de las determinaciones que delinearon los contextos locales latinoamericanos.

En el caso concreto de Bogotá, dicha preocupación significó el reconocimiento de determinados ideales civilizatorios que mediaron en el proceso de configuración de la sociedad. Nociones de pueblo, de nación, de atraso, de amenaza, de buen comportamiento y de individuo modelo, entre otras, se constituyeron en factores determinantes de las políticas que regularon la vida urbana en los albores del siglo pasado. Como tales, sirvieron para fomentar estrategias que buscaron exaltar los valores de los nuevos tiempos, mientras se restringía, reprimía y señalaba aquello considerado su contradicción.

Si bien el proceso de modernización de Bogotá puede ser considerado pausado y tímido, especialmente cuando se le compara con casos como el mexicano, el argentino o el brasilero, las transformaciones referidas a lo largo este trabajo dan cuenta de una dinámica social bastante activa. A pesar de que persistieron los problemas en las comunicaciones; de que las tecnologías continuaron llegando a cuenta gotas; y de que no se consiguieron materializar todas las iniciativas orientadas a constituir una sociedad estrictamente moderna, la Bogotá de finales del siglo XIX no fue, ni mucho menos, una ciudad inmóvil que se resignó a permanecer al margen del progreso. Todos los procesos descritos en esta investigación pretenden mostrar, precisamente, como la capital colombiana no tuvo que esperar a que aparecieran las obras monumentales para percibir los efectos de una modernización particular, que filtró diversos ámbitos de la cotidianidad de sus habitantes. Las múltiples limitaciones económicas, la geografía accidentada, y las especificidades culturales, contribuyeron a que la modernidad –en la forma aquí referida– penetrara primero los discursos, las leyes, las nacientes formas arquitectónicas y los imaginarios

sociales. Esto supone, desde mi punto de vista, que la experiencia moderna tuvo acá una dinámica singular, que se tradujo en un proyecto civilizatorio orientado a transitar del plano discursivo al práctico; no todas las veces lo logró, pero si sentó un precedente importante a los procesos de modernización posteriores, encaminados a transformar el orden urbano y su sistema productivo.

Con este trabajo, he procurado mostrar cómo un fenómeno tan amplio y tan complejo como la modernidad capitalista, impactó distintos escenarios de una realidad local, modificando lenta pero constantemente, ámbitos de la vida privada, del de las rutinas, de las modas y del espacio de una sociedad que transitaba hacia la urbanización y la industrialización.

En la medida que las dinámicas internacionales y locales se fueron sintonizando con un proyecto civilizatorio universal, Bogotá empezó a alterar las estructuras tradicionales que le daban sentido, así como las actividades y códigos que mediaban en la relación de sus habitantes. Por eso, entre el ocaso del siglo XIX y el despunte del XX los bancos, las fábricas, los clubes, los pasajes comerciales y las agencias exportadoras, entre otros, empezaron a poblar el paisaje urbano, respondiendo así a las exigencias de una burguesía que se posicionó junto a las oligarquías patricias existentes. Sin embargo, este nuevo orden también estableció categorías para lo antimoderno, destinando sus esfuerzos a erradicar aquellos elementos que podían constituir una barrera para el progreso anhelado.

Justamente, al tiempo que se enaltecieron las imágenes de la modernidad como instancias de un estado necesario, se definieron los parámetros que constituían su antítesis. Todo aquello que representaba un obstáculo para el progreso de la sociedad era susceptible de ser removido, pues tal cosa era entendida como un compromiso superior con la sociedad, con la nación y con la humanidad. Así, las costumbres atávicas, los entornos campesinos y los elementos tradicionales, fueron objeto de campañas de “corrección”, de procesos de represión y de métodos de exclusión que buscaban, a fin de cuentas, su alineamiento subordinado con el mundo moderno.

Esto implica que los anhelos de una sociedad nueva, ordenada, progresista y próspera partieron de una dicotomía tajante que reconocía individuos superiores, encargados de la labor civilizatoria, llamados a ejercer el poder y a controlar los medios de producción y la riqueza; e individuos inferiores, destinados a la obediencia, al trabajo y a la sumisión. Tal cosa supone un modelo jerárquico y desigual, sustentado en las relaciones

económicas que emanan del desarrollo del capitalismo, y por lo tanto, no constituye otra cosa que la reproducción de las contradicciones sociales que le son inherentes.

El ejercicio aquí planteado representa un esfuerzo por comprender distintos aspectos de esas contradicciones, especialmente, desde una perspectiva que privilegia la espacialización de las relaciones sociales y las dinámicas que ocurren al interior del espacio urbano. El ejemplo de Bogotá nos revela los intentos de una elite por acondicionar un contexto que les resulta atrasado, y nos muestra como esa búsqueda se sustentó de procesos verticales de marginación, control y represión que trataron de anular por completo la diferencia.

Los símbolos de una ciudad moderna, que emergieron de la mano con el convencimiento de una tarea civilizatoria necesaria, poblaron un espacio sumamente paradójico en el que los sectores marginados de la sociedad no tuvieron un acceso real a los beneficios de ese nuevo orden. Las burguesías, el clero, y la dirigencia, que podían mantener diferencias políticas irreconciliables, parecían coincidir en el hecho de que ellos eran los encargados de guiar al resto de la población por el camino de la redención moral, para finalmente incrustarlos en el lugar feliz que prometía el discurso moderno. Los planes para excluir a las prostitutas del centro de la ciudad, el cerramiento de plazas, las campañas para erradicar el alcoholismo o las leyes contra la vagancia, pueden entenderse como eso: como imposiciones para eliminar –o alejar- todo aquello que hería la sensibilidad de un sector de la sociedad que anhelaba sentirse moderno.

Para finalizar hay que mencionar que este trabajo constituye apenas un punto de partida, pues representa un intento por explorar la modernidad latinoamericana en un contexto geográfico muy reducido. Queda pendiente una revisión que amplíe la mirada a otros escenarios y que profundice en problemas que por ahora no han sido tratados. Vale la pena preguntarse por los matices que este proceso de modernización tuvo en las distintas comunidades urbanas, pues imagino que no era lo mismo ser artesano, indio o negro en la Bogotá de principios de siglo. También queda pendiente un análisis que considere las distintas respuestas a estas medidas civilizatorias, así como las diferencias entre ellas. Los análisis existentes han avanzado en esa dirección, por lo que este esfuerzo puede ser considerado como un aporte a una discusión más amplia.

## **BIBLIOGRAFÍA**

---

### *Prensa y documentos:*

- Concejo Municipal de Bogotá. Acuerdo 11 de 1907. Acuerdos y Actas. Bogotá.
- Concejo Municipal de Bogotá. Acuerdo 54 de 1912. Acuerdos y Actas. Bogotá.
- Concejo Municipal de Bogotá. Folio 601. Acuerdos 1912. Acuerdos y Actas. Bogotá.
- Concejo Municipal de Bogotá. Acuerdo 4 de 1913. Acuerdos y Actas. Bogotá.
- Concejo Municipal de Bogotá. Acuerdo 14 de 1916. Acuerdos y Actas. Bogotá.
- Municipalidad de Bogotá. Acuerdo 13 de 1874. Acuerdos y Actas. Bogotá.
- Municipalidad de Bogotá. Acuerdo 7 de 1882. Acuerdos y Actas. Bogotá.
- Municipalidad de Bogotá. Acuerdo 7 de 1895. Acuerdos y Actas. Bogotá.
- Revista Cromos. Vol. VI. Número 138. Bogotá, noviembre 2 de 1918.
- Sociedad de Embellecimiento de Bogotá. *Boletín*. Año 1, Número 3. Bogotá, junio 10 de 1918.
- Sociedad de Embellecimiento de Bogotá. *Boletín*. Año 1, Número 4. Bogotá, junio 25 de 1918.

### *Materiales antiguos sobre Bogotá y Colombia:*

- Concejo Municipal de Bogotá. **Memoria Municipal de Bogotá correspondiente al bienio de 1923 a 1925: mensaje del presidente del Concejo Municipal, señor Francisco Samper Madrid.** Imprenta Municipal. Bogotá, 1925.
- Cuervo Márquez Luís. **Estadística de consumo de alcohol en Colombia.** Imprenta y Litografía de J. Casís. Bogotá. 1913.
- Dussan Canals Benjamín. "Memoria descriptiva". En: **El nuevo hospital de San Juan de Dios en "La Hortua". Informe que rinde la junta general de beneficencia del departamento a la asamblea de Cundinamarca.** Bogotá. Imprenta del Departamento. 1922.
- Gaitán Anselmo. **Exposición de motivos y proyecto de ley sobre lucha antialcohólica.** Imprenta Nacional. Bogotá. 1919.
- Gaitán Hurtado José. **Higiene de barrios obreros. Tesis para doctorado en medicina y cirugía.** Tipografía Salesiana. Bogotá. 1915.
- Lleras Carlos Alberto. **La acción social y los barrios obreros.** Imprenta de la Cruzada. Bogotá. 1913.
- Parga Polanía Julio. **Guía del comercio de Bogotá.** Escuela Tipográfica Salesiana. Bogotá. 1905.
- Palaú Lisímaco. **Guía histórica y descriptiva de la ciudad de Bogotá.** Imprenta de vapor de Zalamea Hermanos. Bogotá. 1894
- Palau Lisímaco. **Colombia en 1907 bajo la administración del Sr. General Rafael Reyes.** Imprenta Nacional. Bogotá. 1907.
- Restrepo Mejía Martín. **Cartilla antialcohólica.** Imprenta Nacional. Bogotá. 1913.
- Reyes Rafael. **Presidente de la república a sus compatriotas.** Imprenta Nacional. Bogotá. 1905.
- Rivas Raimundo. **Informe del presidente de la sociedad de embellecimiento.** Imprenta Municipal. Bogotá. 1924.
- Scruggs William. **The Colombian and Venezuelan republics.** Little Brown and Company. Boston. 1910.

- Varios Autores. **Opiniones sobre la Maizola**. Casa editorial de Arboleda y Valencia. Bogotá. 1920.
- Vergara Francisco Javier y Francisco José de Vergara. **Almanaque y guía ilustrada de Bogotá para el año 1881**. Imprenta de Ignacio Borda. Bogotá. 1881.

*Materiales y artículos contemporáneos:*

- Aguilera Peña Mario. "Cien años de la guerra civil de 1885, con arcos de triunfo celebró Rafael Reyes la victoria de la Regeneración". En: **Revista Credencial Historia**. Edición 63. Bogotá. Marzo de 1995.
- Amato Peter. **An analysis of the changing patterns of elite residential areas in Bogotá, Colombia**. Cornell University. New York. 1968.
- Nancy Appelbaum. **Muddied Waters. Race, region, and local history in Colombia. 1846-1948**. Duke University Press. Durham and London. 2003.
- Archila Mauricio. **Cultura e identidad obrera. Colombia 1910 – 1945**. Cinep. Bogotá. 1991.
- Archivo General de la Nación de Colombia. **Documentos que hicieron un país**. Bogotá, 1997.
- Arias Vanegas Julio. **Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano**. Universidad de los Andes. Bogotá, 2005.
- Arguedas Alcides [1909]. **Pueblo Enfermo**. Editorial e imprenta Crítica. (Sexta Edición). La Paz. 1977.
- Benjamin Walter. **Paris, capital del siglo XIX**. Editorial Madero. México. 1971.
- Benjamin Walter. **Libro de los pasajes**. Ediciones Akal. Madrid. 2005.
- Berman Marshall [1982]. **Todo lo sólido se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad**. Siglo XXI. México, 2004.
- Bethell Leslie. ed. [1985]. **Historia de América Latina. América Latina: Economía y sociedad. 1830 – 1930**. Tomo 7. Editorial Crítica. Barcelona, 1991.
- Bethell Leslie. ed. [1985]. **Historia de América Latina. América Latina: Cultura y sociedad. 1830 – 1930**. Tomo 8. Editorial Crítica. Barcelona, 2000.

- Bethell Leslie. ed [1986]. **Historia de América Latina. América del Sur, 1870 – 1930.** Tomo 10. Editorial Crítica. Barcelona, 2000.
- Bucheli Marcelo. **United Fruit Company and the local politics in Colombia, 1900-1970.** Stanford University. Department of History. Documento Inédito.
- Cardoso Ciro F.S y Pérez Brignoli Héctor [1979]. **Historia económica de América Latina. Economías de exportación y economía capitalista.** Vol. II. Editorial Crítica. Barcelona. 1999.
- Carmagnani Marcello. **El otro occidente. América Latina desde la invasión a la globalización.** Fideicomiso Historia de las Américas. FCE / Colmex. México, 2004.
- Castro-Gómez Santiago. **La Hybris del Punto Cero. Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada. 1750-1816.** Editorial Pontificia Universidad Javeriana. Bogotá. 2005
- Cueva Agustín [1977]. **El desarrollo del capitalismo en América Latina.** Siglo XXI Editores. México. 2004.
- De la Vega Marta. **Evolucionismo versus positivismo.** Monte Ávila editores latinoamericanos. Caracas, 1998.
- De Sousa Santos Boaventura. **Crítica de la razón indolente: contra el desperdicio de la experiencia.** Vol. I. Editorial Desclée de Brouwer. Bilbao. 2000.
- Del Castillo Juan Carlos. **Bogotá, el tránsito a la ciudad moderna. 1920 – 1950.** Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. 2003.
- Echeverría Bolívar. **La mirada del ángel. En torno a las tesis de Walter Benjamín.** Ediciones Era / UNAM. México, 2005.
- Echeverría Bolívar. **La modernidad de lo barroco.** Ediciones Era. México, 2000.
- Escovar Alberto. **Atlas histórico de Bogotá. 1538–1910.** Alcaldía Mayor de Bogotá / Corporación la Candelaria. Bogotá. 2000.
- Foucault Michel [1976]. **Defender la sociedad.** Fondo de Cultura Económica. México. 2002.
- Foucault Michel [1975]. **Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión.** Fondo de Cultura Económica. México. 2005.
- Fundación Misión Colombia. **Historia de Bogotá.** Villegas Editores. Bogotá. 1988.

- García Márquez Gabriel. **El amor en los tiempos del cólera**. Editorial Diana. México. 1985.
- Gómez Patricia. "Consideraciones sobre el origen tipológico del panóptico del estado de Cundinamarca". En: **Revista Lámpara**. Vol. XXXI. No. 122. Bogotá. 1993.
- Holton Isaac. **La nueva granada: veinte meses en los Andes**. Ediciones del Banco de la República. Bogotá. 1981.
- Instituto Distrital de Cultura y Turismo. **Bogotá CD**. Publicación multimedia. IDCT / Icono Multimedia. Bogotá. 1998.
- Lander Edgardo. (ed.) **La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas**. CLACSO. Buenos Aires, 1993.
- Lefebvre Henri [1972]. **Espacio y política**. Ediciones Península. Barcelona. 1976.
- Lucena Salmoral Manuel. **Historia de Iberoamérica. Historia contemporánea**. Tomo3. Ediciones Cátedra. Madrid. 1992.
- Medina Álvaro. **Procesos del Arte en Colombia**. Instituto Colombiano de Cultura. Bogotá. 1978. Publicación digital en la página web de la Biblioteca Luis Ángel Arango del Banco de la República, Colombia. <http://www.lablaa.org/blaavirtual/todaslasartes/procesos/cap3.htm>. Búsqueda realizada el 13 de junio de 2007.
- Mejía Pavony Germán Rodrigo [1999]. **Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá. 1820 – 1910**. 2ª Edición. Editorial CEJA / ICANH. Bogotá 2000.
- Melgar Bao Ricardo [1988]. **El movimiento obrero latinoamericano**. Tomo I. Alianza editorial mexicana / CONACULTA. México. 1989.
- Museo de Bogotá (Comp.) **La ciudad de la luz. Bogotá y la Exposición Agrícola e Industrial de 1910**. Alcaldía Mayor de Bogotá. Bogotá. 2005.
- Noguera Carlos Ernesto. **Medicina y Política. Discurso médico y prácticas higiénicas durante la primera mitad del siglo XX en Colombia**. Fondo Editorial EAFIT. Medellín. 2003.

- Obregón Diana. “Médicos, prostitución y enfermedades venéreas en Colombia (1886–1951)”. En: **História, ciências, saude – Manguinhos**. Vol. 9 (suplemento). Río de Janeiro. 2002.
- Ocampo José Antonio. **Colombia y la economía mundial. 1830 – 1910**. Siglo XXI editores. Bogotá. 1984.
- Ortiz Lozano Álvaro. **La obra del Padre Campoamor S.J.** Círculo de Obreros de Bogotá. Bogotá. (sin fecha).
- Ospina Vásquez Luís. **Industria y protección en Colombia. 1810 – 1930**. Biblioteca Colombiana de Ciencias Sociales. Medellín. 1979.
- Outtes Joel. “Disciplinando a la sociedad por medio de la ciudad: La génesis de la planeación de ciudades en Brasil y en Argentina 1894 – 1945. En: **Maguaré**. Revista de Antropología No.19. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá. 2005.
- Palacios Marco. **Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875 – 1994**. Segunda Edición, corregida y aumentada. Editorial Norma. Bogotá. 2003.
- Palacios Marco y Safford Frank. **Colombia, país fragmentado sociedad dividida**. Editorial Norma. Bogotá. 2002.
- Palacios Marco [1979]. **El café en Colombia. 1850 – 1970. Una historia económica, social y política**. El Áncora editores / Colmex. México. 1983.
- Pedraza Gómez Zandra. **En cuerpo y alma: visiones del progreso y de la felicidad**. Universidad de los Andes. Bogotá. 1999.
- Pineda Roberto. “La reivindicación del Indio en el pensamiento social colombiano”. En: Arocha Jaime y Friedeman Nina. **Un Siglo de Investigación Social**. Editora Etnos. Bogota, 1998
- Raush Jane. **La frontera de los llanos en la historia de Colombia. 1830–1930**. El Banco de la República / El Áncora editores. Bogotá. 1999.
- Rodríguez Baquero Luís Enrique y Núñez Cetina Saydi. **Empresas públicas de transporte en Bogotá. Siglo XX**. Alcaldía Mayor de Bogotá. Bogotá. 2003.

- Rodríguez Kuri Ariel. “La ciudad moderna: algunos problemas historiográficos”. En: **Anuario de Estudios Urbanos**. N° 2. Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco. México. 1995.
- Roig Arturo Andrés. ed. **El pensamiento social y político iberoamericano del siglo XIX**. Editorial Trotta / Consejo superior de investigaciones científicas. Madrid. 2000.
- Romero José Luís [1976]. **Latinoamérica las ciudades y las ideas**. Editorial Universidad de Antioquia. Medellín. 1999.
- Romero José Luís. **Situaciones e ideologías en América Latina**. Editorial Universidad de Antioquia. Medellín. 2001.
- Röthlisberger Ernest [1897]. **El Dorado**. Primera edición al español. Biblioteca Quinto Centenario. Bogotá. 1993.
- Santos Molano Enrique. “La guerra de los mil días”. En: **Revista Credencial Historia**. Edición 173. Bogotá. Mayo de 2004.
- Sierra Justo. **Evolución política del pueblo mexicano**. Cien de México / CONACULTA. México. 1993.
- Suárez Mayorga Adriana. **La ciudad de los elegidos. Crecimiento urbano, jerarquización social y poder político en Bogotá. 1910 – 1950**. Editora Guadalupe. Bogotá. 2006.
- Taussig Michael [1987]. **Shamanism, colonialism, and the wild man. A Study in terror and healing**. The University of Chicago Press. Chicago. 1991.
- Tenorio Trillo Mauricio [1996]. **Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880 – 1930**. Fondo de Cultura Económica. México, 1998.
- Tovar Zambrano Bernardo. “La economía colombiana 1886 – 1922” En: **Nueva Historia de Colombia**. Vol.5. Ed. Planeta. Bogotá. 1989.
- Valencia Benavides Hernán. **Discursos y mensajes de posesión presidencial**. Tomo II. Presidencia de la República. Bogotá. 1983.
- Vásquez Carrizosa Alfredo. **El poder presidencial en Colombia**. Enrique Dobry Editor. Bogotá. 1979.

- Wallerstein Immanuel [1991]. **Impensar las ciencias sociales**. Siglo XXI. México. 1998.
- Wolf Eric. [1982] **Europa y la gente sin historia**. Fondo de Cultura Económica. México, 2005.
- Zambrano Fabio y Castelblanco Carolina. **El kiosco de la luz y el discurso de la modernidad**. Alcaldía Mayor de Bogotá. Bogotá. 2002.
- Zea Leopoldo (comp.). **Pensamiento positivista latinoamericano**. Tomo II. Biblioteca Ayacucho. Caracas. 1980.